VI CONCURSO DE MICROCUENTOS NAVIDEÑOS

VITHAS NEURORHB

NAVIDAD 2020

vithas

NEURO RHB

SERVICIO DE NEURORREHABILITACIÓN

Desde el Servicio de Neurorrehabilitación de Hospitales Vithas y con motivo del día del libro de este año 2021, procedemos a publicar TODOS los microcuentos que fueron enviados para participar en el "VI Concurso de Microcuentos Navideños Vithas Neurorhb".

Se recibieron un total de 255 microcuentos de prácticamente todos los países de habla hispana, escritos por familiares, pacientes o profesionales relacionados con el daño cerebral así como por escritores de ambos lados del océano.

Se seleccionaron dos microcuentos ganadores y diez finalistas. Al final de la antología hemos incluido también el microcuento ganador de la edición pasada.

Los integrantes del jurado y coordinación del concurso fueron los siguientes:

Vanessa Pérez Palazón

Paula López Santana

Enrique Noé Sebastián

Loles Navarro Pérez

David Zanón Sandoval

Gracias a todos los participantes por enviarnos sus textos y esperamos volver a leeros en la próxima edición.

ÍNDICE

Microcuentos Ganadores 5

Microcuentos Finalistas 9

Microcuentos participantes 21

Ilustraciones 269

Microcuento ganador de la edición pasada 273

MICROCUENTOS GANADORES

LA BOLA DE NAVIDAD

En el extremo de una rama, una bola brinda su acrobacia a punto de desfallecer, como si fuera un pájaro extenuado al final de una migración balanceando su indumentaria descascarillada. ¿Cuánto tiempo tardará en advertir un ojo humano su indigencia? ¿Sustituirán la esfera por un nuevo asteroide? ¿Será la última navidad que retuerza su pirueta entre las ramas de plástico? Quizás aún le quede tiempo de soportar su densidad en el trapecio, tal vez su esqueleto de cristal resista aún a la intemperie.

Una extensión de grietecillas amenaza la integridad de su volumen. Un día caerá y serán barridos sus cristales. Pero en la muerte encontrará el retorno, el lugar de procedencia, la arena de un desierto o un origen de cuarzos perezosos.

La calle arquea su longitud de asfalto, un transeúnte apenas se detiene a contemplar el adorno navideño; una mosca aterriza en el vientre abultado y a punto estuvo de romper el equilibrio, sacude su imbecilidad sobre el abeto y retoma el vuelo, ajena al estupor que ha provocado.

Amanece y bajo el árbol, miles de cadáveres cristalinos contemplan su vacío en la rama.

África Mesa Rubio

DELETREANDO LA VIDA

Estaba siendo una ardua tarea volver a convertir las imágenes de su cerebro en sílabas coherentes y cohesionadas. Ansiaba comunicarse, pero la obligación de utilizar ese código arbitrario, ese conjunto de signos, le suponía un esfuerzo titánico y colosal. Tanto que, a veces, desistía. En ocasiones prefería guardar sus pensamientos para sí mismo: “craso error” según su logopeda.

Fueron pasando los meses y llegó diciembre. Los destellos de las luces navideñas alumbraban todos los rincones. Los buenos deseos se mezclaban con el aroma a castañas asadas y con miradas cargadas de alegría e ilusión. Él también tenía un mensaje. Había avanzado bastante en su terapia. Horas de esfuerzo, tesón y muchos contratiempos darían fruto esa misma tarde.

En cuanto se encontró con ella, un escalofrío recorrió su cuerpo. Se sentía como un estudiante ante la última convocatoria del último examen de su licenciatura. Respiró profundamente, entreabrió los labios y dejó salir las dos palabras que había estado practicando a diario durante veinte días. Ella las recibió con una amplia sonrisa, pero se apresuró a corregirle: “Querrás decir “Feliz Navidad”, ¿verdad?” Él sacudió suavemente la cabeza y volvió a repetir lo mismo, con más cariño y entrega todavía:

“Feliz vida”

Raquel González Gómez

MICROCUENTOS FINALISTAS

LA CENA

Cubre con espumillón el marco de los cuadros. Pone bolas de colores en el abeto, adorna las puertas con motivos dorados. Prepara la mesa vistiéndola con su mejor mantel. Alisa las servilletas. Perfuma el salón y besa las figuras del belén.

Esa mañana se levantó temprano dejando de soñar el calor de su cama. Invitó a la brisa del invierno a que llegara a envolver con la pureza de su fiesta cada espacio de la casa.

Prepara la cena, limpia las copas.

Por una noche olvidarán los diagnósticos médicos, el paso de la vida, el peso de los años.

Se sonríe al pasar el trapo sobre los marcos que la llevan a la infancia cuando él y sólo él era su mundo; su mundo más completo, su aliado más fiel en la carrera de la vida. Imagina que a partir de esa noche quizás la luz se instale para siempre en el salón.

La llegada está cerca. Ya se oye el rugir de su coche cogiendo el principio de la calle.

Cuando apenas era una niña llegaba él para alzarla a poner la estrella plateada en la ramita más alta.

Como cada Navidad suena el timbre.

Ha llegado el abuelo.

Juan Ignacio Abollado Rubio

EL PARAGUAS MÁGICO

Estaba desesperado. Era el último día del curso escolar antes de las vacaciones de navidad y aún no había conseguido reunir el valor para dirigirle unas palabras a Ana.

Para mayor desgracia, era mi décimo segundo cumpleaños y mis padres me regalaron un horrible paraguas, en lugar la bicicleta que les había pedido.

Estaba empezando a pensar que mis gustos eran demasiado difíciles de satisfacer, que quizá sería mejor que renunciara a mis deseos y aceptase que mis expectativas estaban por encima de mis posibilidades.

Cuando llegó la hora de la salida llovía a cántaros. Mientras mis compañeros gritaban de alegría, yo recogí mi paraguas y me dirigí cabizbajo a la puerta de salida.

Al salir del recinto, en medio de la tormenta, Ana corrió hacia mí y se metió debajo del paraguas. No había traído el suyo y me pidió que la acompañara hasta su casa. Por supuesto lo hice encantado. Aquello fue el inicio de las navidades más bonitas que recuerdo haber tenido.

En cuanto a la bicicleta, jamás logré que me la regalasen, pero en realidad, tampoco es que me importase demasiado. ¿Con un paraguas que cumplía mis deseos quien necesitaba una bicicleta?

Zigor Eguia Lejardi

NOCHE DE REYES

Esa noche de Reyes iba a ser la definitiva. Llevaba tiempo queriendo verlos en persona, pero las amenazas de mis padres siempre me convencían de lo contrario. Tenía ocho años, edad suficiente para intuir que todo eran mentiras. No me tragaba que unos seres tan buenos, tan generosos, se enfadasen conmigo por querer darles las gracias con un abrazo. Llevaba planeándolo desde las Navidades anteriores. Un gurruño de ropa con mi forma yacía en mi cama, tapado y dejando asomar una peluca vieja. El bajo del aparador del salón estaba vacío. Durante semanas, había trasladado cada plato al trastero hasta lograr el hueco que necesitaba. Cuando se acostaron todos me metí dentro del mueble a esperar, espiando por el ojo de la cerradura en dirección a los zapatos esparcidos a pie de árbol. Desperté por los gritos de alegría de mis hermanos abriendo los regalos. Entumecido y helado, salí a cuatro patas hacia ellos. Se quedaron mirándome con la felicidad cincelada en sus rostros.

—¡Un cachorro!, exclamaron al unísono, achuchándome.

—¡Gracias Reyes Magos!, decía mi madre mirando de reojo a mi padre.

—¡Que soy Roque!, dije yo medio enfadado. Pero de mi garganta solo salió: ¡guau, guau!

Natalia Catalá Durán

POE NOEL

Papá Noel tuvo un hijo al que también llamaron Noel. Para que no hubiera líos lo bautizaron como Poe Noel, y ahí empezó todo.

Cuando Poe Noel cumplió dieciocho años, su padre quiso llevárselo de ayudante el 24 de Diciembre, así en el futuro podría sustituirle, pero su hijo dijo:

—No, ¡Yo quiero ser poeta, para eso me llamo Poe!

—¿Poeta? ¡Eso no es un trabajo! ¿Y quién me sustituirá cuando me muera?

Poe Noel se encogió de hombros y su padre muy enfadado, se marchó a cumplir con su misión. Debido a su enfado no se concentraba y no paraba de equivocarse. Chocó contra los cubos de la basura, confundió los regalos de niños y mayores, se bebió el agua de los renos y se atascó en varias chimeneas.

Cuando Papá Noel regresó agotado a casa, él también encontró un regalo. Su hijo había escrito un maravilloso poema de Navidad en el que contaba la historia de un mago millonario, que cada año, la noche del 24 de Diciembre, le llevaba regalos a todos los niños del mundo para verles sonreír por la mañana con su espejo mágico, desde el frío Polo Norte.

Isabel María Lobato Jiménez

NARIZ ROJA DE PAYASO

Pasar la Navidad en el hospital suponía un gran fastidio, estaba más preocupado por no encontrarse en casa cuando llegase Santa Claus con sus regalos, que por hallarse enfermo, esto último lo tenía asumido después de varios meses ingresado. Las enfermeras anunciaron que los niños de esa planta recibirían la visita de un grupo de payasos, pertenecientes a una fundación solidaria. Los payasos le daban mucho miedo, en el circo, uno agarró su mano, tiró de él y quiso raptarlo, animado por su madre, que reía a carcajadas, mientras lloraba asustado y perdía su oso de peluche tratando de escapar. Decidió esconderse para evitar otro mal trago. Apagó la luz de su habitación y dejó entreabierto, así pensarían que no había nadie dentro. El jolgorio en el pasillo subía de tono. Todos disfrutaban con los doctores sonrisas. Asomó la cabeza, para curiosear un poco. Al hacerlo, le colocaron una nariz roja de payaso. ¡Ya eres de los nuestros!, gritó la bella payasa de ojos azules, depositando un gran beso en su mejilla y soplando confeti frente a su cara. Con mímica indicó que la siguiese bailando por el pasillo, lo hubiese hecho hasta el fin del mundo, acababa de enamorarse.

María Caballero

LA MULA CUENTA

La mula había desaparecido. La noticia trascendió por todo el pueblo. ¿Quién habría querido llevarse una figura del Belén de la parroquia?

Quizá algún competidor del Concurso de Belenes con pocos escrúpulos había querido deslucir el conjunto.

El filósofo del pueblo reflexionaba sobre la importancia de este animal, y comparaba el conjunto con una melodía a la que no podías suprimir una nota sin menoscabar el resultado.

El párroco señalaba el papel de la mula como representación de los más humildes, e interpretaba el hurto como una falta de sensibilidad.

El alcalde se lamentaba de la deriva del pueblo hacia la pillería y la travesura.

Las señoras comentaban indignadas el acontecimiento, viendo un ataque directo al más básico espíritu navideño.

Los hombres, en sus partidas de dominó, bromeaban con la desaparición.

Nadie consideró la huida. Fugitiva, recordaba el calor de la iglesia, evocaba a su amigo el buey y añoraba a María, que con tanto cariño la trataba. Pero se alegraba de haber descubierto su relevancia, pastaba libre por los campos y dormía a pata suelta. En el Belén, con todas las visitas y constantemente anocheciendo y amaneciendo cada cincuenta segundos, no había quién pegara ojo.

Carlos Javier García de Sola Márquez

DON BUEY Y DOÑA MULA

Don Buey y doña Mula perdieron el piso en un desahucio y desde entonces comenzaron a vagar por las frías calles de la ciudad; no había cobijo para tales inquilinos, sin trabajo y sin oficio. Recorrieron todos los espacios de servicios sociales, pero no entraban en la lista de posibles usuarios. Finalmente optaron por escapar al campo: tal vez ahí encontrarían su lugar.

Les rechazaron en todas las granjas: "¡Animalitos de ciudad, bah!". Caminaron hasta una gruta perdida, donde parecía que los pastores se refugiaban en tiempos adversos.

—Nos echarán de aquí, cariño.

Dijo doña Mula a don Buey.

—Pero hace frío y tienes una salud cada vez más delicada.

Cuando ya dormían, escucharon el susurro de dos humanos jóvenes:

—Aquí mismo, José, ya no puedo más.

—¡María, si es una cueva para ganado!

Pero la joven se recostó sobre un montón de paja, agotada. Al poco, unos sollozos de niño anunciaron la llegada de una nueva criatura al mundo.

Don Buey y doña Mula se acercaron hasta el pesebre donde yacía el recién nacido, quien recobró su temperatura. Desde entonces, ambos habitan aquella cueva, narrando al mundo su felicidad.

Carlos López Pérez

JEFÁS

Cuesta arriba. Cuesta abajo. El burro marcha a través del aire helado, de la brida que sostiene un gigante tan manso como él. La noche es clara y las montañas, oscuras, nítidas, perfectas, parecen al alcance de la mano.

Arriba. Abajo. Lentos, sólidos e incansables, los cascos hieren el silencio del paisaje y retumban sobre la escarcha. Parece una travesía eterna, y de algún modo lo es.

La luz en la distancia se aproxima con cada paso, hasta revelar una choza miserable y hacinada. Los llantos de los niños, el rumor de las conversaciones y los gritos de los borrachos irrumpen sacrílegos e indiferentes.

—¿Un lugar? –pregunta Jefás— ¿Le parece que puede haber un lugar? –Señala con un movimiento de su brazo los grupos de gente junto a las hogueras.

Entonces advierte a la joven sobre el asno. A pesar de arrebujarse con su manto se nota que está encinta. Le invade una emoción extraña y siente deseos de llorar. En silencio los conduce a las estribaciones rocosas, a quinientos metros de la posada. Entra en la gruta y enciende un fuego. Jefás, el tabernero, no sabe que ha entrado en la historia. Los bueyes junto al pesebre tampoco.

Eduardo Solari Adot

NAVIDAD EN AGOSTO

—¿Preparando la Navidad, Javiercito?

Es una tarde fría de agosto, mi abuelo cumple años. Llevo una torta -pequeña, nada pretenciosa, comprada en la panadería de la esquina- y unos churros. Las enfermeras, cómplices, prometieron chocolate caliente para la merienda.

No lo contradigo. Sigo el juego que me propone su memoria sinuosa y esquiva, sometiéndome a esos recuerdos que van emergiendo, arbitrarios, sin orden.

Le respondo que sí, que faltan unos días, pero que estoy en eso.

—¡Pero cómo que faltan unos días! ¡Es hoy Javiercito! ¿Dónde tenés la cabeza?

Me disculpo, pretexto alguna estupidez. Me cuenta que allá, y yo sé que allá es España, se come mucho en navidad; me habla del mazapán, que nunca le gustó, y de los turrones; me cuenta que los regalos se entregaban para Reyes, y que en su pueblo hacía un frío de cagarse.

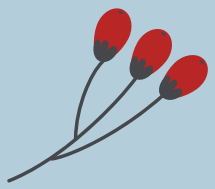
Súbitamente conecta con la realidad y pregunta qué es lo que llevo en la bolsa.

—Tu regalo, abuelo.

Se emociona, lo abrazo. Le advierto que no debe abrirlo antes de las doce.

La sala comienza a cantar el feliz cumpleaños; sorprendido, dice por lo bajo: están todos locos acá.

El aire sabe a chocolate, bendita navidad en agosto, abuelo.



Pablo Miranda

ADVIENTO

Me cautiva contar. Es algo que me atrae. Lo hago todo el año, pero sobre todo en navidad. Me gusta contar los días que faltan para que llegue el treinta de noviembre. Ese dia, compro mi calendario de adviento, y entonces; cuento las horas que quedan para abrir la primera ventanita de mi calendario. Cuento las mañanas que van pasando mientras me como las chocolatinas que me van tocando. Mientras tanto, cuento las figuras del belén, los adornos del árbol, las luces que lo ilumina, los vagones del tren que lo rodea, las vueltas que da el tren a su alrededor, los platos, vasos, copas, servilletas y cubiertos que he de preparar para la cena de nochebuena. Cuento las personas que me acompañarán en esa noche tan especial. Cuento los minutos que le queda al horno para sonar, avisando que el delicioso pollo relleno está listo. Pero sobre todo, esta navidad, cuento las palabras de este microrrelato para cumplir, responsable y formal, con la matemática y con las bases del sexto concurso de microcuentos navideños VITHAS NEURORHB, no sin antes desear que hayan tenido una muy feliz navidad, y una bonita entrada en este tan esperado año dos mil veintiuno.

Javier León

MICROCUENTOS PARTICIPANTES

INEXPLICABLE

—Nicolás, la sientes. Lo sé, es inexplicable. Sucede una y otra vez. Cuando ves las luces y escuchas las canciones, cuando estás con los amigos y la familia, cuando hueles las castañas...

De pequeña mis abuelos me explicaron que todo lo que nos pasa no tiene una explicación racional y, que muchas veces en la vida, debemos dejarnos llevar por la magia.

—Mamá, ¿hablas de la Navidad?

—No cariño, hablo de la felicidad. No dejes nunca de sentirla. ¡Disfrútala!

María M. Lorman

UN DESEO EN DICIEMBRE

Zoe aguardaba frente a la ventana que daba al porche. La nieve empezaba a cuajar en una noche gélida; ningún alma asomaría por allí. El fuego crepitaba y arrojaba una imagen velada del ascetismo que la acompañaría en Nochebuena. Hacía cinco años que celebraba las navidades sola —sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico—. Solo conservaba la casa de campo que sus padres con tanto esfuerzo habían construido en el valle de Agramón, en Hellín; una gloriosa panorámica que exudaba la majestuosidad del verdor y se fundía con los tímidos rayos de sol que bañaban sus llanuras. Abrió los ojos y observó unas huellas en la nieve, una bufanda roja tendida en el suelo y una neblina blanca que se alejaba entre la espesura. Zoe abrió la puerta y percibió el aroma mentolado de su padre y la fragancia almibarada de su madre. La neblina se esfumó dejando un rastro de aromas almizclados que fueron como un bálsamo. Recogió la bufanda roja de su madre y la colgó en la chimenea. Sus ojos vidriosos se fundieron en las llamas y, por primera vez en mucho tiempo, sintió la calidez de un abrazo.

Isabel M. Almagro Morillas

MI ÚNICO DESEO

A mi hermano siempre le han gustado las luces de colores. Cuando empezó a andar, mis padres no le podían soltar de la mano, porque en cuanto veía una luz salía corriendo hacia ella. Se quedaba mirándola como hipnotizado por un mágico hechizo. Unos años después todo continúa igual y la Navidad, especialmente, sigue siendo su época favorita. Vive con toda la intensidad ese fantástico ambiente, lleno de luz y color, y lo observa asombrado como si fuera la primera vez; sin embargo, este año no va a ser así. Mi hermano Niko está en el hospital, le han operado porque se estaba quedando casi ciego. Últimamente estaba muy triste porque sabía que este año la Navidad iba a ser diferente para todos. Los médicos nos han dicho que todo ha salido bien y que puede recuperar la vista en cualquier momento. Hoy hemos estado los dos escribiendo nuestras cartas a los Reyes Magos. Mi carta era muy larga pero la de Niko no ocupaba ni media hoja. Solo pedía un único deseo: “Queridos Reyes Magos: Deseo poder ver brillar muchas luces de colores en mi vida porque la oscuridad siempre me ha dado miedo, como ya sabéis. Gracias.”

Clotilde Guisado Rodríguez

SUS REGALOS

¿Cuánto tiempo duran los regalos? ¿Tienen fecha de caducidad, como los yogures? O, por el contrario, ¿a medida que escarbas en su interior vas descubriendo, una vez que el envoltorio desaparece por completo, nuevas cualidades que te sorprenden aún más que el primer vistazo al lazo rojo que lo acompañaba? Gracias a mamá, aprendí a tener la estantería de la vida llena de regalos, vivía en una Navidad permanente. Ella siempre decía que no hay que perder nunca la capacidad de asombro. Aseguraba que el sueño que infunde más temor es atreverse a vivir. Y, de repente, sin hacerse notar, se fue. Ni siquiera recuerdo cuándo. Creo que fue un 24 de diciembre. Su imagen ha ido difuminándose de mi memoria, pero no sus regalos ni su impronta, que acuden a mi memoria cada Navidad. Otra de sus frases de cabecera era que solo muere quien quiere. Y ella, cabezona como pocas, nunca dio su brazo a torcer…

Eduardo Viladés

DE PROFESIÓN: AZAR

No quisiera parecer atrevida ni irreverente, aunque he de advertiros que no soy de carne y hueso, sino fruto de un insondable misterio con la función vital de derramar ventura y repartir felicidad por doquier. Puesto que soy la encargada de asuntos tan mundanos como los sorteos tan tradicionales por las fiestas de Navidad, me empecino en buscar personas a las que conceder una oportunidad. Tan pronto como atino con el afortunado, inspiro hondo y doy un brinco para meterme en su bolsillo a fin de fundirme con algún boleto en un vínculo extraño y enigmático o le concedo los deseos garabateados en su carta a los Reyes Magos... Supongo que a estas alturas ya habréis adivinado quién soy. Es obvio, ¿no? Claro que no soy humana... En cuanto a mí, existe una especie de pacto de silencio acerca de mi naturaleza, un tácito acuerdo que también yo respetaré, pues ya se sabe que la suerte es harto caprichosa y huidiza, sobre todo en lo que atañe a las loterías del Estado y a los personajes navideños. Al fin y al cabo, nadie ha dicho que la profesión de azar sea sencilla.

Ramon González Reverter

LA NOCHE DE NAVIDAD

Entre las oscuras olivas, en mitad de la noche se podía adivinar el cortijo blanco del cual salía una hermosa música navideña. Hacía frío y, desde la húmeda y alta piedra en la que estaba sentada María, se divisaban además en el horizonte las luces de pueblos lejanos que titilaban esa noche como si fueran la iluminación de un árbol de navidad.

El día había sido duro, como todos; la recolección de la aceituna hacía en aquellas tierras muy ingrata esta fecha tan especial, y lo único que alegraba sobre todo a los niños eran los turrones y regalos que en esa noche recibían.

Dentro de la cocina, en la lumbre ardían los troncos que además de dar calor a la estancia proporcionaban el que se necesitaba para que se cocinara la humeante sopa que toda la familia reunida esperaba con ansiedad saborear: era la especialidad de la abuela y sólo se disfrutaba esa noche del año. Mientras tanto, el abuelo sentado en el sofá de madera leía en la vieja y manoseada Biblia el relato del nacimiento del Salvador Jesús, quien al fin y al cabo era el protagonista esa noche, porque era su cumpleaños.

Fin

M.ª Dolores Cuadrado Padilla

ILUSIONES

La mañana de reyes del 98 fue muy especial. No por la Game Boy, ni por la nave espacial de Playmobil. Ni siquiera por ese plan secreto que teníamos mi prima y yo: dejar nuestro primer regalo a los padres. Habíamos comprado unos bombones de esos que vienen en una caja llamativa. Nos despertaríamos de madrugada antes que nadie para colocarlos, pero no sonó la alarma. No, lo mejor sin duda fue, ver como mi hermana, de tres años y medio, nos contó a todos, con pelos y señales, como se había despertado a media noche. ¡Nada más ni nada menos que por culpa del horroroso olor que desprendían las heces de los camellos! Los que sus Majestades habían aparcado en el jardín trasero de casa, mientras repartían los regalos. Y cómo ella, sin miedo alguno a ser descubierta, se había quedado toda la noche despierta, contemplándolos a través de su ventana. ¡Qué segura se siente de sí misma! Pensé. Y hoy en día cuando la veo con el EPI puesto lo sigo pensando también. ¡Qué valiente es!

Marta Bernad Rodilla

LUCES DE NAVIDAD

El mar, olivares y palmeras, la cometa andando con estrellas fugaces en el cielo.

Las luces adornan las avenidas, acompañando las semanas del comercio y del regalo.

Cohetes trazadores vuelan sobre los campos de los refugiados.

Se fueron de un País lejano, dejando casa y afectos.

Ahora se encuentran en las playas del Mediterráneo.

En la noche, la explosión de una bomba. Toda la familia se escurre. Ropa y zapatos en la bolsa. Luego directamente al barco, al mar, con un esfuerzo de esperanza. En los brazos de la mamá, la niña tiene la cabeza hundida en el pecho, los ojos cerrados, conservando memoria de la casa destruida.

El mar los mece, teñido de rojo. Ahora la niña está descansando, no tiene miedo, cerca de la madre que llora en silencio.

El viaje es largo, en el mar encubierto de cuerpos sin vida.

Calma, frenando el llanto, su madre dice cual futuro las espera, soñando:

“El mar es igual, por todas partes”. Dice tranquila, pero con ojos tristes, mintiendo.

“El mar es de todos, de los pueblos ganadores y de los perdedores”.

La madre se calla: su casa se queda muy lejos, más allá del mar.

Alberto Arecchi

NAVIDAD DE PANDEMIA

Este año, las celebraciones navideñas y las reuniones familiares se realizarán en secreto, como en los días de las catacumbas.

Los drones nos espían desde arriba, dispuestos a interrumpir cualquier intento de reencuentro entre amigos y familiares.

Aquí no hay guerra, solo un clima de terror generado por la ignorancia de los gobernantes.

Los que tenían que proteger al pueblo han dado a luz la loca intención de encerrar a todos en sus casas, sin trabajo, sin cariño. Nuestro mundo se ha convertido en una gran prisión.

Ni siquiera los sabios Reyes podrán llegar, de cerca o de lejos, para traer sus regalos.

Han convertido nuestra tierra en un desierto, sin futuro ni esperanza.

¿Podrá esta Navidad de esperanza traer la liberación de la pesadilla y los malos gobernantes?

Alberto Arecchi

LOS ESPEJOS AFEADORES.

Hace mucho tiempo, los habitantes de Zhamura eran muy presumidos y estaban todo el día mirándose al espejo y exclamando “qué guapo soy” o “no hay mujer igual en toda Zhamura”. No se preocupaban de otra cosa que no fuera acicalarse para estar radiantes y competir en belleza con el resto de habitantes de la ciudad. Era lo único que parecía importarles.

Pero el día de Navidad, los espejos, hartos de que la gente se remirase para contemplar su hermosura e irse poco a poco envileciendo, decidieron afear a todos aquellos que se mirasen en ellos, reflejándolos mucho más feos de lo que en realidad eran.

Y fue cosa del destino que, desde aquel momento, dejaron de mirarse todo el día al espejo y comenzaron a dedicarse a labores más provechosas. Así, decían “voy a ser el mejor médico de Zhamura y curaré a todas las personas que estén enfermas”, o “voy a ser la arquitecta más capaz y construiré un edificio inigualable”.

De tal forma, todos y cada uno de los habitantes de la ciudad dejaron de preocuparse sólo por su aspecto y se convirtieron en mejores personas gracias a los espejos.

Iván Ávila Nieto

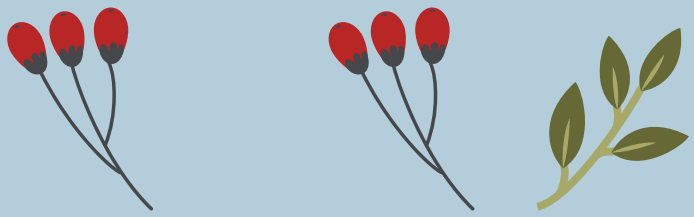
ESPLENDOR EN LA NAVIDAD

El invierno se despliega arrollador, nos rodea, nos abraza, es muy próximo y evidente. Ha llegado con su sugerente invitación a la vida. Brota a borbotones, como perfume que embriaga, arrolladora y desmedida pero fiel, al fin y al cabo, todo está por estrenar y disfrutar del maravilloso paisaje de la Navidad.

Se huele en el aire nuevo cargado de frío, de espesuras azules, de musgos transparentes, se oye el canto de los pájaros, me gusta escuchar el soplo incesante de la vida, ese sereno murmullo, ligero y continuo, el gorgoteo y canto de los gorriones anunciando la magia y el esplendor de la Navidad en las ramas de los árboles.

Desde mi ventana sopla una brisa fresca y un gélido frío, llameantes ámbitos de amaneceres, el milagro de la nieve los campos, del reverdecer de la tierra y sentir un soplo vivificante y puro. Disfruto en un lugar alejado y apacible, en la serenidad de los campos. La vida late en nosotros, descubrimos todo lo que nos está ofreciendo, a veces la apertura necesaria es hacía uno mismo, disfrutemos de lo que la naturaleza nos regala.

Josefa Paniagua Pérez



MAGOS

Cuántos de vosotros conocéis los nombres de los reyes magos, preguntó no sin cierto temor el maestro.

Una de las niñas que ocupaba una mesa próxima a él respondió sin vacilar. El maestro sonrió al escuchar la respuesta. Bueno, en realidad Leonor, Juana e Isabel fueron reinas de Castilla.

El maestro volvió a formular la pregunta y esa vez fue el niño que compartía pupitre con la niña anterior quien dio la respuesta.

En esa ocasión el maestro casi estalló en una carcajada y tras contenerse explicó a su joven alumno que lo último que habrían deseado esas tres insignes mujeres republicanas que acababa de citar sería haber portado una corona sobre sus cabezas.

El maestro volvió a preguntar y la respuesta del jovencito que ocupaba una mesa de las últimas filas le pareció la que más se aproximaba a esa fantasía que los niños o habían olvidado o les había sido robada.

Efectivamente, de todos los citados, Juan Tamariz y los otros dos magos, cuyos nombres habían brotado de los labios de uno de los alumnos menos aventajados de la clase, eran los que más méritos atesoraban para ser considerados reyes de la magia.

Eloy Calvo Pérez

LOS FUEGOS DE LONDRES

El reloj del Big Ben acababa de dar la última de las campanadas y la gente parecía que iba a enloquecer. El nuevo año no había casi comenzado y, sin haber hecho nada para merecerlo, todos estaban ya celebrándolo.

Al margen de cada caso particular, la locura colectiva que se vivía en ese momento tenía mucho que ver con esa idea equivocada que nos hace suponer que podemos hacer borrón y cuenta nueva de muchos de nuestros actos con tan solo arrancar una hoja del calendario.

No obstante, sería injusto no reconocer que las vistas del London Eye y el cielo iluminado por los fuegos de artificio, así como la música que suena por los altavoces localizados en las orillas del Támesis son una delicia para la vista y el oído, como un buen rosbif lo es para un paladar delicado.

Al diablo las disquisiciones. El estallido de luz de los primeros cohetes me devolvió a la realidad. Llevaba más de tres horas esperando pacientemente en el lugar en el que me encontraba, pero cuando las primeras bengalas y voladoras transformaron el cielo londinense en un gigantesco arco iris tuve la seguridad de que la espera había merecido la pena.

Eloy Calvo Pérez

EL AMPARO DE NAVIDAD

La mujer se sentó junto al anciano, en un vagón del tren interurbano de Metrópoli por cuyos altavoces la voz de José Feliciano recordaba que, dentro de unas cuantas horas, llegaba la Navidad.

—Usted es Sebastián, el vecino del quinto del número tres de la calle del Amparo, ¿no?

—Ese soy yo. ¿Nos conocemos?

—Nos vimos ayer en el portal, aunque iba usted tan ensimismado en sus pensamientos, que, si bien respondió a mi saludo, ni siquiera me miró. Pero le conozco sobre todo por los sonidos, discretos eso sí, que me llegan de usted a través del techo. O sea, que se puede decir que sé muchos secretos suyos.

—¿Qué quiere decir?

—Yo soy Andrea Galindo, y resido en el piso cuarto, debajo de usted. Somos vecinos.

—¿Es nueva en la escalera?

—Un poquito más nueva que usted, solo un poquito. Vivo en el inmueble desde hace casi veinte años.

—¡Veinte años! —el hombre se ruborizó—. Tan cerca y tan lejos. Mis disculpas, señora.

—Mis disculpas, señor.

—Feliz Navidad, Andrea.

—Feliz Navidad, Sebastián.

Y Sebastián y Andrea salieron juntos del hipermercado. Se dirigían a la calle del Amparo. Mañana era Navidad.

Salvador Robles Miras.

SOLEDAD EN NOCHEBUENA

A unas pocas horas de la Nochebuena, el hombre, descabalado por una soledad de largo recorrido, se le ocurrió marcar un número de teléfono al azar.

Le respondió una agradable voz femenina.

El hombre, tras felicitar la Navidad a su interlocutora, le explicó las razones de la llamada.

—Usted está solo, como yo. Una Nochebuena desoladora –le dijo la mujer.

—Parece increíble, ¿no?

—¿Se refiere a que yo esté sola?

—No, a que una llamada hecha al tuntún me haya conducido a usted.

—¿Y a dónde le iba a conducir? Venga, apresúrese, que la cena se enfría.

Salvador Robles Miras

KLAUS

Bajo el eterno manto níveo de la lejana noruega, el señor Klaus llegó a la ciudad Luz, envuelto en el misterio. Quienes le vieron arribar en una carroza muy elegante, y ataviado con una gruesa prenda, ignoraban quién era. En la nochebuena, estuvo repartiendo regalos, y felicitando a todos porque Cristo había nacido. Cuentan que a la doceava campanada, un carruaje de luz le tomó y envuelto en la luz de Selene, desapareció en el firmamento.

Jesús Quintanilla Osorio

LA PERRITA LUPITA

Son las 12, todos duermen menos Lupita, que hoy está alterada. Es noche de Reyes, los pequeños y sus padres descansan esperando que amanezca, al tener todo preparado.

Lupita no entiende de festividades, olisquea por el salón, descubre mi presencia y ladra. Intentó escapar pero su olfato me persigue y continúa ladrando. Devuelvo los regalos al lugar donde se encontraban y desaparezco en silencio.

Mañana la regañarán por no haberles dejado dormir. Nunca sabrán que gracias a Lupita no les robé sus regalos e ilusiones.

Enrique Gómez

UNA NAVIDAD CON ÁNGELES

Aquella mañana de diciembre Sofía se despertó en un lugar extraño, rodeada de desconocidos y mucha luz blanca. En ese mismo instante supo que su vida había cambiado. Su sensación frente a la vida es amarga, da miedo y ella se siente como un buzo sin oxígeno, solo quiere vivir.

Encontró en su camino muchas personas que admirar, personas con un pundonor increíble. Todos ellos se iban a convertir en su nueva "familia", todos estaban viviendo el mismo proceso y aquella navidad iba a ser las más diferente pero quizás la más especial de su vida.

Llega el momento de luchar, de sacar todas las fuerzas y no cesar en el intento, y ahí es donde encontró a sus ángeles, personas que cada día, se ponen su uniforme y sobretodo su mejor sonrisa.

Aquellas sonrisas eran sanadoras, capaces de conseguir lo más inalcanzable, capaces de hacer sentir en casa, de crear el mejor de los ambientes y transmitir la paz que uno necesita.

Su vida cambió, ya nada será lo mismo, pero si algo aprendió es que para ayudar hay que amar y ellos aman lo que hacen.

Eternamente agradecida.

Mis ángeles.

Carla González

A LA ESTRELLA DE ORIENTE

Guía de los Magos, resplandeciente, silente. Hacia el pesebre viajera, hacia el Rey de los Judíos. Señera y fidedigna, con su origen en Oriente y luz pura en el Mesías naciente. Del Portal de Judea, mensajera, en los cristianos, imperecedera, que orienta a la fe a cualquier invidente.

Anhelo enunciarte mis peticiones: aparta las causas de los conflictos, la ausencia de derechos, los rencores, de los niños las guerras en las naciones, las injusticias, el orgullo de los invictos y del Oriente, los miedos y los horrores.

No quiero olvidar la pandemia. Aléjala, Estrella de Oriente. Da luz y consuelo a aquellos que han perdido un ser querido, a aquellos que esperan noticias de los médicos con impaciencia, a mí, que me doy cuenta que mi mundo, como les ocurre a muchas personas, naufraga en el llanto y la tristeza.

Isabel García Viñao

DESEOS DE NAVIDAD

A pasos agigantados Alma se apresuraba a la habitación de su padre, quien recién al segundo grito despertó con el reclamo de que llegarían tarde a la panadería a retirar los panetones encargados para esa Nochebuena, Alma había atesorado el recado de su abuela como su bien más preciado, cuando le dijeron que si se olvidaba, quizás Santa Claus no vendría. Alejandro saltó de la cama, lo había olvidado por completo, corrió hacia el auto. Apenas alcanzó a vestirse y a ponerle un abrigo a su hija sobre el pijama. Salieron, intentó cruzar el semáforo antes de que se ponga en rojo, pero no llegó, un camión los embistió bruscamente. Tras varias horas Alejandro despertó en un hospital. Al verse solo, salió desesperado por los pasillos en busca de su hija, divisó a sus familiares justo en el momento en que le daban el parte médico del fallecimiento de Alma, a las 23:59 horas de Nochebuena. Se dejó caer desconsolado, y llorando deseó que aquello nunca hubiese ocurrido.

Abrió sus ojos, desconcertado, mientras escuchaba pasos firmes de unos pequeños pies apresurarse a su habitación y una voz le reclamaba que se les hacía tarde, para ir a retirar los panetones.

Darío Caballero

EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD

Este 2020 la Navidad tendrá un sabor distinto, y cuando digo sabor no me refiero a que será diferente, que lo será, hablo de los aromas y sabores que asociamos a estas fechas y que nos retrotraen, indeleblemente, a comidas, abrazos, risas y felicidad.

Mis navidades más lejanas, en casa de mis abuelos, sabían a aroma de caldo casero hirviendo a fuego lento en la cocina de leña, y a guirlache. Con el paso de los años éstos fueron sustituidos por otros que han seguido evocándome la Navidad: el sabor dulzón de las ciruelas que acompañaban el capón de la comida de Navidad; los canelones que preparaba mi madre el día 26 de diciembre con la carne sobrante del capón; el cardo con piñones; el besugo al horno; el huevo hilado, etc...

Pero ésta será muy distinta por dos razones, primera: ningún sabor me recordará ya la Navidad, el Covid19 ha deglutido voraz mi gusto y olfato; y segunda: como deberemos conformarnos con vernos a través de las video llamadas, sólo le pido una cosa al espíritu de la Navidad: que los servidores del WhatsApp, al menos, no nos dejen colgados y con mal sabor de boca. FELICES FIESTAS.

Xavier Bagés Llasera.

DESTELLO DE ILUSIÓN

Si fuerzo mi memoria puedo recordar el árbol de Navidad presidiendo el salón de mi hogar, y si me concentro puedo recordar una Navidad alegre. Pero cuando mi cuerpo empezó a adormecerse todo cambió. Mi madre asumió la culpa como forma de vida, mi padre acogió la tristeza como segunda piel.

Prácticamente ya no puedo moverme, pero un tenue brillo la ha delatado, me dejo caer sobre el frío suelo y me arrastro hasta ella. La bola de Navidad parece dormitar debajo del aparador, debió extraviarse años atrás. Empiezo una lucha titánica y logro sacarla de su oscuro y solitario cautiverio, sonrío. Miro de reojo el espejo, inerte delator, que me muestra a mis padres observándome abrazados, lloran tras una sonrisa. Estoy feliz, presiento que este año tendremos árbol.

Salvador Esteve

EN EL BOLSILLO DE MI ABRIGO

No podía dejar de recordar la leyenda que me contó sobre aquel belén. En lugar de la figura del ángel del pesebre, en este pueblecito se colocaba la de una paloma. Según me narró, las aves que nos alegran el cielo son ángeles de la guarda, que cada ser humano posee uno y le protege desde su nacimiento hasta su muerte. Me dirigí hacia el belén, lo contemplé milimétricamente para no dejarme nada. Me llamó la atención el agua del río comprobando que la gente arrojaba monedas a él.

Metí la mano en mi bolsillo para coger la moneda y arrojarla a ese agua que me había cautivado desde el principio. La busqué por todos los rincones de mi abrigo sin encontrarla.

—¡Qué extraño! Estoy seguro de que la coloqué en mi bolsillo derecho, me dije. Volví a buscar y noté algo suave y delicado que no estaba antes. Lo extraje con mucho cuidado quedándome desconcertado.

Una reluciente y preciosa pluma blanca apareció ante mí.

—¿Será mi ángel de la guarda el que se llevó la moneda y me dejó esta pluma de recuerdo?, pensé mientras subía al tren que me había trasladado a un lugar especial.

Mª Dolores Martínez Gea

EN ESE VIVERO

Había llegado la Navidad por lo que todos sabían que serían parte de la decoración de los hogares de esa pequeña localidad. En ese vivero habían crecido y ahora estaban llegando familias con niños alborotando y riendo en busca de su abeto. Ellos estaban felices, ilusionados, orgullosos de poder contribuir a alegrar las distintas familias. Se iban vendiendo uno a uno en un incesante goteo, hasta quedar tan solo uno. Ya no había nadie, no se escuchaban las risas de los niños, el murmullo de la gente, los coches aparcando...

Ese pequeño abeto se quedó un poco triste un buen rato hasta que notó que lo levantaban en peso. Llegó al interior de un salón donde lo adornaban con bolas de todos los colores, cintas brillantes, luces intermitentes... y una gran estrella en lo más alto. ¡Qué más podía pedir!

Mª Dolores Martínez Gea

YA ES NAVIDAD

El sonido de las máquinas lo ocupaba todo. Algunas palabras se lograban escuchar en el bullicio. “Papel” “Ruedas” “Rojo” Pero nadie las escuchaba, estaban muy ocupados. ¡Ya no había tiempo! Los dedos estaban adoloridos, los pies cansados y las mentes abrumadas, pero nadie estaba dispuesto a parar. ¡Ya no había tiempo! Se escucharon unos pasos pesados acercarse, los enanos se alteraron más. Los pasos estaban cada vez más cerca y las manos trabajaban más rápido. Ya mismo terminaban solo unos cuantos empaques más. Los pasos llegaron frente a la puerta y dejaron de sonar. La manija de la puerta empezó a moverse lentamente y los enanos se apuraron más. Sus dedos se movían casi automáticamente entre los juguetes y paquetes. Y cuando la puerta se abrió terminaron. “HO HO HO Otra vez dejaron todo para el final, pero no importa, a celebrar ¡Es navidad!” Dicho esto, el misterioso personaje que ya todos conocemos se alejó en su trineo que había sido llenado de regalos justo a tiempo. Los enanos escucharon las campanas alejarse y sonrieron satisfechos y felices. Y como si una fuerza oculta los impulsara gritaron entusiasmados: “¡Ya es navidad!”

Naomi Paredes

BESO NAVIDEÑO

Nevaba, nevaba mucho. El árbol que acababa de compra estaba completamente blanco. No creyó que nevaría tan rápido, tenía que correr, se había demorado mucho eligiendo el árbol. Empezó a correr, el tronco del árbol hacia una línea en el medio de la nieve al ser jalado. Las hojas se tambaleaban y algunas se caían ante cada sacudida. El árbol era bastante grande, el más grande que había podido encontrar y pesaba mucho. Aceleró el paso, ya no había gente en las calles, nadie había salido con la predicción de la tremenda nevada que iba a haber, él debió haber hecho lo mismo. Llegó a la puerta de su casa lleno de nieve de los pies a la cabeza. Su esposa estaba poniendo tazas humeantes de chocolate caliente en la mesa. “Estas tan lleno de nieve” dijo riendo “Wow el árbol está increíble, en verdad lo elegiste bien”. Al verla sonreír y tan feliz ya no se arrepentía de haber salido en la tormenta, ni haberse llenado de nieve. La cogió entre sus brazos y le dio un beso rápido. Ella lo miró intrigada. “Por navidad” respondió con una risita y la volvió a besar.

Naomi Paredes

NOCHEBUENA RIOPLATENSE

¡Aunque se rehúsen a creerlo! Yo fui Jesús por una noche. Lo prueba esta fotografía, tomada hace medio siglo en un Complejo Turístico ubicado en plena Sierra de Minas, concebido para que los funcionarios de la Empresa Eléctrica Estatal Uruguaya vacacionen allí.

Yo tenía apenas un mes cuando mis padres (ambos funcionarios) decidieron pasar Nochebuena en ese Complejo. Allí acostumbran montar un Belén con los huéspedes: se instala la Sagrada Familia en un pesebre improvisado y los Reyes Magos llegan cabalgando, desde los cerros circundantes, para adorar al Niño.

Como decía: con un mes escaso, yo era lo más cercano a un recién nacido que había disponible; sobre mí recayó el privilegio de encarnar al Niño. Automáticamente, mis padres fueron promovidos a Virgen María y San José. Pese a lo descolorido de la fotografía, todavía puede apreciarse a mi madre: con su pelo largo y oscuro ¡nada que envidiar a Olivia Hussey! Aunque, nobleza obliga, reconozco que mi padre era un San José demasiado robusto ¡pero era un lote de tres! Había que tomarlo o dejarlo.

Así que, créanlo o no: por esa única noche yo fui Jesús, aunque siga siendo Susana por el resto de mis días...

Luis Antonio Beauxis Cónsul

RECUERDOS

¿Cuándo llegamos?, pobre Curro es tan pequeño que no sabe disfrutar de la magia del viaje en tren y se cansa. Sin embargo, para mí, es una experiencia que espero con ilusión e impaciencia cada año. Aún no hemos llegado y ya estoy notando en mi paladar, los guisos navideños, los dulces de las monjitas y los churros y castañas asadas de la plaza. Las luces que no dejan un solo rincón en penumbra; los cacharritos, en los que mi hermano, mis primos, amigos y yo, no nos cansamos de dar vueltas, al son de los villancicos.

El frío del cristal de la ventanilla del tren, en el que he pegado la nariz, me ayuda a recordar la camilla con el brasero y los calentadores de cobre, llenos de carbón ardiendo, con el que nos calientan las camas. Las carreras por los pasillos de la casona de mi abuela María que, al ser la más grande, cobija a toda la familia en estas fechas tan mágicas. Los colchones altísimos llenos de lana, repartidos por las habitaciones donde, grandes por un lado y pequeños por otro, caemos rendidos después de días que empiezan muy temprano y acaban muy tarde; ¡Es Navidad!

Julia Martínez Congregado

SIN TÍTULO

Érase una vez una serpiente que quería volar por ver cómo se veía la tierra desde ahí arriba y le pidió a santa claus que le diera unas alas,pero este lo único que le dijo es que si lo quería acompañar mientras repartía los regalos que tenía que repartir el día de navidad, pero la serpiente tenía hambre y le pidió a santa un bombom pero en ese momento solo pudo darle algo para beber y colorín colorado este cuento se ha acabado.

Sami Sous

LA MAGIA DE LA NAVIDAD

Cuenta la leyenda que cuando el otoño se despide las hadas de la noche se despiertan. Cada una tiene asignada la misión de entrar en un ser para calentar su corazón antes de que el frío invierno lo hiele.

Es bien sabido que el calor de las hadas puede encender las llamas de un inmenso amor en las almas que toca. Cuando esto sucede, las personas vuelven a sentir algo muy profundo por todos los que aman. Es por eso que de repente empiezan a decorar mesas, adornar con luces, invitar a familiares y hacer regalos. También por eso mismo algunas almas lloran la ausencia de los que un día estuvieron.

Las hadas más jóvenes, dejan de confiar en sus cualidades cuando alguien dice que odia la Navidad, lo que ellas no saben es que han encendido un gran fuego en un corazón que amó mucho. Las más veteranas saben que no pueden irse sin dejar este mensaje: “Aunque hoy ya no estén, siempre seguirán vivos en tu corazón. ¡Qué suerte haberles conocido!”. Y ahí mismo, en el agradecimiento profundo por todo lo vivido y compartido, se vuelven a encender las luces de la magia de la Navidad.

Juana María Corró Payeras

AL PIE DE LA LETRA

Mi hijo es tan riguroso que quise darle un susto el Día de los Inocentes. Le dije que este año quería invitar a todos mis compañeros de la residencia a pasar una velada inolvidable en casa. Para ser más convincente expliqué que la mayoría no tenía familia con quien celebrar las fiestas, lo cual era tristemente cierto, y le encargué que hiciera acopio de uvas y serpentinas antes de que se acabaran.

Su respuesta me hizo reír, porque me prometió que alquilaría un autocar y que bajaría al sótano los muebles del salón para hacer una pista de baile. En cuanto a las uvas, me preguntó si no preferiría un postre más elaborado aprovechando que contrataría también un servicio de catering. Se extrañó de que fueran a agotarse tan pronto, y cuando le recordé que faltaban pocos días para fin de año, me sugirió que mirase bien el calendario. Aún estábamos a mediados de diciembre y él había pensado que me refería a la Nochebuena.

Mis compañeros nunca se han alegrado tanto de que tenga tan mala cabeza para las fechas, ni yo me he sentido nunca tan orgullosa de que mi hijo se lo tome todo tan en serio.

Daniel García Rodríguez

DESPERTARES

Helena, abrió sus grandes ojos y virtualmente comenzó a poner música a los colores, el mundo parecía haber recobrado vida. Ella, era un alma yerma desde aquel día lejano que se encontró en el sitio y momento equivocado que le provocó un coma con un futuro incierto. Aquella explosión la sumió en un letargo reconducido por unas máquinas multifunción, que velaban día y noche por su vida. En la noche despertó de aquel inmenso sueño y le embriagó el suave olor a muérdago que se desprendía del ramo que ornamentaba su mesita. Intentó recorrer con la mirada cada palmo de su habitación llegando hasta su cuerpo, que yacía inerte entre las sábanas de algodón nevoso. Aquella situación le originó un cúmulo de emociones que desencadenaron en espasmos de ansiedad, alterando la señal del monitor que registraba su ritmo cardíaco. La confusión la invadió... ¿Era real o seguía en aquel inmenso sueño? El desasosiego seguía doblegando su duda y alimentaba con más fervor sus ganas de vivir. La hilaridad de una voz desveló su incertidumbre... ¡Ha despertado!

Desde su cama a través de la ventana le pareció ver una estela de luz con un mensaje...

¡Vive!

Era Nochebuena.

Rosa Maria Tapia Alcover

FALTABAN LAS VELAS

Aquella mañana Ezequiel se levantó un tanto disgustado por las discusiones de los últimos días. Líos de familia -solía comentar con sus amigos-.

El padre se había empeñado en rescatar un belén de su infancia, una verdadera reliquia del pasado con figuras medio descascarilladas y animales decapitados. El pobre hombre colocó el pesebre en un rincón, intentaba de este modo darle a la casa otro ambiente festivo. La escena resultaba un tanto sombría porque no había pensado en las luces.

La madre se oponía a semejante cursilería aduciendo que el niño pronto cumpliría los trece y que ya podría usar los tefilín. A Ezequiel, las consabidas peleas le entristecían al principio pero luego sabía que tendría doble ración de presentes: los de su madre antes de las vacaciones y más tarde, los de su padre en Navidad.

Sopesó las posibilidades de regalos y decidió zanjar el asunto de la manera que le resultara más ventajosa. Rebuscó en el cajón y colocó la menorá detrás del simulacro de belén que su padre había organizado.

Aquella noche las siete velas iluminaron el hospital de campaña que tenían en casa. Los padres se calmaron y Ezequiel sonrió. Sabía que los paquetes se multiplicarían.

Mireia Aldomá

EL ABUELO

Qué tristes se vuelven las fechas navideñas cuando falta aquello que siempre las animaba, las cenas y reuniones familiares se vuelven grises. Eso es lo que pasó en Donas el pasado año. Todos y todas se dieron cuenta al instante de la ausencia del anfitrión, aunque por faltar, faltaba todo: los invitados, el marisco, la carne, los dulces navideños... Pero por encima de todo, faltaba el abuelo. Como dicen en casa "no es nuestro abuelo de sangre, pero es nuestro abuelo". Aquellas navidades esa frase quedó grabada en la mente de toda la familia, ya que el yayo tuvo que pasar las fiestas ingresado en el hospital, tras un atropello mientras paseaba como todos los días por las calles de Baiona. Pero este año, será diferente. El abuelo sí estará por fin en casa, y con él, los invitados, el marisco, la carne y los dulces navideños. Aunque las circunstancias del presente año son diferentes, podrán estar de nuevo juntos.

"Abuelo no nos faltes, vuelve siempre por navidad"

Fernando Méndez López

LA MASCOTA DE HERODES

Ese ocho de diciembre, mientras montábamos sobre la mesa ratona el arbolito de Navidad junto con su pesebre, mi hijo comentó que le encantaría ser pequeño como el muñequito que sostenía para poder entrar en el pesebre. La ocurrencia me hizo sonreír.

Inducido por la fantasía infante, esa noche soñé que con un rayo de mi invención ambos nos encogíamos en figuras de tres centímetros. Y así íbamos a visitar al niño Jesús. Pasábamos junto a ovejas de alpaca y reyes magos mal pintados (vistos en detalle sus rostros cobraban formas fantasmagóricas) hasta detenernos junto a la cuna del Mesías. Contemplábamos a la sagrada familia ante las miradas compasivas de María y José, cuando notamos que nuestro perro metía la trompa en el pesebre y comenzaba a olisquear las figuras. Acto seguido atrapaba con su boca la cunita y ya se la llevaba, cuando las tres piezas protagónicas cobraron vida: el niño lloriqueba, mientras sus padres tironeaban de la otra punta de la cuna para salvar a nuestro Salvador... Nosotros, rígidos como el reparto escénico de las demás figuras, contemplábamos la pesadilla sin poder intervenir, ¡y por culpa de nuestra mascota!

Desperté decidido a acollarar al sicario de Herodes.

Maximiliano Sacristán

EL VISITANTE

El Papá Noel de aquella nochebuena se apareció en nuestra reunión familiar a eso de la una. Un poco tarde, pensé, mientras le franqueaba la puerta de calle. Aún recordábamos la mala experiencia del año anterior: mi cuñado había llegado borracho y gritando groserías con una botella de sidra en la mano. Éste, todo un profesional, se dirigió derecho hacia el jardín trasero, donde los niños todavía se entretenían encendiendo cañitas voladoras. Los convocó con un "Jojojo" artificioso (era todo lo que decía) y de la bolsa que traía al hombro fue sacando regalos bien empaquetados, que entregó a cada párvulo mientras les acariciaba la cabeza. Me extrañó que su panza y barba no lucieran falsas. Evitaba sonreír todo el tiempo como parte de su oficio de payaso. Un minuto después se despidió con un saludo general y salió a las apuradas. Supuse que andaría con mucho trabajo.

Los adultos regresamos al comedor. Mi tío fue el que activó la alarma al comentar: "Qué Papá Noel más expeditivo... ¿quién lo contrató?". Nos miramos entre todos: nadie lo había hecho. Hubo un segundo de terror, después nos paramos al unísono y salimos corriendo hacia el jardín a las atropelladas.

Maximiliano Sacristán

EL BIDÓN DE NAVIDAD

No pueden encender el árbol. En toda la manzana se fue la luz. Ahora está tronchado y rociado. Alguien abandona al resto y corre. Los echan otra vez cerca de la gasolinera igual que a contagiados. Así que el que está más fresco corre dos kilómetros hacia el polígono en busca de un mechero y entra en calor. Los demás mudan el bidón sin coordinarse. Lo hacen rodar veinte metros. Se pasan el cartón de vino. El corro se sacude el frío, se frota los sabañones y golpea el suelo con las suelas gastadas y rajadas. Se gruñen quejas por la gota o por un pisotón. Puso el culo de gasolina. No es justo. Debe ser el primero en abrazarlo. Pelean.

—¡Bastardo! —El que vino pierde el resuello.

—¡Ven con Papi que te enseñe!

Nadie lleva las apuestas. Uno se baja el embozo harapiento y escupe sangre. El otro reata la goma a una punta desgastada de la mascarilla... Lo echan a suertes. Luego todos se olvidan del turno que les corresponde. Las chispas del mechero no prenden nada. Pero es lo más cerca que estarán este año de abrazar el bidón de Navidad.

Rafa Mellado

UN DÍA CUALQUIERA

Un día cualquiera Después de dar tumbos sin rumbo fijo, se detuvo en el puente que cruza el río. Allí, recostado en la barandilla y con toda la incapacidad de ser abrazado por el espíritu de la Navidad, empezó a redactar lo más parecido a una felicitación.

Podría felicitarte la Navidad, pero no lo voy a hacer, la verdad, me importa un pito. Hoy he leído en una sección del periódico este titular: <>

¡¡En serio!!, ¿en esto se ha convertido el espíritu navideño?, ¿triunfar es esto, con un vestido, y encima barato?

Por esto y por otras cosas parecidas te hablaba de la importancia de <>.

Lo siento, no puedo con tanta obligación de felicidad a través del dispendio material, barato o lo que sea. Y por tanto, lo que sí quiero hacer es felicitarte por ser como eres, no cambies nunca, estás bien así. Aunque estés lejos, ¡te quiero!

Era noche cerrada cuando regresaba a casa. Los hogares iluminados rezumaban Nochebuena por todos sus poros. Él, aun sin celebrarla, disfrutaba de la fina lluvia que mitigaba su tristeza. Se acostó sin cenar esperando que el sueño le venciera

Amadeu Isanta

¿NO HABRÁ NAVIDAD?

Este año la navidad será diferente; en realidad, con lo que tenemos encima, no habrá navidad, la pandemia no quiere marcharse, se ha instalado en todos los lugares del mundo y sigue pegándonos fuerte.

Estas frases y otras parecidas, viene escuchándolas Diana de un tiempo a esta parte.

Sin embargo, la niña, con tan sólo nueve años, pero con gran sentido común, está viendo que se han adornado las calles, con luces, muchas luces de colores, que se encienden y se apagan intermitentemente; ve, también, los anuncios de regalos y gente que se vuelve loca comprando, las calles y los grandes centros comerciales están llenos.

Diana no entiende nada, le parece que las cosas siguen igual, los preparativos son los mismos que los de otras navidades y, entonces, piensa que la gente es muy rara, que hay algo que no encaja.

Si las circunstancias no están para fiestas, no sabe a qué viene este jaleo; no puede haber tanta licencia para el alboroto cuando hay tantas personas que nos faltan y tantas que están enfermas por el maldito virus.

Diana se pone algo triste, y sólo piensa en su querido abuelo que sigue hospitalizado. Llora y reza.

María Paz Plaza

GESTOS

Mi amiga María Pilar es una persona que piensa mucho en los demás, tanto que, a menudo, le digo que está viviendo la vida de los otros y que tiene que vivir también la suya, pero ella erre que erre, sigue en sus trece.

Es solidaria y comprometida, creo que eso le viene de toda la vida, y lo es hasta tal punto que a los que estamos a su lado, su círculo de amigos y su familia, al final nos lleva a su terreno y muchas veces nos vemos abocados a colaborar en causas que jamás habríamos pensado.

Como ella no va a cambiar, y la queremos tanto, todo lo que nos dice intentamos llevarlo a cabo, pero tengo que confesar que luego nos alegramos un montón. Es una suerte tener una persona así en nuestra vida.

Para estas navidades y dadas las especiales circunstancias que estamos viviendo, ya nos ha planteado su plan:

propone que con el dinero que nos íbamos a gastar, en la cena de celebración de las fiestas, en la que nos reunimos todos los amigos, este año se lo entreguemos a una familia que lo está pasando mal. Todos aceptamos encantados. Mil gracias amiga.

María Paz Plaza

¡BENDITA NAVIDAD!

Tras toda una vida cuidando la madre tierra, la lectura y los paseos al campo se convirtieron en el poso de su vejez. Noventa y cuatro años, herencia genética materna y la fortaleza físico mental, alimentaban sanas envidias. Cuando la vista disminuyó por cataratas, apremió operarse. La herramienta vital en su autonomía tenía fácil solución.

Largas listas de espera en sanidad minaban el día a día. Ocho meses esperando, reclamando dignidad desde la humildad que le caracterizaba, hicieron diana. La operación tomó fecha fortaleciendo el ánimo. El día esperado se cayó del calendario. El confinamiento nacional suspendía intervenciones. Mazazo familiar, entereza y paciencia paterna dando ejemplo, calmando ansiedades.

—Tranquilos, —dijo el padre—aún nos queda Navidad.

¡Bendita Navidad! El hospital le llamaba para operarse.

—La mejor Navidad, ¡ojos nuevos! —dijo el padre—

Ahora pasea por los libros leyendo los poemas publicado por su hija.

Adela Orellana Durán

GUIÑO DE NAVIDAD

María había nacido un veinticinco de diciembre y siempre sintió que era una señal sublime, que la acompañaría toda la vida.

Pero un día antes de cumplir los veintitrés años, sus padres fallecieron en un accidente. María dejó de festejar sus cumpleaños, el espíritu navideño la abandonó y a partir de ese momento la tristeza fue su compañera.

Llegó el veinticuatro de diciembre de dos mil diecinueve y para María, era un día más. Salió del trabajo y sus miradas no se detuvieron ni un momento en las vidrieras navideñas.

A las once de la noche se fue a dormir, pero apenas transcurrieron unos minutos del veinticinco, María se despertó emocionada.

Era la primera vez que soñaba con sus padres que le deseaban un feliz cumpleaños y le pedían que comenzara a vivir.

María se miró en el espejo y las lágrimas ya no estaban, abrió el armario, tomó en sus brazos el arbolito de navidad como si quisiera acunarlo y con alegría lo adornó y cubrió de luces.

Había regresado el espíritu navideño. Las luces le guiñaron el ojo y la copa del arbolito se inclinó, para que la estrella de Belén la pudiera besar.

Alberto Chara

LA FÁBRICA

Las paredes del cuarto de Noelia lucen como las de cualquier niña de doce años. Varios pósteres de estrellas de cine se entremezclan y solapan con otros de princesas y superhéroes. Cada tanto, la jovencita se asoma a la ventana y espía el camino que serpentea hasta la fábrica. Últimamente, su padre regresa de allí con un andar mortecino. Y hoy no es la excepción. Lleva ya varios minutos atenazando el pomo de la puerta sin llegar a girarlo. Al final, es la propia Noelia quien lo acomoda frente a la chimenea y le ayuda a desembarazarse de su gran abrigo carmesí.

—Lo siento, hija, pero corren tiempos peliagudos. La fábrica cerró muchos meses por la pandemia. Será mejor que no esperes grandes cosas para Navidad... Ya eres mayor y sé que lo entenderás: en realidad, los regalos te los confeccionamos mamá y yo. Y este año no habrá suficientes para todos.

Noelia ve pasar un elfo a través de la ventana y le responde a Papá Noel con una sonrisa:

—Tienes razón, papi. Soy mayor. Va siendo hora de que me enseñes el oficio y os dé una mano. Entre todos, verás como cumplimos con todos los encargos.

Felipe Tenenbaum

PIROTECNIA

Uno a uno los pasajeros fueron bajándose. El autobús cumplía su último recorrido, el de las once. El conductor tenía prisa por volver a casa: la familia esperaba para celebrar la nochebuena. Vio por el espejo que dos hombres persistían en sus asientos, ensimismados, como si no tuviesen destino. Uno era elegante, el otro parecía un mendigo. ¡Lo siento –gritó deteniéndose–, última estación! Los hombres se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta automática que se abría con lentitud. El frío era opresivo. Antes de reanudar la marcha para dirigirse al estacionamiento, el conductor volvió a mirarlos, esta vez con algo de compasión.

El hombre elegante se acercó al mendigo. “Le invito un trago” dijo, y sacó una botella de su mochila. “¿Y acaso su familia?” indagó el otro. “Mi esposa me abandonó; mis hijos la secundan. ¿Qué me dice de usted?” “No existo para nadie” confesó el pordiosero.

El bullicio de medianoche los tomó por sorpresa. La pirotecnia iluminó el cielo con flores incandescentes que abrían pétalos de luz. Los dos hombres buscaron un banco para sentarse.

Aquella noche, mientras compartían sus miedos y soledades, sintieron, en la compañía dadivosa del otro, algo parecido al verdadero espíritu navideño.

Reinaldo Bernal Cárdenas

LA NAVIDAD ES AMOR, ES VIDA

En mi hogar, era un tradición que, si querías que tu relación fuera próspera o querías pedir algún deseo, lo escribías en un papel dentro de un sobre y tenías que colocarlo la mañana de Navidad, luego, mediante algún duendecillo, un niño o crio, harías que la carta llegara a las manos de la persona con la que querías estar o aquella que podría cumplir tu deseo.

Me quedé sin aire en los pulmones, mi piel se tornó más pálida de lo usual, sentía el peligro; no me moría ni nada, pero inflaba los globos que parecían nunca llenarse por completo para la fiesta de cumpleaños de mi madre, que cumplía el mismo día de la Navidad.

Había invitado a algunos vecinos y a unos de sus amigos más cercanos. Quería celebrar sus treinta y ocho a todo lo alto aunque en realidad estuviera cumpliendo cuarenta y cuatro.

Luces colgaban del techo, el árbol en la sala resplandecía, el olor a galletas de chocolate era una delicia que se esparcía por cada habitación y las medias sobre la chimenea no podían faltar, tal como la carta para Santa de mi hermano Fede colgada en una hilera del árbol.

Amaba la Navidad.

Maria Celeste Unshelm

ESCLAVOS EN NAVIDAD

¡Soy un esclavo! Se acerca la Navidad a la que ya no puedo acceder por haber caído como muchos en el contrasentido de los trabajadores pobres.

Durante unos años, “los sin nombre”, pero que siempre mandaron sin que casi nadie accediera a ellos, nos dieron unos préstamos con muchas facilidades, durante esos años había trabajo y los profesionales ganábamos sueldos dignos al alza.

Creíamos que las clases medias formábamos un mundo en expansión hacia la sociedad del bienestar. “Las Elites” tenían otros planes.

Un día se reunieron y acordaron que ya habíamos subido suficiente.

¿Comenzábamos a ser difíciles de manejar?

Echaron el freno dosificando el trabajo ¡Para ellos fue muy fácil!

Nosotros cargados de hipotecas, sin trabajo o con el miedo a perderlo, estábamos de nuevo a su merced, trabajaríamos si hacía falta de sol a sol sin rechistar.

Nos tienen donde siempre les gusto tenernos, ya solo aflojan un poco para que respiremos lo justo.

Siento los villancicos que antes me llenaban de felicidad, ahora las lágrimas afloran por no saber explicar a mi hijo autista porque estamos en este pozo sin esperanza, rodeados de un mundo al que ya se nos niega la entrada.

Barlovento.

Moisés Martínez Quintana

REENCUENTRO EN LA LIBRERÍA

Germán no pudo evitar entrar en la librería. Los libros parecían hablarle mientras observaba el escaparate desde la acera. Al adentrarse en aquel paraíso, un cálido olor a canela y vainilla inundó sus fosas nasales y dejó de sentir el frío navideño que hacía temblar su cuerpo en el nevado exterior. Recorrió con la vista las estanterías plagadas de historias y se acercó a una de ellas. Paseó la vista por los lomos de los libros hasta que se detuvo en uno dorado. Hizo un intento de cogerlo pero otra mano se le adelantó. En concreto, una mano morena y arreglada.

Germán levantó la vista y sus ojos comenzaron a brillar. Reconoció de inmediato a Javier y a su mente acudieron los recuerdos de su frustrada historia de amor que había acabado en desastre. Sin embargo, Germán no pudo evitar acercarse a Javier y besarlo agarrando su rostro con ambas manos mientras a su alrededor no cesaban de sonar los villancicos y el olor a canela se iba intensificando.

Yolanda Quesada

EL HOMBRE AFORTUNADO

Lisa se encontraba caminando con tal alegría entre la tarde nevada de aquel frío diciembre que parecía que fuera saltando. Al fin había encontrado trabajo después de tantas entrevistas y era su época favorita del año: Navidad. Adoraba recorrer las calles iluminadas por las luces de brillantes colores y el olor a castañas asadas que le hacía salivar.

De repente, su alegría se paralizó unos instantes. Sentado en un banco había un hombre sucio y harapiento que sostenía en la mano un plato con unas pocas monedas. Lisa no pudo evitar acercarse a él cuando la observó con una apenada mirada. El hombre pensaba que le daría algo de dinero, como hacía el resto de personas invadidas por la generosidad navideña. Sin embargo, Lisa le cogió de la mano y le pidió que la acompañara a su casa. Pensaba darle un techo y toda la comida que le apeteciera. El hombre la obedeció y se encaminaron juntos mientras le daba las gracias por su hospitalidad.

Pero, Lisa no quería que se las diera. Sabía lo que era pasar hambre y frío en la calle. En su día, a ella le hubiera gustado que alguien hubiera hecho lo mismo por ella.

Yolanda Quesada

EL CORAZÓN DE LA NAVIDAD

Creían que estas iban a ser unas navidades distintas, el aciago vapuleo de la enfermedad seguía su curso imparable, ya se hablaba de la vacuna resucitadora de la buena voluntad. No fue necesario mirar el calendario, el corazón de cada uno, de cada una, desde los más pequeños hasta los más mayores lo sabían, como una corazonada. Juntos o por separado, los más enfermos de la mano, en las sillas de ruedas lo más impedidos, rebosantes, intuyendo el suceso que habían soñado cada cual por separado. No fue importante que no hubiera luces, ni árboles sujetando regalos, ni música, ni canciones navideñas, era el día veinticuatro de diciembre, a las doce de la noche, congregándose, se fueron haciendo multitud. Un círculo amplio, del que, cada vez que iban llegando, un corazón rojo minúsculo se fue ensanchando, rojo como la sangre que brotaba sin parar. Los ojos embebecidos, el silencio monumental, el amor por encima de los siglos, en ese momento nadie dejó de ser bueno, sin importar las diferencias habidas y las creencias que tenían, un corazón tan grande fue la consecuencia de la unión sincera de todos los corazones de buena voluntad.

Juan Francisco Cañete Romero

CARTA EN NAVIDAD

Señor Noé:

Casi es Nochebuena y decidí escribirle por primera vez. En mi familia no hay tradición navideña, apenas he oído hablar de usted. Fue Cleydi, mi compañera de pupitre, cuyo padre vive en un país donde nieva y se adornan los pinos por esta época.

Ella ha pasado dos navidades allá. Dice que los regalos hay que sugerírselos a usted en una carta.

Este invierno Cleydi no viajará con su padre. Invitó a los muchachos del aula a festejar en su casa. Por supuesto, allá también hay un pino iluminado. Su mamá preparó una fiesta: dulces importados, empanadillas de membrillo, turrón de alicante y los esperados obsequios con moños de colores.

Imagino que todo el mundo irá. Yo no sé si pueda. A mis padres no les agrada esas celebraciones. Afirman que son de otra cultura que nos invade. Tampoco aprueban que escriba cartas pidiendo cosas materiales. Pero siento curiosidad, me gustaría conocerle. Como es la primera vez no quiero abusar, no le pediré nada costoso.

Dicen que tiene un trineo tirado por renos. Me gustaría pasear. No tiene que ser lejos, pero que sea un sitio donde sienta en mi rostro los copos navideños.

Carlos Ettiel Gómez Abreu

UN REGALO DE NAVIDAD

A quince minutos para las doce Papá Noel abandonó, exhausto por la jornada de aquel día de navidad, el más importante centro comercial de la ciudad.

Al cruzar el umbral de la puerta principal se encontró con un niño indigente, quien le miró sorprendido al verlo sin un solo regalo, éste buscó en los bolsillos de sus maltrechos pantaloncitos y extrajo unas monedas que le dio diciéndole:

“Toma, aún faltamos algunos niños”.

Jorge Campo Figueroa

LA DIVINA CARTA

Remite: Dios.
Dirección: En todas partes.
A: Felipe. Dirección: Sueño de Navidad.
Código Postal: No necesito.

Hijo, Dios te bendi...

Mejor dicho: Yo, te bendigo. Aunqueee...

Niño, hablemos en confianza. Lo sé todo sobre ti, por algo soy Dios. Incluso, sé lo que piensas ahora y... te perdono. Me consta que desde tu nacimiento has tenido contratiempos que te han hecho dudar de mí.

Tengo presente tus problemillas de salud, el conflicto de la separación familiar y tu mala suerte con las niñas. Por eso entiendo que me maldigas algunas veces. Sé lo has hecho sin pensar, en momentos de adversidad (como cuando te machucaste el pulgar con un martillo). ¡Lo que no aguanto es que vayas diciendo por ahí que "Dios no te tiene en cuenta!"

Ahora mismo, estoy ocupadísimo intentando arreglar el mundo y, mírame, dándote explicaciones. Mañana enviaré a Papá Noé con obsequios de fe para ti. Debes confiar. Dios sabe lo que hace —te lo aseguro.

Es más, me he quedado ofendido con esa frasecita tuya. Cambia de actitud o te juro por Dios... (digo, por mí) que esta Navidad no te llegarán los regalos de siempre.

Carlos Ettiel Gómez Abreu

GATO ENCERRADO

Al concluir Nochebuena, mientras todos dormían, una sombra voluminosa y mágica pobló el pino de regalos. Doce cajas para la familia Schrödinger, gentileza Santa Claus de quien muchos han dudado. La menudísima Frida en su esquela al Polo Norte, había pedido un gato. Su padre aceptó el convite más no pudo con su genio. Entre paquetes, quizás había un dulce minino, más nadie podría saber si se hallaba vivo o muerto.

Sospechando la estrategia, su devota esposa temió que la hermosa fiesta terminara en tragedia con los llantos e inocencia mancillada de su hija más pequeña. Hasta el clarear de aquel día todo fue dudas y angustias de una madre compungida y un papá más que curioso.

Apenas amaneció, los niños bajaron presurosos. Abrieron los regalos con fruición. Uno a uno once paquetes, el último fue prohibido tocarlo. Hasta el día de hoy, los ya adultos Schrödinger desconocen el enigma.

Desde vista cenital, la misma casa parece una gran caja de Schrödinger, aunque afinando el oído desde su interior proviene una tenue melodía de prístinos villancicos que emiten las cuerdas de un árbol hallándose en sincronía con todo el vasto Universo, que como la Navidad, sigue ocultando misterios.

Martín Troncoso

¿SEGURO QUE FUE UN SUEÑO?

Era la primera vez en sus seis años de vida que Mateo iba a pasar Noche Buena sin su familia. Los médicos tenían un diagnostico reservado. Su caída podría ser responsable de que no anduviese nunca más. ¡Como se arrepentía por trepar el olivo del yayo Gustavo aquel día!

Esa noche, soñó que andaba descalzo por la nieve. Notaba la quemadura del frío en los pies. A lo lejos, se veía una casita de madera. Una vez frente a ella, se abría la puerta. Santa Claus, nada menos, le daba una calurosa bienvenida. Acercándole a la chimenea, le tendía una taza humeante de chocolate. Hasta un Elfo le daba un cascabel de su gorro. Ambos se maravillaban al verle bebérsela tan a gusto. Mateo notaba como el calor recorría sus piernas mientras una voz lejana;

—Mateo, despierta, es Navidad— le susurraba Susana, su enfermera preferida. Mientras le colocaba para el desayuno, algo cayó al suelo. ¿Qué hacía aquí ese cascabel?

—¡Susana! — gritó Mateo— ¡Mira!

—¡No puede ser! — se exclamó al ver moviéndose sus dedos de pies.

La cara de Matea se iluminó. Definitivamente, Santa Claus existía. Su magia había funcionado y, en fin, cumplido su deseo.

Josephine Delbasserue

LA ABUELA

Estuvieron en la sala durante dos horas. Prácticamente fue un monólogo en el cual la abuela enumeraba tantas cosas vividas. Los atardeceres en Toledo en el verano de 1966. La cena romántica en 1970 frente a la Torre Eiffel departiendo en una mesa diminuta. La lluvia que los sorprendió en Roma en 1974 y que los obligó a cobijarse bajo un árbol cerca a la Fontana di Trevi. Y un dato que nos sorprendió a todos los que la escuchábamos hablar desde la habitación contigua: el día que conoció al abuelo en Granada en 1960 éste andaba preguntando por una tal Josefa. La abuela mostraba una memoria prodigiosa, rememorando cada detalle de manera precisa. La pasaron genial. Incluso hasta se dieron tiempo de bailar una jota aragonesa que la abuela tarareó.

A las ocho de la noche Miguel, o sea el abuelo, se marchó. La abuela a sus ochenta y seis años lo solía confundir con el abuelo fallecido. Miguel, desde hacía cuatro Navidades, venía a visitarla con dos docenas de rosas. Lo hacía como favor a mi papá.

La abuela era dichosa durante esas dos horas, pero nos entristecía saber que luego no recordaría nada por culpa del alzhéimer.

Quispe Correa Angulo, Jorge Isaacs

SIN TÍTULO

De Santa Claus a todos los niños, por la pandemia de COVID-19, e por otras condiciones también

Muy estimados niños del mundo. Hoy les escribo en virtud de que, en estas navidades, no saldremos a entregar regalos, por la pandemia estar muy avanzada y peligrosa, y yo ser del grupo de riesgo, ya por mis muchos años, o porque mi trabajo es abrazar a todos los niños que encuentre por el camino. Estoy triste y aburrido, pero esto lo va a pasar y entonces estaremos nuevamente juntos.

Mientras tanto, para que no eches de menos a los regalos, te invito a que busques a los juguetes y muñecos que más les gusten y prepárenlos para la Nochebuena. Límpienlos, cámbienlos, arréglenlos y los pongan debajo del árbol, para que, a la hora exacta, puedan jugar con ellos como si lo hubiesen ganado en aquel momento. Quizá no podamos ganar algo nuevo, pero lo que tenemos, es nuestro, y no lo podemos olvidar ni menospreciar.

Y, si saben de alguien que aún no tenga nada para jugar, abraza el espíritu de este día y les regalen uno de sus juguetes. Así la Navidad seguirá viva y fuerte en cada hogar del mundo.

Marcelo Scarabeli

¡FELIZ NAVIDAD 2020!

No se trata de basar el espíritu navideño en el mercantilismo desorbitado, ni volatilizar ese mismo espíritu hasta la austeridad extrema. Es algo tan sencillo como disfrutar de los momentos habidos y por haber, con el criterio suficiente para vislumbrar que navidades hay muchas, familia solo hay una y los amigos siempre estarán a un whatsapp. Por eso, cuidémonos entre todos cumpliendo con las orientaciones de los que de verdad conocen al virus, con sus puntos más fuertes y más débiles. No nos permitamos caer en el error de mercadear con las vidas de nuestros iguales por salvar un mes en el calendario, pues nos quedan muchos meses y muchos calendarios por delante.

Si las luces de colores son sinónimas de navidad. Si el turrón y los cavas aderezan nuestros encuentros familiares. Estemos por hacer que el buen humor y los cánticos, nos lleven a vivir estos días tan especiales con la más nítida de las memorias, para hacer que los que partieron antes de tiempo encuentren estas luces, los dulces y los cánticos allá donde quiera que estén. Y si eres de esos de los que no toleras estas fechas, ni a quienes disfrutan de ellas, simplemente, pasa palabra.

David Acereda Pérez.

REGALOS

Llegar a casa sin regalos no era un motivo para estar triste. Muy por el contrario, él estaba feliz: había logrado repartirlos todos, incluso a aquellos niños que jamás habían recibido un obsequio.

Afuera los renos dormían plácidamente luego de la formidable jornada.

Quispe Correa Angulo, Jorge Isaacs

LA ESPERANZA EN UN AÑO NUEVO

El 2020 se acababa y los interinos del servicio de neurorrehabilitación habían acordado pasar de año en el hospital. Sabían que los enfermos les necesitaban más que nunca, y con el permiso de todos sus familiares, se dispusieron a entrar en el nuevo año con la que consideraban sus nuevas familias. Habían pasado horas y horas trabajando, doblando turnos. Las fuerzas se les iban agotando, pero con solo ver una sonrisa de uno de los enfermos, recobraban las energías y ponían aún más empeño, si es que era posible, en cumplir con sus obligaciones.

La hora del reloj se aproximaba a las doce en punto, y todos nerviosos, cogieron las uvas que había llevado la directora de neurología. El silencio reinaba, todos permanecían en silencio, sus mentes repasaban con tristeza todo lo que habían vivido a causa del Covid-19. Enfermos que entraban y se marchaban para siempre. Deseaban que el reloj marcara las doce y poder cerrar ese maldito año, y esperar que el nuevo, fuese el mejor para todo el mundo, donde ese maldito virus desapareciera para siempre.

Feliz 2021.

Francisco Gil

UN DESEO POR NAVIDAD

En un hogar no muy lejos del tuyo a una semana de la Navidad...

—Mami, mami...

—Dime, Pablo —dijo María girándose.

—Papá y tú me dejáis pedir tres regalos, ¿verdad?

—Sí.

—Pues, se me ha ocurrido una idea. Este año podría pedir dos regalos para mí y el tercero dejárselo para los niños enfermos que están en el hospital.

María miró a su hijo con orgullo. Pablo tenía ocho años. Sus enormes ojos marrones mirándola le enternecieron. Después de haber estado ingresado por una neumonía pensaba mucho en los amigos que había dejado allí.

—¿Y qué podríamos pedir para ellos?

—Yo voy a pedir mucha salud. ¿Tú crees que se la traerán?

—Yo creo que si lo pedimos con fuerza, seguro que sí. Papá y yo también lo vamos a hacer.

—Muchas gracias, mami. Cuanta más gente lo pida, más se cumplirá.

—Estoy totalmente de acuerdo. Se lo voy a decir a las personas que conozco, y que ellos también lo cuenten.

—¿Como una cadena? —preguntó Pablo emocionado.

—Sí, cariño.

Mucha gente se apuntó a esa idea. Se hizo viral.

En Navidad, kilos y kilos de salud llenaron los hospitales del mundo y Pablo sonrió feliz.

FIN

María Cestafe Torrecilla

DANIEL Y LOS REYES MAGOS

Todas las Navidades el Equipo Médico de Oncología Pediátrica organizaba eventos especiales con los niños ingresados. Este año, además, organizó una recogida de cartas a los Reyes Magos.

Niños y niñas depositaron su carta en el buzón colocado junto al Office de Enfermería.

Recogidas todas las cartas, el Equipo Médico se reunió para analizar las peticiones: móviles, bicicletas, Tablet, playmóbil, muñecas, tenis con luces, etc. Todo según lo esperado, menos una carta cuya petición era un poco especial.

Daniel, de 6 años decía: “Queridos Reyes Magos, lo estoy pasando muy mal, estoy enfermo y apenas puedo ver a mis padres, sobre todo a mi padre que tiene que estar mucho tiempo en el trabajo; como vosotros sois mágicos ruego que atendáis mis deseos, primero que las enfermeras sean mágicas y nunca me hagan daño al pincharme; segundo que los médicos sean mágicos y me curen muy pronto para poder irme a mi casa, y por último que me ayudéis a estudiar mucho para ser médico y poder curar a otros niños. Si es mucho lo que pido, os digo que no me importaría que me duela cuando me pincha la enfermera. Muchas gracias. Daniel”

Pedro Pérez Ramírez

LIVIANA

El mandato social de “tener para las fiestas”, sumado a toda la carga social con la que se las tiñe, es un combo explosivo. Y que suele explotar en medio de la cena. La hábil estrategia publicitaria que generan expectativas de paz y felicidad, sobre todo si se tiene el recaudo de donar buena parte de los ingresos a las arcas de los carteles jugueteros, contrastan con la conformación de una mesa de integrantes variopintos, con ideas políticas y deportivas antagónicas, y con algunas divergencias tan irresolutas como irreconciliables.

Los cuentos navideños de Disney son parte de la cultura popular, y quizás aún estemos esperando que nuestras cenas de navidad finalicen a imagen y semejanza de las que organiza el Pato Donald y su familia. Podría ser, salvo por el detalle de que estos personajes no debaten si la dictadura de Franco recibió o no ayuda de Perón, si Messi es mejor que Maradona o si hay que legalizar el aborto.

A las fiestas se las carga de demasiado: de regalos, de ruidos, de explosiones, de comida, de expectativas. Cuando es mucho más sencillo: alivianar, respirar, encontrar, conciliar. No se necesitan tantas luces para eso.

Matías Finucci Curi

UNA NOCHE BUENA, NO TAN BUENA

Una noche buena del 2020 no tan buena, más allá del acontecimiento que todos sabemos devastó al mundo, pero no entremos en detalles, es más, no le demos crédito. Estaba el pequeño Carlitos de pie de frente al árbol de navidad que había armado su mamá, contento porque para él representaba REGALOS, a tan solo ocho años de edad solo le importaba jugar y divertirse. Su madre lo armó con la esperanza que tiene el amor cuando se está acabando, y en ciertas ocasiones se divertía haciéndolo, lo hizo todo, sola, porque al padre de Carlitos no le gusta la navidad, piensa ella. Pero él no practica la navidad porque en realidad es una fiesta pagana, lo dijo siempre a su esposa, dijo que en realidad Jesús no nació ese día, y que para todos lo único que importa es recibir regalos y emborracharse. Pero terminó recibiendo con su esposa a los padres de ella, esa noche buena del 2020, como los años anteriores, para festejar los regalos que recibía feliz Carlitos. Y su abuelo se desplomó inconsciente sobre el piso, ni él, ni su padre usaban el cubre bocas.

Robert Martinez

LA NAVIDAD

En un pueblo cercano a Valencia llamado El Puig, vivía una familia humilde formada por un padre, una madre y dos hijos de 3 y 5 años. Los padres trabajaban en empresas de la localidad, pero sus salarios eran pequeños y les daban para pagar su hipoteca de la vivienda para los gastos de luz, agua y gas y para la comida, pero no podían permitirse extras. Llegó la navidad, y nos le podían comprar regalos a sus hijos, entonces pensaron en hablar con el cura del pueblo que se llamaba Melchor y explicarle su situación. Melchor, les dijo que hablaría con Caritas del pueblo, para ver si les podían ayudar. Y así fue, en Cáritas les dieron juguetes acordes a la edad de sus hijos. El cura, cogió los juguetes y los llevó a casa de ese matrimonio. Entonces, sus hijos tuvieron regalos el día de reyes. Esta familia fue feliz en Navidad, sobre todo sus hijos con los regalos que recibieron.

Rosa María Ubach

VEINTE DE DOS MIL VEINTE

Cuando bajó del autobús notó una sensación de invierno lejana para él. Llevaba viajando más de tres días sin descanso, durmiendo en sórdidas estaciones, comiendo poco y a ratos, soportando las miradas esquivas y atemorizadas de la gente anónima con la que se cruzaba.

Las luces navideñas brillaban con fuerza inusitada, invitando a una felicidad desconocida para él. A lo lejos descubrió el edificio donde lo habían citado. Era una mole vertical de color azul con ventanas pequeñas y juntas. A la entrada un policía revisó sus pertenencias, le tomó la temperatura y, previo rociado de las manos con gel desinfectante, le indicó la planta y el despacho al que debía dirigirse.

Se sentía abrumado y muy pequeño en el edificio, y a la vez emocionado ante la perspectiva de empezar una nueva vida alejada de la miseria, la guerra y la incertidumbre de un futuro anegado por la desolación y las ruinas. El hilo musical entonaba el Adeste fideles, melodía que le recordaba vagamente a su infancia.

Mientras subía en el ascensor trazaba en su imaginación mil historias encadenadas. Todas con final feliz. Nunca imaginó lo que iba a ocurrir cuando se abrió la puerta. Jamás.

Ana María Alonso Fernández

NATIVIDAD ESPECULATIVA

La salida fue abierta por Jesús hace más de 2.000 años, según Mateo sus palabras fueron: —Ustedes no se dejen llamar maestros, porque uno es su Maestro, y todos ustedes son hermanos. A nadie sobre la tierra llamen Padre, porque uno solo es su Padre, el celestial. Ni se dejen llamar caudillo. El hermano Jesús no solamente suprimió la jerarquía, sino que todos quienes hemos sido bautizados en su nombre, de Cristo estamos revestidos: Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo, ni libre; no hay varón, ni mujer; porque todos somos uno en Cristo Jesús. Y sin embargo escribas y fariseos hipócritas, han puesto en la puerta un espejo, que cada año nos condena al infierno del absurdo, donde pagamos, roca arriba roca abajo, los pecados por los que Jesús murió.

Julie Hermoso

RECALCITRANTE

Volveré a celebrar la Navidad el día que mi hermano regrese, hace cuatro meses que desapareció inopinadamente, un sábado de pandemia. Mayi salió al mercado al despuntar el alba, sin hacer ruido para no despertarlo, Carlos solía trabajar hasta la madrugada. Yo me desperté a las once extrañando el olor a café que él preparaba al levantarse. Después de pasar por el lavabo comencé a buscarlo por aquí y por allá, nada, estaba sola en la casa. Llamé a Mayi para informarme y me dijo que no, no estaba con ella, que me fijara si estaban sus llaves y no, no estaban. Tampoco su teléfono, ni el sombrero. Busqué una nota explicativa y al no encontrarla me alarmé. Mayi regresó antes de lo previsto y lo que a la primera se le pasa, la segunda lo repasa, nada tenía sentido. Preguntamos a la familia, a los vecinos, fuimos al ambulatorio, al hospital, a la policía. Y se esfumaba por todas partes. Vivimos en la República Bolivariana de Venezuela, orgullosa de su alianza cívico militar policial y sin embargo Carlos Lanz, el anti-imperialista acérrimo no está, se fue, lo fueron, en medio de un silencio escandaloso.

Julie Hermoso

UNA NAVIDAD ESPECIAL

Feliz Navidad, amor mío. ¡Mmm! Caramba, un caldo excelente, tiene un aroma entre afrutado y madera que despierta los sentidos; no raspa la garganta y es muy suave al paladar. Bueno, ¿cómo has encontrado la lubina? Creo que a tu gusto, en su punto. Mira, turrón de Xixona, tu preferido, blandito, con mucha almendra. Qué suerte la tuya, que no tienes problemas de peso. Te habrás fijado en que este año me he esmerado con los adornos, no como últimamente, que no levantábamos cabeza. Y he encendido todas las luces; hay que festejar, qué narices. Te preguntarás cuál es tu regalo. Tranquila, que enseguida lo vas a ver. Me gusta hacerte rabiar.

Voy a servirme la última copa porque el momento se acerca. No, no te preocupes porque quizá esté bebiendo demasiado, todo tiene su razón de ser, pronto lo verás. Por cierto, este cava está buenísimo, tiene un puntito dulzón agradable de verdad y no se nota para nada la caja entera de babitúricos que he disuelto en él.

Porque, amor mío, yo soy tu regalo. Desde que cerraste los ojos no vivo, pero ahora ya nadie nos volverá a separar.

Francisco Pascual Sánchez

LA MESA DE LOS SANTOS

Las navidades de mi infancia tenían poco de arbolito.

Mi madre se había criado en el campo y, por lo tanto tenía consigo un bagaje lleno de costumbres campesinas. Solía rezar ella con frecuencia ante una especie de altar armado sobre una mesita a la que llamaba ”la mesa de los santos” y, por supuesto, durante muchos años la vi irse a la misa de Gallo, la que se celebraba, para esperar la navidad.

Era mi madre una mujer de pocas palabras, pero cada gesto suyo la definía. Era la típica esposa y madre. Y se la veía contenta con su vida, hasta esa Navidad, la de 1986 que ahora está tan lejos, pero que empezó a llevársela, porque ese día se descompensó. Y siguió una internación que duró hasta el 14 de febrero cuando falleció. Pero era tan fuerte su fe que unos días antes, sabiendo que debía hacerse nuevos análisis dijo

—Y bueno, si Dios me quiere llevar....

Y ya inminente su partida, alcanzó a decir:

—Anoche pude dormir bien, gracias a Dios y a la virgencita— era la de Itatí, la que tenía en su mesa de los santos.

Ana Godoy

Un joven muy sabio

La noche de Navidad vino acompañada de unas frías ráfagas de viento cargadas de nieve. El sol se escondía tras las blancas montañas y los arreboles palidecían, tiñendo el cielo de un negro salpicado de estrellas rutilantes. Ahora las familias del pueblecito estaban reunidas frente a la lumbre disfrutando de su última taza de chocolate antes de la llegada de Papá Noel.

Las cartas de regalos de los niños se cumplirían aquella noche, pero, en una casa algo más alejada del resto, un niño aún miraba su papel con un lápiz en mano, sin saber qué escribir.

Papá Noel estaría cerca así que debía anotar algo. Enseguida dobló la hoja y sin que nadie lo leyese, la colocó en la puerta de entrada para cuando llegase.

Sin embargo, a la mañana siguiente solamente encontraron una caja de cartón vacía y sin envoltorio. Extrañamente, él comenzó a saltar lleno de júbilo. Aclaró:

—¡No os lo vais a creer! Le pedí a Papá Noel que llenase una caja con flores, una por cada persona enferma en el pueblo, para regalársela y que mejorasen. Sin embargo, está vacía. Esta es mayor sorpresa que nada material, ¡te quiero Navidad!

Pablo Ruiz Rabadán

VIEJAS COSTUMBRES

Cada año adornábamos el árbol de Navidad juntos: guirnaldas sin fin, bolas resplandecientes, piñas o figuras con forma de Papá Noel. Veía mi propia ilusión reflejada en la mirada de mi abuelo cuando me tendía otro adorno más para el árbol. El momento de encender las luces multicolor era el culmen de una tarde maravillosa de risas y viejas anécdotas.

—Mi nieta Sara y yo solíamos poner un árbol como éste, más bonito, claro está – me dijo una vez en un momento de parcial lucidez— no sé dónde vive ahora, pero me recuerda mucho a ella.

—Seguro que, si ella pudiera estar aquí contigo, te ayudaría a montar toda la decoración – contesté con una sonrisa.

Y allí estaba, pasando una Navidad más al lado de uno de mis seres más queridos, dándole el amor de su nieta Sara que no reconocía. A pesar de la desesperanza que me causaba la situación, seguimos poniendo el árbol juntos cada año, coronando el árbol con su estrella favorita, la cual nunca dejó de brillar y protegernos.

Ana Belén Salido Medina

EL NACIMIENTO DE LLADRÓ

"El año pasado recibí el mejor regalo de Reyes: ¡un nacimiento de Lladró! Soy un amante de los belenes y aquello colmó mis ansias. Le pasé una bayeta y lo coloqué en la vitrina en un lugar destacado, junto con un belén completo que compré el año anterior en una página de comercio justo, hecho en Ecuador a mano.

Esa noche apenas pude dormir y a la mañana siguiente me levanté temprano para contemplar tamaña maravilla. Pero al abrir la vitrina vi con horror que el nacimiento de porcelana se había transformado en uno de paja, precioso, pero no se podía comparar a la obra de arte de Lladró. Llamé, a pesar de la hora, a mi amigo Anselmo, hombre de juicio y sabios consejos. Escuchó pacientemente y me dijo con calma:

—No te extrañe: la humildad del belén está reñida con todo tipo de ostentación. Tu amor a la Navidad no debe confundirse con obras de arte. El propio nacimiento lo es ya de por sí.

Nunca supe cómo se produjo el cambio, pero cada día contemplo el nacimiento de paja, donde se resume lo que yo coleccionaba sin darme cuenta."

Carlos López Pérez

PALABRAS ESTRELLADAS

La nieve se presentó aquel día navideño en nuestro humilde pueblo con unas preciosas coronas blancas que repartió entre niños y niñas por igual. ¡Me sentí como una reina maga! Eso elevó mi ánimo, pues estaba ligeramente enfadada con los Reyes Magos porque jamás pasaban de la primera línea de la carta anual, y que era, casualmente, una cartera para el colegio.

Cuando después de cenar con toda la familia, nos acostamos, hermanas y primos se durmieron rápidamente, pero yo daba vueltas y vueltas, mientras mis ojos se topaban, ahora sí, y ahora no, con la ventana oscura.

Y de pronto, como si el cielo se hubiera acercado, o la tierra se hubiera subido, montones de estrellas luminosas, pegadas al cristal, me miraban curiosas.

¡Oh sorpresa!, a pesar de sus puntas, cada una tenía forma de letra: letras consonantes, letras vocales, grandes, pequeñas...

Una idea genial me hizo saltar de la cama: abrí el pestillo, las cogí todas y, durante la noche, las fui pegando de forma ordenada en mi cuaderno.

Al día siguiente, seis de enero, junto a la consabida cartera, pude presumir de un brillante cuento navideño. ¡Mi primer cuento navideño!

Teresa Rubira

CONFIANZA

Cuando era un niño acostumbraba rezar.

Hace tiempo que no lo hago.

Había una fórmula mágica que empezaba Si dos o tres se reúnen .....

Convoco un par de amigos. Les pido que escriban y debajo de ellos lo hago yo. Más de dos. Tiene que funcionar.

Me dirijo a la iglesia. Dejo el papel sobre el pesebre y le digo: “Sé que hace tiempo que no nos vemos. Estuve muy ocupado haciendo macanas. Te traje un pedido especial. Como verás somos más de dos, así que no tenés excusa. Sí, ya sé que es tu cumpleaños. No tuve tiempo de comprar nada, pero pensé que la carta y esta visita te gustarían. Leí que una vez metiste en una piara a un grupo de diablos que andaba molestando. Y que después los cerdos se tiraron en un acantilado. ¿Es cierto? Bueno, ¿podés hacer lo mismo con este COVID infame? Ya que estoy quisiera pedirte que arregles mis cosas también. Y las de todos. Bueno, me tengo que ir. Me gustó hablar con vos. Voy a tratar de venir más seguido.

Me olvidaba. ¡Feliz Navidad! Saludos a tu mamá.

Eduardo Solari Adot

LA ZAMBORILERA

Hubo así,nació asi una vez....una muchachita muy bonita de nombre “marietita”a la cual le gustaba mucho tocar porque de pequeña había estudiado con “las monjas” ”zambomba” ”y no le iba nada mal por cierto a la chiquita pues tocaba todo el año para sacar algún dinero para sus gastos personales, especialmente en...navidades cuando estaba todo el terreno abonado en todos los sentidos especialmente en la escucha pues ella “la ducha en musica zambombirilera” tocaba cuando la gente le estaba esperando con todos sus sentidos abiertos a ella.A sus padres les inquietaba que ella su hija “marietita” fuera artistita desde tan pequeñita pero...ella así se sentía y así se comportaba pues no veía nada malo en ello en ser músico y en ganar algún dinero pequeño de entrada mas grande en el futuro si todo iba bien y así fué,con el tiempo se fue haciendo mayor y:” marietita “se convirtió en Marieta la de la zambomba tanto en su pueblo como en su país y... su profesión le dió gran satisfacción especialmente en navidad.

Karlina Olmos Martínez

SOLA

Hace frío. Estoy en medio de la calle, empapada por el chaparrón que me está cayendo, llevo una mochila con algo de ropa y en la mano mi paraguas roto.

Pasa gente a mi lado, como si fuera invisible. Así es como se suele tratar a la gente insignificante en la gran ciudad, aquí cada uno va a lo suyo y más esta época de navidad. Compras compulsivas, comidas copiosas, carreras navideñas y todo, tirando de tarjetas de crédito que nunca terminaran de pagar, que engordan más y más cada día, ambiciosamente. Yo solía ser una de ellas, pero ahora sin trabajo no me queda nada, ni siquiera amigos o eso pensaba yo que eran.

Ahora delante de la parada de guaguas, me siento al lado de un señor mayor, con una tarjeta para sus viajes en la mano. Sonrojada le cuento mi situación y le pido que porfavor, me pague mi viaje de vuelta a casa de mi abuela, es la única persona a la que realmente siempre le he importado.

Toco la puerta, la abre con una cálida sonrisa, abre sus brazos y me dice Feliz Navidad hija, por fin estas casa.

Beatriz Espinosa Trujillo

LA DUDA

Eran las cinco de la mañana del día de la Natividad de Nuestro Señor, cuando el timbre de casa sonó repetidamente.

—¿Quién será a estas horas? —mascullé malhumorada.

Abrí la puerta y aparecieron ante mí dos individuos misteriosos, impecablemente ataviados con elegantes trajes negros, portando una camilla.

—¿Qué quieren? —les pregunté sin rodeos.

—Somos de la funeraria "El relámpago" —dijo el más alto.

—Pues me temo que se han confundido de dirección —le contesté.

—Nosotros nunca cometemos errores —me increpó, con chulería.

Aquella actitud prepotente, junto con el hecho de que me hiciesen levantar de la cama a horas tan tempranas en un día festivo, terminaron por minar mi paciencia y le dije – Mire señor mío, es evidente que está vez sí que lo han cometido, ya que en esta casa únicamente vivimos yo y mi esposo, el cual ahora mismo se encuentra dormido en la cama de nuestra habitación, si es que ustedes no lo han despertado ya.

Entonces, aquel hombre que hasta ese momento se había mantenido serio e impasible, esbozó una sonrisa siniestra y me preguntó – ¿Está usted completamente segura de que se encuentra dormido?

Zigor Eguia Lejardi

ESPÍRITU NAVIDEÑO

Sonido de copas, risas y olor a asado. Mi tia contando chistes y mi mamá sonriéndome desde el otro lado de la mesa. Ella sabe que no me gusta hablar de política con mi familia y, por eso me sonríe, ella es mi cómplice, mi todo. Llega mi hermana y empieza a contar anécdotas de su viaje a Cancún, ya las contó un montón de veces, pero nos reímos como si fuese la primera vez. Es el lugar donde quiero estar, no quiero que esto termine nunca.

Suena el despertador. Ya son las siete de la mañana. El olor a alcohol y la depresión inundan mi cabeza otra vez, es la segunda navidad solo. Ojalá el sueño hubiera durado más, ojalá no hubiese tomado esa noche, ojalá hubiese sido yo y no ellos.

Santiago Fernández

BARRILETE CÓSMICO

Once y cuarto, faltan cuarenta y cinco para navidad. Todavía no llegué a la casa de mi mamá. Me subo a la bicicleta y pedaleó a toda velocidad. Puedo pensar en dos cosas, primero es en putear a todos los que me dijeron que me compre un auto, cuánta razón tenían; lo segundo es que me siento Maradona en el segundo gol a los ingleses. El semáforo se pone en rojo y frena un auto "ahí la tiene Maradona, lo marcan dos, pisa la pelota". Los esquivó y dobló a la derecha "arranca por la derecha el genio del fútbol mundial". Llegó a la esquina de la casa "deja el tendal y va a tocar para Burruchaga... ¡Siempre Maradona! ¡Genio! ¡Genio! ¡Genio! Ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta-ta". Once y cincuenta, toco timbre, ella con una sonrisa y yo todo transpirado "¡Gol! ¡Gol! ¡Quiero llorar! ¡Dios Santo, viva el fútbol! ¡Golazo! ¡Diego! ¡Maradona!". Las calles de Buenos Aires gritan "Gracias, Dios, por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este Argentina 2 - Inglaterra 0".

Santiago Fernández

UN REGALO INESPERADO

Ese año había sido muy difícil. A papá lo habían echado de la fábrica. Por eso, se me ocurrió pedirle a Papá Noel algo diferente en mi carta. Recuerdo que di muchas vueltas en la cama. Mamá me trajo una leche tibia para que pudiera dormirme y me contó un cuento de dragones y vikingos.

Cuando desperté, había ocurrido algo muy extraño. Había un camino de zapatos que me llevaba hasta la puerta de casa. Cuando la abrí, papá estaba con una gran sonrisa de oreja a oreja, sosteniendo una caja de cartón. Al ver su sonrisa, ésa que hacía tantos días no había visto, grité eufórico:

— ¡Gracias, Papá Noel!

— Esto llegó de yapa parece. Estaba acá en la puerta. ¡Dale, abrilo! — me dijo mamá, mientras papá aún sostenía la caja de cartón.

Y ahí estaba mi otro regalo, el que no había pedido, el que nunca había imaginado. Apenas abrí la caja, apoyó sus dos diminutas patas delanteras y me lamió la cara. Ese año había sido muy difícil, pero tuvimos una Navidad mágica. Spunky y yo nos hicimos amigos inseparables, y papá, a pesar de las adversidades, nunca perdió aquel regalo tan especial.

Rocío Troyón

UN ÁRBOL DE NAVIDAD RARO

Cuando llegó el momento de poner el árbol de Navidad yo quería seguir la tradición; quería mantener las costumbres en la medida de lo posible pero este año parecía que todo era diferente. Las fechas me pillaron alejada sin remedio de mi familia: por primera vez en mi vida no podía volver a casa en Navidad.

No quise dejarme llevar por la nostalgia; las conexiones a través de las pantallas me ayudarían a superar las señales de tristeza que me perseguían en esos días.

Tampoco tenía los adornos navideños habituales y tuve una idea que resultó bien: todos los mensajes de felicidad y buenos deseos que fui recibiendo los imprimí en papel de colores y los colgué en el árbol. Resultó que conseguí llenarlo y eso me reconfortó mucho.

Con todo, no estuve sola porque, aunque no podía estar junto a mis seres queridos como siempre, sabía que lo principal, sobre todo en esas circunstancias raras, era que estábamos todos, dispersos y brindando frente a una pantalla, pero todos y con esperanza.

Yo finalmente tuve el mejor árbol de Navidad. Era raro pero era el más cariñoso y el más lleno de buenos deseos. ¡Feliz Año Nuevo!

Mª Antonia Manzano

SI AÚN ESTUVIERA ENTRE NOSOTROS

Estimado Santa Claus:

Este año quiero que me traigas un Cadillac, una mansión en la playa, potentes músculos, un rostro como el de Paul Newman, millones para mi cuenta en el banco, un yate, mujeres preciosas dispuestas a hacer cualquier cosa por mí, superpoderes de superhéroe, una vida llena de emociones y aventuras, un trabajo de éxito y mucha gente que me adule.

Pero también puedo cambiarlos todos por uno solo: ¡Consígueme una compañera para compartir mis últimos años! Desde que Eva murió, me siento muy solo.

Únicamente quiero a alguien que sonría al verme, que me acaricie la frente y me coja de la mano cuando esté enfermo, que se ría de mis chistes porque le hacen gracia, y que sea comprensiva con mis frustraciones y despistes.

Por favor, no tengas muy en cuenta mis pecados. Sólo soy un hombre más.

Atentamente.

Adolf Hitler

María Jimenez

LA NAVIDAD CON LA ABUELA

Llegó un año muy complicado en el que la abuela un día se encontró mal y le pidió al abuelo que la llevara al hospital donde, tras hacerle pruebas, descubrieron que le estaban dando pequeños ictus. Le pusieron tratamiento pero un día, estando con su nieta, se le quedó medio cuerpo paralizado. Consiguieron ingresarla en un centro específico de daño cerebral para que se recuperara.

Mientras estaba allí apareció un virus llamado Covid19 muy contagioso y peligroso. La gente no podía salir a la calle, ni reunirse en casa, pero sobre todo se temía por la salud de las personas mayores. Investigaron y consiguieron hacer una vacuna que tardaría algún tiempo en llegar. La abuela estaba muy preocupada por la Navidad.

Una mañana el médico entró en su habitación.

–¡Peña!traigo buenas noticias para usted ¡lo hemos

conseguido! ¡Vamos a ponerle la vacuna!

–¡Qué alegría! ¿cuándo será? ¿Antes de Navidad?

–¡Claro que sí! A lo largo de esta semana.

Aunque la Navidad fue muy diferente la abuela consiguió reunir a toda la familia y jugar con sus nietos felizmente.

Alejandro García Gómez

MI MEJOR AMIGA

Había una vez dos niñas rubias que se podía decir que eran inseparables, nunca iba la una sin la otra, se veían absolutamente todos los días y no había fin de semana que estuvieran separadas. Eso sí, eran muy diferentes, se podría decir que eran polos opuestos, como la luna y el sol, yo creo que por eso se querían tanto.

En 2018 celebraron la navidad más unidas que nunca, fueron las mejoras navidades que tuvieron, aunque una de ellas acabó en el hospital porque se metió en líos para no variar. La otra siempre buscaba el lado positivo y dijo: “pequeña ya verás, el año que viene prometo que será mejor”

En verano de 2019 las dos niñas rubias tuvieron un accidente, en el cual una de ellas falleció, la otra, aunque a algunas personas le pareciera egoísta, pero a ella eso le daba igual, lo único que quería después de esto era pasárselo bien por ella y por su difunta amiga. Mucha gente piensa que eso es algo egoísta, pero ella opina que a su amiga le gustaría verla bien, entonces ese es su propósito, y no su propósito para algún año, sino su propósito para una vida entera.

Ser feliz por ella y por su amiga.

Alexandra Galindo Bermudo

EL NIDO

En un colegio de Primaria, Antonio, maestro de Naturales, se encarga de ir a un vivero y comprar un abeto para decorarlo en Navidad. En el vivero solo quedaba un abeto pequeño algo deteriorado por los golpes. Enrique, el jardinero lo rehabilita, saneando sus ramas. Antonio, al verlo exclamó:

—¡Qué bonito y frondoso!, quedará precioso en el hall del colegio.

Tres alumnos de Primaria se encargan de decorarlo, Jaime, Antonio y Luis. Este último descubre un nido de pájaros vacío. Al buscar a sus dueños, junto a la cristalera, escucha un aleteo en el suelo, allí estaba un pajarillo con la patita rota. Los tres niños se miraron y encogieron sus hombros de sorpresa, preguntándose:

—¿qué hacemos?

Antonio, en voz alta, dijo:

—¡yo me lo llevaré a mi casa! y con mi padre lo cuidaremos y cuando se cure lo traeré al colegio para soltarlo para que pueda buscar a sus padres y hermanos, que lo estarán buscando.

Antonio y su padre, llevaron el pajarillo al Veterinario, que le entablilló la patita y le dio los consejos oportunos para cuidarlo. Antonio se encargaba de darle de comer y limpiar la jaula. Al poco tiempo lo llevó al colegio y contodos sus compañeros de clase reunidos en el patio, soltó al pajarillo.

Ángel Fernández Luquero

NOCHE DE INVIERNO

Era una noche de invierno
triste, encapotada y fría
sólo la nieve lucía
en tenue y pálido arboz.
Desde Belén, en la gruta
El Niño, recién nacido
yace en las pajas dormido
como congelada flor.
José y María benditos
se contemplan extasiados
en él los ojos clavados
sin moverse, sin hablar.
Soñaba el Niño unas veces,
sus ojitos destilaban,
puras perlas que bañaban
al deslizarse su faz.
Otras veces sonreía
cual la aurora que despierta
y en su boquita entreabierta
se retrataba la paz.

Los endiosados esposos
mirándose con cariño...
sueña, ¿Qué soñará El Niño?
Se preguntaban los dos
y ninguno respondía
porque cada cual pensaba
que aun cuando El Niño soñaba
era el que soñaba Dios.
Soñaba el niño otras veces,
sus bracitos extendiendo,
aun cuando estaba durmiendo
los puso en forma de cruz.
la Virgen besó su pecho
y aunque la noche era fría,
pudo notar lo que ardía
el corazón de Jesús.

María Magdalena González Ferrer

DULCITO Y EL VERDADERO ESPÍRITU DE LA NAVIDAD

Dulcito, era un ratoncito noble y bueno, estaba siempre triste, pues se encontraba solo, ya que enviudó pronto y no tenía hijos. Vivía en casa de una familia de granjeros. Su humilde morada estaba situada en un pequeño agujerito en el techo de la casa. Estaba preocupado, ya que el granjero había puesto un gran empeño en atraparlo y para ello contaba con la ayuda de un malvado gato, llamado Lucifer. Por tanto, todos los días bajaba por comida con mucho cuidado para no ser atrapado. Aunque era un ratón listo, sabía que tarde o temprano lo atraparían, cada vez estaba más viejo y torpe.

Su tristeza iba en aumento, pues se acercaba la Navidad. Llegó el día de Nochebuena, y alrededor de una chimenea se había reunido el granjero con su familia, compartiendo un estupendo banquete. En un momento de la noche, empezaron a llover gotas en la sopa de los comensales. Al mirar hacia arriba se quedaron sorprendidos, era Dulcito que no paraba de llorar, al ver aquel ambiente familiar y navideño. Al granjero se le partió el corazón e invitó al ratoncito a compartir mesa con ellos. A partir de entonces fue uno más en la familia.

José López Jiménez
con sus nietos Fernando y Ana López Barrera (9 y 7 años)

UNA NOCHE ESPECIAL

Hace muchos años atrás, una jovencita recién llegada a un país distinto al suyo, al cual venía a realizar una vida para ella. Durante años trabajó, pero con el tiempo se dio cuenta que le hacía falta algo especial en su vida...que era el amor.

Pasado un tiempo conoció a un hombre espectacular del cual se enamoró y decidieron unirse en matrimonio y fruto de ese gran amor tuvieron 3 hijos, fueron y son tan felices durante muchos años...hasta que un día su esposo le dio una súper sorpresa inesperada.

Eran unos billetes de avión para ir de vacaciones con toda la familia al país de su origen donde ella añoraba volver algún día para ver a sus familiares a los que no veía desde niña, y justo en la fecha más señalada, 24 de diciembre. Esa noche fue fabulosa, llena de amor, risas y alegrías, una noche inolvidable.

Salvador Patiño Jiménez

EL MEJOR REGALO ERES "TÚ"

Era una mañana fría, solitaria, nublada, parecía que el pueblo estaba abandonado, cuando decidí dar una vuelta. Paseé por las calles de mi barrio, me fijé en las casas de alrededor. Mirando una ventana a lo lejos vi como una familia se había despertado, estaban desayunando. Vi cómo los niños de la casa parecían nerviosos. Estaban muy contentos, salían y entraban de la cocina enseñando sus regalos a sus padres, que bebían café tranquilos, sonriendo, mirándose entre los dos con complicidad.

Y es que era un día de fiesta, era el 6 de enero, día que venían los Reyes Magos a traer regalos a todo el mundo. Esos niños estaban excitados, parecía que los Reyes Magos habían traído lo que querían.

Decidí volver a casa y llamar a mis padres que vivían lejos. Lo cogió mi madre recién levantada. Mi padre seguía acostado, pues era temprano. Le pregunté si habían recibido mi regalo. Me dijo que sí, lo había recogido el día anterior. Le dije que parecía contenta, que suponía que había acertado. Ella matizó que si estaba contenta era porque la había llamado y que su mejor regalo era saber que yo estaba bien.

Victoria Pradas Fernández

AQUELLA NAVIDAD

Olía a miel tostada y boniatos asados. Tras los cristales, suaves copos de nieve iban cubriendo las eras en las que jugaban los niños del pueblo, mientras aquella pequeña, sentada en el halda de la abuela, escuchaba un cuento.

En la carta a los Reyes Magos había pedido nuevamente una maquinita tricotosa para tejer los vestidos de su muñeca, pero los Reyes se confundían siempre y llenaban la cesta que había dejado con paja para los camellos, con lápices de colores o unos zapatos nuevos.

Esa niña creció pronto y se hizo mayor. Tuvo una preciosa hija despierta y risueña, que colmó de felicidad a sus padres.

Crecía rodeada de juguetes, a los que no les hacía ni caso, sólo quería jugar con su mamá y que le contara cuentos como le había explicado que hacía la abuela, pero nunca tenía tiempo. Ese año, pidió a los Reyes solo un deseo: que su madre no trabajara tanto.

Y aquella mamá que un día fue una niña con muy pocos juguetes, pero muy muy feliz, decidió que, en su carta, iba a pedir que nunca se le olvidara, que la felicidad no está en las cosas.

Mª Elena Marín Marín

“PARA DESPEDIR EL AÑO”

El calor de la familia me hacía olvidar por momentos aquella situación tan atípica como incomprensible.

En el rostro de mi pequeña, se asomaba ese hilo de luz necesario ante las duras circunstancias vividas.

Sentados en la mesa, guardábamos todos las medidas anticovid pertinentes.

—¿Qué has preparado yayita?— preguntaba María a su adorada abuela—.

Victoria, la mujer que me trajo al mundo, preparó manjares diversos, ilustrándonos con sus recetas navideñas.

Recopilatorio gastronómico para disfrutar de sabores acompañados de un buen vino que lo maridaba todo.

—Como siempre, esmerada presentación de los platos, mamá— felicitaba con estas palabras a mi progenitora—.

La réplica venía dada por parte de mi progenitor, poco dado al discurso. Así, parecía lobo hambriento, comiendo aquellas gulas al ajillo que tanto le gustaban.

—Papá, vas a dejar el plato reluciente – seguía así con mi intervención—.

Acto seguido, carcajadas del tío Pedro, bandeja con chocolatinas varias y brindis junto al calor de la chimenea.

Todos al unísono:“¡ Feliz 2021!”

Rafael Bailón Ruiz.

LA GRAN CENA NAVIDEÑA DE UNA FAMILIA CON PROBLEMAS

Nochebuena. Fuera, a la intemperie, el invierno hacía bien su trabajo: el frio helaba todo lo que tocaba, el viento soplaba con fuerza y la nieve caía sin piedad en medio de la oscuridad. Y dentro de la casa, pese a que el espíritu de la Navidad parecía estar instalado por toda ella: con un árbol de más de dos metros de altura, cargado de bolas de todos los colores, guirnaldas, nieve artificial, figuras de renos... y lucecitas, de esas que se encienden y se apagan sin cesar; los regalos empaquetados y envueltos en papel de diseño, al pie del abeto; la chimenea victoriana desprendiendo el calor de las llamas; la pintura brillante del salón que proyectaba la figura de los comensales, dándoles un aire de busto hierático...; y la luz de la araña, colgada justo en el centro, que se reflejaba en el mantel blanco impoluto que cubría la mesa, adornada con ramilletes de flores naturales en jarras de cristal tallado..., lo cierto fue que lo único que se escuchó durante toda la cena, como incansables cigarras, fueron las onomatopeyas de los clink, clink, clink que hacían los cubiertos de plata al chocar contra la vajilla de porcelana.

Pedro Navazo

DECEPCIÓN EL DÍA DE REYES

Daniel, el pequeño de la casa, al que le gustan el barro, los perros y las preguntas que nadie puede responder, se despertó antes que nadie un seis de Enero y eufórico, como si un colibrí le recorriera su cuerpo de los pies a la cabeza, se dirigió veloz al salón dejando tras de sí un reguero de grititos de alegría: al pie de un abeto enorme arrimado al lado de la ventana, repleto de guirnaldas, nieve artificial, bolas y luces, vio que junto a sus zapatos los Reyes le habían dejado un camión de bomberos, unos libros de cuentos, un rompecabezas y una trompa.

Sin muestra de júbilo después de inspeccionarlos, contrariado y con un gesto de graciosa pesadumbre resignada, regresó con pasitos de gnomo de nuevo a su habitación, se introdujo en la cama acurrucado en posición fetal y le agarró mucha rabia porque echó en falta el juguete que más deseaba: un patinete que les había pedido a sus Majestades en un mensaje que le ayudó a escribir su hermano mayor con su móvil, pero con la condición de que fuera un secreto entre los dos y no lo divulgara a nadie, ni siquiera a sus padres.

Pedro Navazo

NAVIDAD

Entre las sábanas blancas y una manta como colcha, me hacen recordar, que sigo en el hospital. Un virus me tiene sujeta a un lecho que no es el mío.

Hoy es Navidad, me emociono pensar cuando era pequeña. Mis padres decoraban la casa con detalles navideños. Por la mañana nos sentábamos en la alfombra, alrededor del fuego, que nos envolvía con su luz y calor, mientras la nieve manchaba los cristales de las ventanas. Leíamos los cuentos que la noche anterior nos había dejado Papa Noel en la chimenea, entre muchos caramelos. Nos costaba levantarnos, para ir al comedor a almorzar. Estábamos muy inquietos, pues el postre de puding era el favorito de los cinco hermanos, y nuestros padres estaban muy risueños. Nuestras emociones y la impaciencia se habían escapado de nuestros cuerpos, de tal forma, que era imposible controlarse, pues, por la tarde esperábamos las visitas de nuestros familiares, que nos agasajaban con algunas monedas. Ya en la cama recordábamos el día tan especial que habíamos tenido. Contábamos las monedas y cada uno decía a qué iba a dedicar el tesoro que tenía entre sus manos. Compraríamos más cuentos.

Filo Isern Izquierdo

QUERIDO PAPÁ NIEL, ESTIMADOS REYES MAGOS… YO QUIERO

QUERIDO PAPÁ NOEL, ESTIMADOS REYES MAGOS…¡buff no se exactamente que pedirles!, ¡qué difícil me resulta! …¿un videojuego?, ¿un mando?, ¿una bici? ¡Eso es! una bici porque me va a hacer falta para la clase de educación física del profe Carlos, ya no quiero más…bueno…sí querría algo más, que a mi abuelo le manden una medicina para que sus músculos le funcionen mejor. Cada día los tiene peor y en clase la seño Noelia nos ha explicado lo importante que son para que una persona se encuentre bien. Por eso entiendo que mi madre esté continuamente llamando a los médicos, pero parece que las cosas no son fáciles.

¡Lo tengo!; QUERIDO PAPA NOEL, ESTIMADOS REYES MAGOS, como he sido un niño muy bueno…, bueno… casi, he cometido un pequeño garbancito, en otra ocasión os explicaré lo que es, tiene su aquel; este año no pido nada para mí, sólo la bici porque me es necesaria para el cole, YO QUIERO una medicina para que mi abuelo no empeore, este año ya sé que no va a ser, la Covid os ha robado mucho tiempo, pero seguro que el próximo mi abuelo estará mejor.

Jose Miguel Picazo García

EL ESPÍRITU DE LA NAVIDAD, MI ABUELA

Un niño mira por la ventana todas y cada una de las noches del 24 de diciembre. Costumbre que cogió con su abuela de pequeño para ver si así podían ver a Papá Noel. Su abuela siempre le decía:

—A ver si vemos a Papá Noel.

Los años han pasado y el niño ya no es tan niño. Sus hijos se sientan junto él a mirar el cielo en busca de Papá Noel todas las noches del 24 de diciembre y el niño ya no tan niño, siempre les dice lo mismo:

—A ver si vemos a la Abuela con Papá Noel.

C.S Eon
Carlos Javier Soriano Aisa

EL PACIENTE

Rodeado de pañuelos, paracetamoles y tazas de té con miel y limón, estaba él, dormitando como podía hasta que un ataque de tos lo despertaba. Tenía que recuperarse, no era capaz de defraudarlos. Además, se lo consideraba un integrante clave en la economía mundial. Por primera vez, el traje le quedaba holgado, pues había bajado de peso. Su barba, sin embargo, seguía creciendo. Algo decaído desde que el hisopado le dio positivo, se guardó varios días en su cabaña de madera, el trineo inmóvil. Pero todo eso ya pasó. Estaba recuperado, listo para volver al ruedo, listo para las cartas, las fotos, los abrazos, las sonrisas y los ojitos brillantes. Después de todo, tenía el mejor trabajo del planeta: era Papá Noel.

Daniela Smeke

EXTRAORDINARIA NAVIDAD

El pequeño sastre cosía cada día en su taller. Confeccionaba vestidos, trajes, camisas y faldas por doquier. El taller estaba lleno de hilos, patrones, tijeras y trozos de tela. Para el sastre el taller era su mundo y allí era feliz. Se acercaba la Navidad, habitualmente en esas fechas no tenía muchos encargos, así es que el sastre solía viajar para conseguir todo tipos de telas de colores alegres. Sin embargo ese año era especial, no sabía porque pero sus encargos se habían multiplicado, todos sus clientes querían un traje nuevo por Navidad. Así es que el sastre sacó sus mejores telas y con hilos dorados, lazos majestuosos y botones perlados cosió y bordó cada uno de sus encargos. Comenzaba la cuenta atrás, pues solo quedaban 4 días para Navidad. Los clientes iban llegando y con un brillo especial en sus ojos los pedidos iban retirando. Todos sin excepción, muy agradecidos por su brillante labor, obsequiaron al sastre con dulces y vinos de la región. Es Navidad le decían, y lo queremos celebrar. Estemos solos o acompañados, tristes o contentos vamos a brindar, pues cada momento que vivimos hay que valorar. Extraordinaria es nuestra vida, cada día es Navidad.

María José Sánchez Herrero

DÁDIVA DEVOTA

Ahora y espejada, la madrina se impresiona contigo. Su luz se impacta en tu nostalgia.

Y la divina, te roza por la instancia, prende tus ojos de miles compasiones. Menos densa, cae sobre ti, te cubre con su fragancia; toda entra en tus fibras agrietadas.

De constancia, te esparce un riego de romanzas febriles, como siempre la ruegas, vibras en ella.

Más nunca te abandona, la dócil de las majestades. Arrulladora, labra calor tuyo con su mansedumbre. Ella pura, hace de ti una inocencia, te brinda las serenas fantasías y al cabo del ritual, se queda en tus secretos; perpetúa contigo sobre lo insondable y tú vuelves a su gracia.

Rusvelt Nivia Castellanos

DAVE

Feliz, en definitiva, no era la palabra que describía el estado de Dave, se acercaban las festividades y con ellas la llegada de su familia, de nuevo, se estaba volviendo muy difícil fingir que era alguien diferente, no le temía al rechazo, pero si a la decepción o enojo que sentiría su madre si se mostraba como era.

Navidad, el día más mágico en el que ocurren milagros, era como todos lo veían. Cenas familiares, regalos, estar con tus seres amados... no, a Dave no le interesaban esas cosas si tenía que fingir, por lo que horas antes de que llegaran sus familiares, escapó, no tenía que ir tan lejos solo no estar en su casa, así que fue al parque que quedaba a unas cuadras. En su casa al llegar su familia lo llamaron para saludar dándose cuenta de su ausencia, sus padres sabían porque se había ido al contrario de sus demás familiares los que se encontraban preocupados y tristes, una de sus primas se salió a buscarlo, al llegar al parque la prima opto por preguntarles a las personas, cuando llego a Dave pregunto "¿ha visto a mi prima? Es una chica castaña, se llama Samantha".

Dafne Vasquez Suazo

NAVIDAD DESDE UN GATO

Los humanos tienen muchas festividades alrededor del año. Nunca me gustó que llegasen de repente veinte humanos a mi casa, con niños y bebés gritones; era agotador escapar de esas manitos pegajosas.

Hasta que llegó una noche. En ese día aparecían más humanos y los niños se veían más entusiasmados por alguien. Mi niño se esmeraba en hacer una carta días antes de esa noche deseada por todos. Se reía, dibujaba objetos y la cerraba con ayuda de su mamá.

Fue en la madrugada que entendí de quién hablábamos. Me acurrucaba con el niño en el sofá esa noche:

—Hoy vendrá Santa Claus, Gato. Me traerá la bicicleta que le pedí.

—Me decía tratando de aguantar hasta que el señor apareciese. Sin embargo, no lo lograba, yo sí; apenas oía algo me despertaba.

El hombre era grande y su rostro mostraba la mismísima amabilidad y generosidad que todos afirmaban. Cargaba una bolsa el cual sacaba los regalos para mi niño y todos los del mundo. Excepto a los gritones y mal portados, esos no lo merecían.

Al principio, lo odiaba. Detesto a los desconocidos, pero dejé de hacerlo porque el enorme señor me dejaba latas de atún sólo para mí.

Aurora Barreneche

CUENTO UNO: 25

Veinte cuatro de veinte y cuatro, las puertas son abiertas de par en par. El momento justo de esperar la comunicación del resto. Las puertas cerradas eran la tradición pero ahora al revés, todo el barrio abrió sus puertas al mismo momento. No importa si la lluvia, nieve o ese resplandor de la calle vacía entra, por esta acción. Todos corren entre los pasillos a un cuarto. La pantalla igual está encendida. Sucede por un instante. Muestran puertas y ventanas abiertas. Volvería. Ante la pantalla. Unos minutos del día veinticinco. La ciudad rompe en estruendo. El silencio se guarda para iniciar de nuevo la máquina y esperar la contestación. Las puertas cerradas y empieza el día veinte y seis – Incluye a ese extraño que lee, on line.

Sonríe entonces ahí hay calles casi espejos.

VJC
Fernando Guillermo Llanos Guzmán

CUENTO DOS: 24

En ese montículo llegará al lenguaje de los gestos. Rocas de un puño yla fiesta como todos, gritará, “ al centro”. El golpe seco, caída de rocas, verá caer una, dos, cuatro. El ganado mira impasible esto. Otros recordarán alcanzar los aros con los pies de los caballos en vuelo y seguridad.

Sin luna nueva, silenciará, crecerá sin tiempo ; nunca lanzar piedras o entrar a la pista en luna nueva. Cuarto creciente a veinte y cuatro, mejor imposible. Cantos, versos y presente.

Cielo y la piedra lanzada por una honda. El columpio subirá — festejo que se extiende hasta un dia antes al veinte y cuatro —cena asegurada así por los corderospollos yobjetos que son el premio de las fiestas previas. Dibujaría: El bosque y nieve que nunca ha visto.

El viajero esperará; baja, sube. Escribe, dirá, “ luna creciente y sol seguro ”, otra vez, “ al centro ”. Entiende entonces nuevo lenguaje. Imagina la nieve en su país. Eso sería mágico y sucede. Volverá.

VJC
Fernando Guillermo Llanos Guzmán

El sacapuntas

Estaba sentada en la mesa con mis padres y mis hermanos, como si nada hubiera pasado. Las luces brillaban en el árbol para los que aún tenían fe.

El pavo —relleno como siempre— pretendía mantener las tradiciones. Los villancicos llenaban el silencio. Me levanté para ayudar a mi madre con los platos.

—Tu padre está cada vez peor. ¿Sabes qué regalo quiere?

—No —dije sorprendida de que opinara.

—¡Un sacapuntas! Lleva un mes con el tema.

—Si le hace feliz, ¿por qué no se lo habéis comprado?

—¿Cómo vamos a gastar doscientos euros en un sacapuntas?

—Solo quiero eso —interrumpió mi padre.

—¡Te voy a comprar uno en el chino! —dijo mi madre fuera de ella.

—¡Pues me lo compraré yo! —contestó mi padre. Parecía un niño. Me daba pena. Me di cuenta de que en nuestras discrepancias nunca habíamos contemplado sus sentimientos. Repartieron los regalos. Mi padre estaba en su mundo. Se fue a buscar un paquete debajo del árbol. Su rostro se iluminó al desatar el lazo. Sacó el sacapuntas de su caja y lo levantó como un trofeo.

—¿Quién se lo compró? —dijo mi madre.

Nos miramos unos a otros. Mi padre se reía.

Ambre Couturier

LA LLAMADA A SANTA CLAUS

Salieron todos a la puerta de la casa. La noche era fresca y, al estar en el campo se notaba mucho más.

El tío Eduardo comenzó a encender los cohetes para llamar a Papá Noel, según les dijo. Ellos, ilusionados, miraban los destellos brillantes con ojos muy abiertos.

Faltaba el abuelo, pero los pequeños no reparaban en su ausencia, obnubilados como estaban con los fuegos de artificio.

Los últimos destellos de los petardos rastreros, girando sin control y ascendiendo poco a poco, dieron paso a otros dos más ruidosos, que representaban la llamada final a Santa Claus.

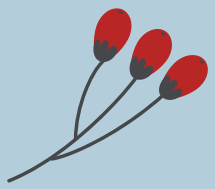
Desde la oscuridad, a unos cincuenta pasos de la puerta, apareció, tras una pared antigua y medio derruida, un bulto rojo y blanco que, inmediatamente, los niños identificaron con Papá Noel.

El sonido de la campana fascinó a los niños que no paraban de mirar la bolsa roja cargada de regalos.

Cuando Santa comenzó a hablar los adultos comenzaron a mirarse confundidos. El plan era que el abuelo se disfrazara para entregar los regalos. Sin embargo, ni se parecía físicamente, ni esa era su voz.

Tras entregar los regalos, desapareció.

Al entrar de nuevo en la vivienda, el abuelo miraba apacible la televisión.



Antonio M. Díaz Rodríguez

ES OTRA LA ILUSIÓN

Último día del año, sin uvas ni cena con nuestros seres queridos.

El jefe de planta pedía redoblar esfuerzos:

—¡Vamos todos! ¡Dejémonos de monsergas que no conducen a nada!

En aquel preciso instante, nos sentíamos útiles, seres anónimos perdurables en la memoria. Noches sin descanso, insomnio que merecía la pena cuando recuperábamos alguna vida. Sin duda alguna, tratábamos de devolver la sonrisa a quienes se sentían desahuciados, víctimas de aquel parásito con mayúsculas o virus ingrato. Pero, dosis de esperanza encerraban aquellos tubitos o frascos bien cerrados.

Camilleros, doctores, enfermeros, celadores e intendentes con un ánimo bien distinto, afrontaban una nueva jornada maratoniana.

Tras la intervención de mi superior, trataba de insuflar un estímulo a mis compañeros:

—Esta profesión permite estar en contacto con las personas, brindar ese hombro que en muchas ocasiones demanda el ser humano. Vivimos una situación tan atípica como preocupante, si bien debemos ser ese bálsamo o luz para quienes enfermaron. Tenemos las urgencias colapsadas, gente con mucho pánico, mas debemos mantener la calma pues esta sociedad necesita que sigamos al pie del cañón.

Rafael Bailón Ruiz

PRODIGIO EN NAVIDAD

Daniel estaba absorto mirando a la ventana. Tumbado en la cama, apagó la luz para poder ver mejor el espectáculo. ¿Qué era? Una luz muy brillante inmóvil en el cielo, lo miraba.

Recordó con nostalgia a su abuelo. Siempre le contaba que, en Navidad, a veces la estrella de Belén se deja ver a aquellos que todavía creen en la magia. “Pide siempre un deseo”, le decía. Pidió salir de allí donde se encontraba.

Al día siguiente un artículo del periódico, narraba que, después de 400 años, la conjunción de Júpiter y Saturno el día del solsticio de invierno, les hizo brillar como una sola estrella. Este fenómeno astronómico, lo llaman la Estrella de la Navidad y tardaremos años en volver a verlo de nuevo.

Daniel hizo una mueca de decepción. Aun así, imaginó su deseo hecho realidad.

Tres días después en Nochebuena, se levantó de la cama del hospital, para asombro de todos. Un extraño virus le había paralizado toda la parte izquierda del cuerpo. Miró de nuevo por la ventana, la luz le hizo un guiño. No sabía qué había ocurrido, pero desde aquella noche, cada vez que miraba al firmamento, sonreía.

Andrea Sanchiz Molina

NAVIDAD CADA DÍA

Al despertar, huelo el musgo y a través de la ventana siento las luces que iluminan la ciudad y entonces, es cuando sé que hoy es navidad.

Después de desayunar junto a la chimenea, papá y mamá me dan un beso y me dispongo a buscar ropa de abrigo para salir a la calle.

A pesar del frío caminó lentamente, como si de lo contrario, me perdiese cada pequeña parte del espectáculo de todas las mañanas. El aire frío alza mi cabello y congela mis pequeños deditos. Las calles están vacías, y eso es lo mejor de madrugar. Camino alegremente hasta que llegó a la tienda más deseada de cualquier niño, la juguetería de mi abuela.

Cuando llegó, esta me enseña su nuevo juguete, una pequeña e impresionante bailarina, tan bella como los lirios en primavera.

Ya llega la hora de comer, me despido y regreso a casa.

Cuando llegó, la comida está preparada cuidadosamente por mi madre y mi padre me saca el mejor turrón de la despensa. Cuando llega la noche vienen toda mi familia a celebrarlo y a la noche, me duermo sabiendo que ha sido el día más sencillo y feliz de mi vida.

Andrea López

COMPAÑEROS DE CAMINO

—¡Salve, viajero! —dijo el cabalgante en la lengua de esos lugares, espoleó a su caballo y se avino al otro jinete, que amblaba en la distancia—. Es un camino peligroso. Deberíamos hacernos compañía.

—Es una hora extraña para cabalgar, ¿no cree? —dijo el otro con extraño acento y tras una tupida barba—. ¿Qué es ese olor tan dulzón que lo acompaña?

—Es mirra.

—He escuchado que los judíos la usan para preparar los cadáveres. ¡Qué de maravillas hay en el mundo! Presumo que va usted a un funeral...

—Por el contrario, a un nacimiento.

—¡Ah, qué curioso! —exclamó el de la barba tupida—. Oiga, ¿sabe usted jugar al ajedrez? Está muy de moda en mis tierras...

—¡Vaya que sé jugarlo! El juego nació en mi país natal. En lugar de caballos usamos elefantes. Aunque prefiero viajar a caballo —y acarició a su montura que piafó alegre.

—Bien; cuando nos detengamos, mediremos fuerzas.

En eso salió a su encuentro otro viajero.

—Estos caminos están llenos de peligros. Veo que también seguís esa estrella. ¿Puedo acompañaros un trecho?

El de la barba tupida lo contempló y dijo:

—Sólo espero que usted también sepa jugar al ajedrez.

Pablo Medina Bréner

REGALOS DE NAVIDAD

En una tarde navideña, estaba sentada en un parque decorado con árboles de luces. De pronto el cielo resplandeció y se escuchó el sonido de muchas campanas que anunciaban la llegada de Santa Claus, tirando de renos en un trineo y acompañado de un gigantesco saco amarrado con un lazo. Los primeros en percibir a Santa fueron los niños que rápidamente dejaron de jugar y emocionados fueron a saludarlo, pillando el inmenso saco de regalos que traía. Cuando todos estábamos reunidos alrededor de él, comenzó a repartir los obsequios. Para sorpresa nuestra, cada presente venía con el nombre grabado en dorado de los que nos encontrábamos allí. Al abrir los regalos nos quedamos atónitos y sin poder hablar. Hasta que un niño de 10 años exclamó: Gracias Santa, éste es el mejor regalo que he recibido en mi corta vida. Todos nos miramos perturbados porque sabíamos que las cajas estaban vacías. Hasta que el personaje típico navideño sonriendo dijo: Claro amigo tú sí que entendiste, porque la fe, la esperanza y el amor, son los tres regalos mágicos de la vida. Con la misma se despidió de todos diciendo “Feliz Navidad” y haciéndonos un guiño desapareció en su trineo.

Yolanda Pacheco Cobos

DESPISTE

¡¿Otra vez Navidad?!

Dime, ¿en qué momento pasaron tantos años...?

Carmen García Suárez

NACIMIENTO

En casa tenemos por costumbre no poner al niño Jesús hasta el mismo día de Navidad y vamos acercando poco a poco a los reyes con sus camellos al portal. Pero este año llegó el 25 de diciembre y la figurita del niño no aparecía por ningún lado. Buscamos en su caja, en el armario, debajo de la mesa y nada. Al no haber recién nacido al que adorar, los tres magos decidieron volver a Oriente y tanto los pastores como las aguadoras o los pescadores, terminaron regresando a sus quehaceres cotidianos. Solo acabadas las navidades y recuperado el rincón para el cenicero de cristal y el paño de encaje de bolillos, apareció el niño dios con la inocente serenidad de saberse por fin a salvo del malvado Herodes.

Raúl Garcés Redondo

EL TELEGALO

Los Reyes Magos vivieron un año harto complicado y no pueden entregar los regalos navideños personalmente, además siendo tan viejos, no deben correr el riesgo de contagiarse con el coronavirus; tampoco se sabe si a los camellos los puede afectar, así que mejor resguardarlos en sus respectivos corrales.

Por tal motivo, recogieron nombres y direcciones de todas las personas de la Tierra con un sistema de posicionamiento global (GPS) especial, desde niños hasta ancianos, porque todos merecen algo con qué entretenerse en este tiempo de confusión, ya suficiente con estar cuidándose del acecho del terrible virus.

Dada la tecnología tan avanzada, y habiéndose vuelto expertos a la par de la era digital, decidieron entregar los pedidos a través de un aparato que inventaron entre los tres, al que pusieron el nombre de 'Telegalos'. Es muy simple, tomarán el regalo de una tienda y lo transportarán a la dirección registrada, con el nombre correspondiente. Procederán a enviar tablets, teléfonos, ordenadores y otros artilugios electrónicos según la edad de los beneficiarios, nada de muñecas o carritos, ya los niños no juegan con esos objetos, y así felizmente cumplirán con la entrega de los regalos de Navidad 2020.

Janet Cova Ordaz

NAVIDAD DE DOS

Para el 2034 la Tierra había entrado en una etapa de calor intenso. Era tal la intensidad que los seres humanos o «espíritus» no podían salir a la calle porque podrían morir de deshidratación. Esto impedía cualquier tipo de reunión social porque lo único que mantenía los cuerpos a salvo era el aire acondicionado.

Para los espíritus, esta situación no representaba algo nuevo, ya que en el 2020 había ocurrido algo relacionado con la propagación de un virus y los seres humanos tuvieron que mantener la distancia entre ellos.

Ya era 25 y los líderes políticos no comunicaron ninguna reducción de la temperatura planetaria. Habría que celebrar navidad en casa así estuvieras solo o acompañado. Dos espíritus en particular tenían miedo de pasarla solos porque la navidad era una festividad en la que sentían desesperanza e infelicidad. Por esa razón, casi siempre trataban de hacer planes con otros, para distraer esos negativos sentimientos.

Los dos espíritus hicieron su mejor esfuerzo, cenaron la preferencia alimenticia de cada uno y vieron películas todo el día. Ahí entendieron que lo importante de la navidad era celebrar la existencia y agradecer si en esa celebración tenías a alguien más para el festejo.

Inés Rodríguez

CRECIMIENTO

Amé esta navidad, pues evoco la anterior y me doy cuenta de cuánto mejoró mi vida. Se lo atribuyo a una mejora en mi actitud; esa fue la clave para cambiar la manera en que estaba viviendo. En aquél entonces me rodeaban todo tipo de vicios, hoy no. Deseaba estar con muchas mujeres, ya no más. Ahora mi felicidad es relatar lo que vivo, ver crecer a mi hijo, disfrutar de las personas que amo y que sé, no son eternas. Ojalá el año nuevo me agarré abrazando a mi familia. Ojalá la muerte me llegue cerca de ellos.

Jaime Salcedo Muñoz

SÓLO UN HOMBRE

Bajó cinco pisos en el ascensor conteniendo la respiración junto a gente silenciosa, cada cual absorto, ajeno.

Cruzó corriendo el hall de entrada porque todo eso que lo embargaba y a lo que no podía aún ponerle nombre, pugnaba por escaparse de su cuerpo, subía desde sus pies, temblaba en sus pantorrillas, electrificaba su espinazo y le explotaba en el pecho; un tsunami que le había hecho abrir la boca arrasando con la vergüenza y lo recomendable.

Explotó en un grito apenas puso un pie afuera.

La gente lo miró ¡Claro que lo miró! Un loco suelto, en la puerta del Sanatorio, en una noche como esa...

Él se levantó por sus propios medios, porque había caído de rodillas y nadie se había animado a ayudarlo.

Encendió un cigarrillo y miró el cielo, ahí estaba la estrella de Belén, después de ochocientos años y sin ser verdaderamente una estrella, ¿arriba de su cabeza?, siguiéndolo mientras avanzaba por la avenida.

¡Qué maldición! Saber el final de la película.

María estaba bien, el niño estaba bien. ¡Qué bendición!

Eso es lo único que importa por el momento, pensó.

Le pusieron de nombre Jesús, 33 años tenía por delante.

Gabriela Faillace

BRAZALETE NAVIDEÑO

La mesa de color verde y roja, los cubiertos de plata y sin olvidar los accesorios de santa claus. El reloj marcaba las 10 de la tarde ya para pocas horas de la navidad.

Mis abuelos llegaron a mi casa muy temprano que de costumbre para cantar con alegría esos hermosos villancicos navideños.

En la cocina preparo galletas de muñecos de nieve luego estaba tejiendo unas pulseras navideñas para toda mi familia.

Salí de la casa a comprar algunas cosas que me faltaban cuando observe a un compañero de la escuela que paseaba por las calles, al parecer él no tenía a nadie con quien pasar navidad en sus circunstancias así que lo invite a mi casa a pasar la noche buena.

Toda mi familia aceptó que pasara navidad con nosotros de pronto sin darme cuenta ya era navidad después de los saludos comenzamos a abrir los regalos así que le entregue a mi compañero una pulsera como muestra de amistad después de todo la nochebuena es de compartir y dar felicidad.

Maka Bonilla

ÁNGEL DE ANÍS

La última vez que le vi solía cantar villancicos en el coro de la iglesia. Ella era como un ángel, de mejillas rosadas y voz celestial, jamás me atreví a hablarle.

Era una de esas mágicas criaturas que solo se es posible apreciar de lejos, dejarla ser en su naturaleza misma.

Tiempo después le perdí la pista.

Pero hoy recordé su voz, me evocó al momento. Aquellas navidades en el pueblo de mi abuela en que mi única razón para asistir a la misa de las seis de la tarde era para oírle cantar.

Los villancicos me la traen de vuelta.

Mariana Bernardino Casarubias

CALIDEZ INVERNAL

Día con día la brisa decembrina trae consigo aires friolentos que irónicamente provocan el sentir calidez ante la llegada de la navidad, despiertan un sentimiento que solo se hace presente una vez al año, aquel espíritu que apacigua incluso a los más escépticos y ocasiona magia en los corazones sensibles, esa sensación que incentiva a encontrarse arropado viendo clásicos de temporada mientras se disfruta de un chocolate caliente envuelto en la calidez de las sábanas, la época navideña huele a pino fresco, sabe a cocoa con menta y es color de rojo, nos hace cantar villancicos y sus fríos invernales nos traen calidez, de aquella tan única que se asemeja a un abrazo y la cual solo es posible sentir durante los diciembres. Después de un largo viaje por fin regreso a casa a refugiarme en el espíritu, para regocijarme junto con los míos.

Mariana Bernardino Casarubias

DOS LAGOS

La miró a los ojos. Eran dos lagos azules, bellísimos, serenos, lejanos, ajenos.

El día que la conoció sintió vértigo al asomarse a ellos y caer en ellos. El día de su boda esos mismos ojos habían sido la promesa del hogar. El día en que nacieron los mellizos fueron aguas cálidas, dadoras de vida. Fueron ojos de tormenta en los días malos, ojos de paz la mayoría. Ojos ajenos desde esa mañana en la que alguien apretó el acelerador a destiempo.

—Cariño, hoy vienen los Reyes Magos. Los niños te han hecho unos dibujos.

Y de las profundidades del lago salió ella, llorando, y alegre.

Uxue Donezar Hoyos

ESPECIAL PEDIDO EN NAVIDAD

En un diciembre, Emma iba conduciendo su vehículo, cuando fue embestida por otro carro; y ella quedó herida. Los familiares de la mujer estaban acongojados, especialmente su madre, esposo e hija. A la paciente le hicieron una operación en el cerebro, la cual era de alto riesgo.

Después de la cirugía, la mujer quedó en coma. Luisa se puso muy triste, apenas tenía doce años de edad y no quería perder a su madre. El día de navidad, las enfermeras le permitieron a Luisa estar al lado de la paciente hasta tarde en la noche. Cerca de la medianoche, la niña oró a la divinidad pidiendo como regalo de navidad que su madre despertara del coma. Para su alegría, pocos segundos después su progenitora, poco a poco, abrió los ojos.

Emma recuperó la consciencia, pero no podía hablar ni reconocer a nadie. Luisa entonces les sugirió a las enfermeras que pusieran a su madre a ver videos de eventos familiares del pasado. Ella poco a poco, recuperó el habla, y pudo reconocer a sus parientes. Varias semanas después, Emma salió del hospital y empezó su proceso de recuperación, el cual fue relativamente rápido.

Oscar Orozco

UNA NAVIDAD DIFERENTE

Se levantó con dificultad haciendo crujir la vieja cama de roble. Las manos gruesas y arrugadas desempañaron la ventana helada. Se meció lentamente la tupida barba que se mimetizaba con el blanco inmaculado del paisaje. Se dispuso a colocarse una vez más el descolorido traje que se resistía al paso del tiempo. Sabía que lo esperaba una jornada intensa como siempre, pero diferente a las demás. No pudo evitar un suspiro cansado mientras observaba la absurda montaña de correspondencia que se había tomado el trabajo de leer con paciencia. La brisa de aire gélido lo renovó mientras los copos de nieve le acariciaban el rostro. Con dificultad se agachó para ajustarse las botas que se hundían a cada paso dibujando unas huellas perfectas. Los renos esperaban impacientes echando humo por sus hocicos. Miró por última vez la pesada carga del trineo y se acomodó detrás de sus orejas un vistoso barbijo de colores. Después de todo él también pertenecía a los llamados grupos de riesgo.

FIN

German Fessia

QUE NO ACABE JAMÁS

Mi madre, influenciada por los cuentos ilustrados que mi abuelo le traía de sus frecuentes viajes al exterior, relacionó siempre la nieve con la navidad. En 1945, cuando ella contaba apenas seis años, la familia pasó la navidad en Chicago, atendiendo la invitación del tío Alberto. Acababa de terminar la guerra y resurgía la esperanza en el mundo. Mi madre solo ansiaba conocer la nieve, pero en los días previos, y hasta el día de Nochebuena, no cayó ni un solo copo. Esa noche los adultos, en torno al árbol, sugirieron a los niños pedir un deseo mientras los chiquillos, en la ventana, buscaban la estrella el cielo y veían maravillados cómo una fina capa de algodón empezaba a cubrir la ciudad. El 25, día de navidad, cayó una de las peores tormentas de nieve de las que se tenga registro. Trenes y automóviles quedaron atascados durante horas y las noticias de la radio advertían que muchos padres no regresarían a sus hogares a tiempo para celebrar con sus familias. Mi madre cargaría por años el peso de la culpa, pues el deseo que pidió aquella noche fue que cayeran montones de nieve para que la navidad no acabara jamás.

Reinaldo Bernal Cárdenas

FELIZ RENACER

Las doce horas y diez minutos. Del nuevo año también, que, seguramente, se le representará como una esplendorosa y fecunda mañana cuando haya concluido. Tal cual le ha sucedido con el anterior y el precedente a este y...

No recuerda más; a fin de cuentas, únicamente ha transitado por siete Nochevieja, y, de las cuatro primeras... bueno fue todo tan... mágico que no reparó en ellas, desbordado por el cúmulo de sensaciones inherentes a cada nuevo detalle.

Respecto a las catorce primaveras anteriores, como le gusta denominar a sus correspondientes anualidades, en cuyo mes central su amorosa madre le había dado a luz, cuenta con la inestimable referencia que le aporta el espejo frente al que se asea cada mañana, sin necesidad de ayuda, gracias al cuidado y cariño que le dispensó durante tanto tiempo su otra familia, integrada por médicos, fisioterapeutas, logopedas, psicólogos, personal de enfermería..., o, más bien por Adela, Manuel, Sonia, Amparo, Roberto, Ginés, Ana Mari...

Enrique Álvarez

EL PODER DE LA NAVIDAD

Cuando llega la Navidad, los pensamientos se hacen poderosos porque nos unen los unos a los otros más que nunca debido al encanto de las fiestas. También porque la intensidad de los pensamientos es mayor ya que van cargados de buenos deseos para los seres queridos, en especial si están sufriendo. El resto del año es diferente, la vida nos atrapa y el día a día es incluso más fuerte que las ganas de comunicarnos con los que no forman parte de nuestra rutina cotidiana. Gracias a la Navidad se nota un sútil remordimiento por un descuido o un mero acto de pereza. De costumbre, nada de eso tiene importancia, hasta que uno se pone a pensar y siente algo de vergüenza. Entonces, resurge el interés hacia el otro y nace el mayor regalo de Navidad, un acercamiento lleno de empatía. Unas palabras señales de contacto humano ¡De calor humano! Parece sencillo ¿verdad? Lo es. Regalar unas palabras es lo que más nos gusta a los que vivimos en el Polo Norte ¿Cuáles son nuestras preferidas? Hay muchas, todas son.

Laetitia Blachon

EXTRAÑA NAVIDAD

Roberto observaba atento como su madre ponía la mesa para aquella Nochebuena tan extraña. Era una de las pocas veces en las que se reunía toda la familia y por fin podía disfrutar de la compañía de todas aquellas personas que tanto echaba de menos a lo largo del año.

Sus primos con los que tantas risas y confidencias había compartido a lo largo de los años, sus tíos que tanto le habían enseñado, sus abuelos junto a los que había paseado tantas tardes, y sus padres a los que tanto quería.

Roberto observaba atento cada uno de los movimientos de su madre, hasta que se percató de una pequeña lágrima resbalando por su mejilla. “¿Por qué, mamá?” se preguntó Roberto.

Todos reunidos, por fin, alrededor de la mesa, Roberto observaba todo con mucho interés. Hasta que vio a su madre, llorando, mirando la única silla que permanecía vacía alrededor de la mesa.

“Qué duro fue verte marchar Roberto, hijo mío. Te extraño tantísimo...”

Su madre no había pronunciado esas palabras, las escuchó él directamente desde su corazón.

Aquel día fue difícil para todos y aquella Navidad la más triste para ella.

Ana Isabel Sastre Vélez

TITO GRINCH

Odiaba la navidad, hacía años que no acudía a una comida de empresa o amigos, pero con la familia tenía que cumplir.

Por Papá Noel, llevó a sus sobrinos a ver “el Grinch”, aprovechando una oferta de entradas a cuatro euros. Ya que odiaba estas fechas, al menos que no salgan caras, pensaba.

A los peques les encantó la película. A él se le encendió una luz: ¡Robar la Navidad! Perpetuar el estilo de “El Grinch” le hizo levantarse cada mañana.

Repartió petardos a los gamberros del vecindario y esparció polvos picapica por las zonas comunes del bloque.

En nochevieja, se ofreció para quitar las pepitas de las uvas, pero sólo lo hizo en dos de cada lote. Hubo quien las pasó canutas durante las campanadas.

Agitó la sidra antes del brindis y todos blasfemaron.

Por Reyes, llevó a sus sobrinos cosas del chino. El mayor, nueve años, dijo:

—Tito, mi hermano dice que los reyes no existen. No le creo, te vi entrar con los regalos del árbol, pero tú no eres mago.

—Claro que no.

—Es imposible. Les dejamos tres copas de licor y se las han bebido. No has podido ser tú.

—¿Por?

—No tenían alcohol.

¡PAPÁ NOEL HA MUERTO!

¡Papá Noel ha muerto!

Escuché los gritos desde mi habitación y me asomé a la ventana. Muchos vecinos se arremolinaban en la puerta del gran almacén que podía verse desde nuestra casa, donde Papá Noel, hasta ese día, había estado saludando a los niños y tocando su campanilla. Si hubiera creído en él todavía, me habría extrañado que, en vez de sacar regalos para dárselos a los niños, extendiera su mano para recibir monedas y guardarlas en su pequeño saco. Pero ese año papá, no el Noel, sino el mío, me había dicho la verdad. Rompí la carta que había escrito y me tragué unas lágrimas impropias de un niño tan mayor.

—¡Papá Noel ha muerto! — seguía gritando la gente, más fuerte que la sirenas gemelas del coche de policía y de la ambulancia.

—¡Tú padre ha muerto!— gritó mi madre abriendo la puerta de la calle. Salí corriendo de mi habitación y la encontré llorando agarrada a un gorro rojo y a una barba blanca. ¡Y se han llevado el saco!— seguía aullando mi madre mientras me bajaba por la escalera.

—¡Papá Noel ha muerto! — grité tan fuerte que el remolino de gente me abrió el paso.

Pury Estalayo

UNA NAVIDAD PERFECTA

Durmiendo en su camita, el pequeño Josué abrió los ojos y se levantó de un salto.

Estaba muy ilusionado porque era el Día de los Reyes Magos. Bajó las escaleras tan rápido que casi se cae. El chico vivía con su mamá y un perrito llamado Orión en una pequeña cabaña de madera.

El pequeño Josué nunca había tenido muchos amigos, pues siempre estaba muy solo, pero Orión siempre le acompaña a cualquier lugar.

Esa misma mañana, el momento mágico para cualquier niño, donde la mayoría de casas tenían muchísimos regalos debajo del árbol de Navidad,

El pequeño solo tenía dos regalos.

Uno de ellos era un jersey rojo con un reno dibujado y otro un cuento dedicado a las hazañas y seres fantásticos.

—¡Mira mamá que me han traído los Reyes Mágicos¡— Dijo con una voz tan alegre y verdadera. Josué se sentía siempre tan feliz, que nunca se quejó de los regalos que siempre le traían cada año.

A pesar de su corta edad, era un chico muy inteligente y agradecido.

Se sentó con su mamá en el sofá, enfrente de la chimenea, y juntos empezaron un largo viaje.

Sergio Maza Berenjeno

APERTURA DE REGALOS

De entre los ritos sagrados se encuentra éste, que estás presenciando un día 22, 23, 24, no lo sé, uno de esos. Ya es navidad, el arbolito copado, el foco brillante en un rincón de tinieblas; qué belleza. Hay que acercarse, mirar las raíces del árbol, ¡semejantes raíces!, son bombas rojizas, verdes, doradas, plateadas. Unas son cúbicas, otras esféricas, quizá una con la sospechosa forma de aspiradora, eso depende. Y no importa, en serio que no importa. Lo primordial es aguantar la tentación. ¿Pero cómo aguantar, por dios? Te acercas entonces, ante la luz de la luna que será la única testigo del crimen; y los dedos van y entran en contacto con “el papel regalo”, la sensación de grima es como un latigazo desde las uñas hasta el espinazo. Ese papel es detestable, tan inarmónico, tan irritante. ¡Pero ya no importa! Adiós papel: bomba desnuda, explosión visible. Quieres gritar, lo deseas con toda tu alma y con el corazón que casi se te sale del pecho, y no puedes gritar. No lo suficiente, sólo murmullos. ¿El problema?, ese gordo tullido color cereza; sí, sí, el mismo que está con el dedo índice en los labios barbados mientras dice “shh”.

Christian David Sánchez Castro

CORONAVIDADES

—¡Max, Max hoy es Navidad!— dijo Lucía gritando de la emoción.

—Tranquila Lucía que me acabo de levantar— dijo Max bostezando.

—¡Rápido no hay tiempo que perder, vístete y vamos a ver los regalos!— dijo Lucía que no podía quitarse la sonrisa de la cara.

Cuando Max y Lucía estuvieron preparados, bajaron las escaleras sigilosamente para no despertar sus padres y para su sorpresa en vez de encontrar regalos, encontraron a un duende diminuto cantando mientras metía todos los regalos en una bolsa diminuta que rompía todas las leyes de la física. Lucía y Max empezaron a bajar las escaleras para atrapar al supuesto duende. El plan era bueno, pero cuando llegaron a la planta baja, el duende se disponía a saltar por la ventana y escaparse para siempre. Max que quería su PlayStation5 recordó su clase de atletismo y sufrió tal ataque de adrenalina, que todo a su alrededor parecía ir más lento, con lo que pudo atrapar al duende en el aire y robarle su mascarilla para verle la cara.

Sofía Pastor Puche

ILUSIONES EN CARBÓN

Este año lo atraparía. Había diseñado un sistema especial en la chimenea para capturarlo. Santa no se escaparía. Quería preguntarle por qué carbón. ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué le dejaba carbón cada navidad desde hacía ya 40 años?! Cintia estaba convencida de que existía. Sabía que los regalos siempre los habían comprado sus padres, incluso ella se los compraba a sus hijas.

Esa noche, abrieron los regalos en familia y se fueron a dormir. Ella, sin embargo, lo esperó en el sofá. Se quedaría despierta, oculta en la oscuridad, bebiendo sus tazas de café ya preparadas a su lado para aguantar toda la noche.

Pero un cabezazo de párpados pesados bastó para que, en ese cerrar y abrir de ojos, oyera la campanita que había colgado en la chimenea y el gordo se le escapara otro año más y le dejara otro pedazo de carbón. Pero ahora, había además una carta en el suelo...

Cuando me atrapes, dejaré de ser la ilusión que siempre he sido. El carbón es para que sigas creyendo en que soy real.

Cintia sonrió e imaginó ver volar el trineo a través de la ventana.

Marcelo Ariel Martínez

MILAGRO DE NAVIDAD

Remedios, Adolfina y Eunice no salen de su asombro. Tras años de soledad, castidad, espera y oraciones, en la víspera de Navidad su anhelado milagro se desplomó de los cielos, atravesó el techo y aplastó el árbol y el pesebre. El casco del ángel caído se quebró por el impacto y dejó a la vista un cabello rubio y ensortijado, y unos ojos acerados muy abiertos de terror. El hombre llevaba a la espalda un paracaídas que nunca se abrió. Adolfina tragó el pedazo de natilla que todavía tenía en la boca y dijo con un suspiro: “chicas, definitivamente, no hay felicidad completa”.

Jimmy Arias

JO, JO, JO

La cosa laboral tiene algo o mucho de perverso. Especialmente si eres tú el jefe. El poder ciega, corrompe, pervierte. Por ejemplo, nunca entendí esa retorcida costumbre de los empresarios de despedir gente en vísperas de Navidad. Justo cuando más te duele o más lo necesitas. Pero no te apures, viejo panzón, barbón y malagradecido, esta vez, antes de entregar mi ridículo uniforme de elfo, pasaré por el garaje y les haré algunos ajustes a los frenos de tu trineo. Con suerte, esta será también tu última Navidad. Jo, jo, jo.

Jimmy Arias

EL CACTUS DE SIEMPRE VUELVE A CASA POR NAVIDAD

En las Navidades del 2017, adquirí un extraño cactus, jamás pensé que una planta así pudiera entrar en mi casa, ocupando un lugar importante en mi jardín.

Este cactus, no era fácil; dependiendo de la época del año le tenía que cambiar de lugar para que no se marchitase, nunca estaba a gusto.

Él me maravillaba con sus detalles: bellas y extraordinarias flores de diversos colores; exuberantes pinchas que le arropaban y fortalecían; incluso ofrecía un verdor impresionante y reluciente en sus hojas... Pero esos pequeños regalos desaparecían prestamente.

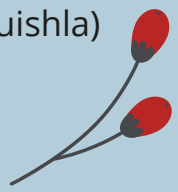
Navidad tras Navidad y aunque me dedicase a tenerlo en las mejores condiciones de agua, luz y temperatura, él siempre tenía sus desequilibrios...

¿Sabía usted que los cactus realizan el intercambio de gases durante la noche, de manera que mientras dormimos, consumen dióxido de carbono? Al revés que el resto de las plantas. ¡Fíjate si es complejo!

Ya van tres Navidades y por alguna razón he permitido que pase demasiado tiempo para darme cuenta de que, en definitiva, es un cactus; no necesita tantas atenciones, puesto que él es una solitaria e independiente planta con todas sus complejidades, siempre lo fue.

Para estas Navidades deseo que me regalen una rosa.

(Mocuishla)



LAS NAVIDADES DEL SEÑOR TUFF

A Tuff le gustaba la Navidad.

Vivía en un nido dentro de una viga de madera en un hogar de un pueblo de interior, convivía con una anciana y su perro Oregón.

Todas las mañanas, salía de su agujero para oler el aroma del exquisito café que preparaba la anciana y a comer algunas migajas que de forma casual aunque intencionada ella dejaba caer hacia donde se encontraba su huésped. Oregón reclamaba entonces un poco de comida y ella se levantaba y le dedicaba unas caricias saliendo al patio a darle también el desayuno a ocas y gallinas.

Por Navidad, aquella señora preparaba dulces y la casa se llenaba de familiares. Sobraban más migajas y la anciana dejaba caer de nuevo, algún grano de maíz y migas hacia la entrada de la casa de Tuff.

Además de la comida, al ratón lo que le gustaba eran las charlas en la chimenea. Los regalos y cómo los compartían. Aquel año fue distinto a los demás. La señora dejó un regalo para él y la mañana de Navidad madrugó para verlo asombrado y extrrañado disfrutar abriendo su paquete y descubrir el contenido. No pudo haber escogido mejor: le había traído una compañera.

Aída Albiar García

UNA NUEVA VERSIÓN DE LA NAVIDAD

Solo era una niña cuando dejé de ver la navidad como otros, cada año faltaba alguien, cada año era un sitio en la mesa vacío más... La emoción de celebrar se perdió. O al menos eso parecía; ¿Quién dice que esta pandemia solo trajo desastre y desequilibrio? ¿Quién lo dice? Aquel que no sabe que gracias a esto la familia volvió a juntarse, volvió llenar los lugares que antes estaban vacíos, y con una conversarción recordar aquellos momentos que parecían perdidos en el olvido... Puede que algunos asientos sigan vacíos, pero siempre serán de aquellos que nos dieron los mejores momentos; que nos enseñaron lo que realmente vale la pena. La familia se desconectó del mundo, pero se conectó nuevamente con los que lo rodean y habían olvidado. No todo fue malo, no fue un desastre... Solo es verlo desde el ángulo correcto y darse cuenta que siempre debe haber un momento para disfrutarlo con quienes amas.

Ashley E. Fores Hurtado

NUESTRAS NAVIDADES

No iba a ser como otros años, lo teníamos claro.

La llegada de la Navidad causaba expectación en casa daba igual si eras niño o adulto. Las fiestas para mí comenzaban en mi cumpleaños, día del solsticio. Pero ahora, con mis hijos, las navidades comienzan el siete de diciembre, cumpleños de mi hija y el puente de la purísima y en la que íbamos con la familia al pueblo a comprar embutidos y vinos para las fiestas.

Ahora las cosas son diferentes, ya que hemos perdido a mi abuela y a uno de los hermanos de mi padre debido a un cáncer. Y este año amenaza con llevarse al otro hermano por lo mismo.

Pero hemos de seguir celebrando, pese a todo, por los que todavía estamos. Por los niños que no entienden muy bien las pérdidas y sobretodo: por lo que no están, que quisieran que nos siguiéramos juntando.

Llegan las fiestas, los cumpleaños. Mis hijos contentos con los regalos, comiendo, cenando... Mi madre y su pollo al horno, mi hermana llevándose las sobras.

Y en la habitación, abrazándonos a todos, la presencia de la abuela que ha venido para seguir celebrando con nosotros y disfrutar viéndonos reunidos.

Aída Albiar García

INEFABLE

Ahora más que nunca esta palabra cobra sentido y todo porque 2020 ha sido un año que ha desorientado nuestros sentidos.

Perdidos como los Reyes Magos de Oriente, una estrella hace falta para guiar e iluminar a la gente.

El mejor regalo esta Navidad, no es nada perecedero ni tiene fecha de caducidad.

Es efímero, es eterno, es algo que siempre recordarás. Porque lo esencial es invisible a los ojos, ya lo decía en "El Principito", Antoine...

Abrazar a tu familia y reencontrarte con tus seres queridos. Brindar por la salud y el futuro, olvidarte del pasado, de los malos momentos y el haber estado confinados.

Todas las generaciones hemos sufrido un cambio.

La mayoría de nuestros mayores no pudieron seguir luchando...

Pero eso es la vida, constante cambio y aprendizaje.

Un largo camino que recorrer lleno de magia, sentimiento, lucha y coraje...

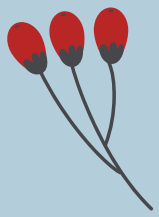
En el que nunca dejar de soñar, ni tus sueños perseguir.

No olvides que la magia de la Navidad existe pero siempre se encuentra dentro de ti.

Sólo tenemos una vida, la fe nos mantiene la mente abierta y la cabeza erguida.

Actúa ahora, no pienses más...

La vida vuela, te deja atrás.



Carla Hernández González

LA PIEDRA DE NAVIDAD

La madre se olvidó de los regalos, al faltar el padre, ya no estaba para fiestas, andaba triste y destrozada, le costó preparar una cena especial, sacó los manteles buenos, la vajilla de las ocasiones especiales y buscó las copas, total, para cenar los tres, como cada noche, tampoco merecía la pena tanto trabajo. El hijo mayor, cumplidos los veinte, comprendía y sabía, no esperaba que la nochebuena de ese año fuese igual que las anteriores. El pequeño, tardío en el matrimonio, con tan solo siete años, vivía en un mundo de ilusiones sin entender aún la vida. La mujer cayó en el descuido al verle colocar sus zapatos limpios delante de la chimenea. El mayor y ella intercambiaron miradas, sin saber qué hacer. Decidieron envolver juguetes del niño que llevaba tiempo sin tocar. A la mañana siguiente los llantos del crío, al descubrir el engaño, destrozaron sus corazones. La madre, desconsolada, bajó a la calle, agarró una piedra, la lió en papel brillante y se la entregó al pequeño. Antes de que se enojase al verla, aseguró que era mágica, si la conservaba, pasada la Navidad tendría el regalo que deseaba. El niño, esa noche, se acostó feliz.

María Caballero

REGRESOS

Había visto aquella niña la noche anterior. Le causó impotencia verla postrada en aquel camastro raído por el uso de las generaciones previas. Aunque la enfermedad había dejado su cuerpo inmóvil, cuando esta abrió adormilada los ojos contempló como era en realidad de vivaracha; su cabecita y su mirada se incorporaron atalayadoras. Él entonces desapareció con celeridad de su campo de visión, cómo acostumbraba a hacer.

A la mañana siguiente, tras despedirse de sus dos compañeros de viaje, comprendió que se había dejado algo por entregarle, y decidió visitarla de nuevo. Aquel día de invierno amaneció radiante, y sus padres habían sacado el camastro para que el sol caldeara el entumecido cuerpo de su hija, mientras los vecinos del poblado se acercaban a saludarla con cariño.

Cuando se quedó sola unos minutos se acercó sigiloso, acarició con calidez su mejilla derecha y le dio un beso en la izquierda. La observó con adoración por un instante, aunque la mirada de aquella niña era mucho más afectuosa y penetrante.

Melchor era por entonces un rey muy joven y pensó que, si de verdad era mágico, un beso suyo bastaría para curar a aquella niña. Solo tardaría un año en cerciorarse.

Luis Pérez Leal

LA EFIGIE DEL SALVADOR

Envuelto en un manto de melancolía y prematura añoranza, Juan abandona su consulta. Las viejas paredes descorchadas de la segunda planta se le antojan ahora como un santuario de veleidades y desilusiones. El hospital, de gran prestigio, ya hace un año que ha trasladado sus instalaciones fuera del céntrico edificio modernista. Sus pasadizos han recuperado el brillo sinuoso y fantasmal que sus atolondrados arquitectos de tez desgajada les otorgaron un siglo atrás. Las cristaleras empañadas desdibujan con celo la realidad, y Juan cede ante la provocación de las frías estancias. El hombre, que hoy viste de civil desencantado, vaga sin rumbo entre los ventanales que desembocan en el invierno de Barcelona. Alguien grita su nombre a lo lejos, como si algún paciente extraviado requiriera de sus servicios en aquella noche de oscura navidad. No cede ante la provocación, pues es consciente que sus recuerdos son el único halo de vida que custodian estas paredes. Al abandonar el edificio, le golpea de golpe la dura realidad de una ciudad absorbida por la inmediatez. El viejo hospital yace majestuoso en medio de un colmenar de fluorescentes, más sus interiores se hallan deshilvanados y consumidos por el implacable rasgueo del tiempo.

Adrià Guasch Camacho

EL MILAGRO DE NAVIDAD

La mañana de Navidad, como todas las fiestas, salió a correr. Sus hijos se habían levantado temprano con los nervios de los regalos. A él le hacía tanta ilusión como a ellos. Vivía enfrente de la Casa de Campo, atravesó el paso elevado sobre la M-30 y continuó la carrera. Enseguida encontró un hombre, sentado bajo un árbol, no hacía tiempo como para ello, por lo que se paró y le preguntó si le sucedía algo. “Nada, solo estoy cansado, ha sido una noche muy larga”. El hombre, bastante mayor, parecía agotado. “¿Puedo ayudarle? “Muchas gracias, he podido terminar mi trabajo y llevar una vez más la ilusión a los niños, ahora tengo todo un año para descansar”. No podía creerlo, su subconsciente le decía que estaba ante Papá Noel, su barba blanca le delataba, pero eso era una fantasía, no podía ser verdad. Unas voces lejanas le sorprendieron “papá, papá despierta, mira lo que nos ha dejado Papá Noel, levántate, ven”. La alegría de sus hijos le devolvió la consciencia, todo había sido un sueño.

Soledad Pardo Correal

TAN FUGAZ

Ella aparecía sigilosamente en las vísperas de Navidad. Todos los años tenía la mejor ubicación en el arbolito. A pesar de que podía ser admirada, tristemente pasaba desapercibida ante los ojos de las personas. Las ansias de la Noche Buena comenzaban a alterar el cotidiano orden. Cada veinticuatro de diciembre, el cielo resplandecía de una forma peculiar. La gran estrella ancestral bajaba hacia la tierra con el único propósito de esclarecer cada corazón. Esa guía entraba en todos los pesebres.

Luego de finalizar su ardua tarea, alrededor del mundo se oía al unísono el estremecimiento de la esperada Navidad. Los cálidos abrazos y las sonrisas festivas eran la esencia. Solo cuando observaba aquella dicha, ella subía para compartir con su familia estelar. Una vez al año, vuelven a reencontrarse en el cielo; el resto de los días los uso en lograr reunir a familias distanciadas.

Cuando salimos al jardín por la madrugada, ella desaparece sin ser mencionada por nadie en la tierra. Tan fugaz que nadie logra verla. Pasa desapercibida ante los ojos humanos. Pero me gusta pensar, que es la estrella más brillante cuando alzo los ojos en Navidad.

María Lourdes Molina Sandoval

TODO QUEDÓ EN EL OLVIDO

Bajo las arrugas de mi vejez ocultaba una pequeña lágrima, mientras pensaba en las Navidades pasadas. Estaba solo, con mi espíritu navideño apagado. Ese año, el arbolito de Navidad no se presentó. El pesebre no fue colocado en la majestuosa mesada. Tan solo una corona navideña estaba expuesta en el exterior de la puerta, para aparentar una dicha en mi desolada casa. El silencio reinaba. Me ahogaba en un buen vino dulce con la amargura de no tener a nadie. Sentía tan agria mi soledad. La salud le había soltado la mano a mi familia; solo mi maldito ser quedaba parado en aquella mansión. El timbre sonó en plena noche. Mi delirante corazón comenzó a arder. Con esfuerzo me paré. Tomado de mi bastón caminé con rabia; más me llevé una sorpresa al no ver a nadie.

Mi nublada vista alcanzó a divisar un sobre blanco en la vereda. Por curiosidad me digné a abrirlo. Encontré la misma invitación de todos los años. Suspiré con tristeza por no haber recordado que hoy cumplía un viejo amigo. Esa noche no asistí a su fiesta llamada “Navidad”. Mi memoria fue asesinada; yo había sido el perturbador cómplice de aquel delito. Olvidé vivir.

María Lourdes Molina Sandoval

DESEOS

Manolo, pensativo él, se dejó llevar por la nostalgia de sus años.

Ese día, previniendo la Nochebuena que se acercaba, como últimamente le solía pasar, se hizo el ánimo. Se encerró en su dormitorio donde guardaba sus recuerdos y nostalgias; empezó a soñar.

La nieve golpeaba suavemente los cristales de su única ventana mientras languidecía la luz diurna y las farolas con su tenue resplandor amarillo se adueñaban de las calles. La esperanza, Manolo la veía renacer en aquellos que habían aguardado tanto tiempo y buscaban abrazos.

Se vio él también deseoso de tener aquello que tanto notó a faltar en su niñez, y, allí en la soledad de su alcoba, de pronto sintió que le decían:

— Estate tranquilo y goza de aquello que tanto deseas y anhelas.

Una sensación de paz y tranquilidad tomó posesión en él...

El sonido de un cascabel le despertó suavemente y a su vez, al pie del pequeño árbol de Navidad que para él se montaba, sorprendentemente apareció también una caja conteniendo un mecano, juguete que tanto deseó en su infancia y que nunca le trajeron los Reyes Magos si bien esta venía acompañada de una postal de Papá Noel.

Enrique Conesa Gonzálvez

EL KRAMPUS

Faltaban veinte días para Navidad y había sido un niño especialmente malo. Se había metido en peleas, pegaba chicles en el pelo de sus compañeros... sus padres lo regañaban pero no servía de nada.

“Va a venir y te va a llevar”, le advertía su abuela.

Tonterías. Ya tenía diez años y sabía la verdad sobre la Navidad. No lograrían asustarlo.

Aquella noche cogió una lata de Coca-Cola y se metió a la cama. El exceso de azúcar lo complicó todo y los gases le provocaron dolor de estómago.

Incapaz de dormir, escuchó pisadas en la planta de abajo. La madera crujió y él se escondió debajo de las mantas, donde nadie podía dañarlo. Comenzó a oler mal, a animal mojado, y los pasos se detuvieron frente a su puerta. Asomó su rostro a la esquina de la cama y lo vio: un cuerpo peludo, largas uñas, astas caprinas y un gran saco que no tenía regalos.

La criatura también lo vio a él y corrió hacia la cama. Gritó.

“¿Estás bien? Tranquilo, es solo una pesadilla”.

Eran sus padres. El Krampus se había ido.

Desde entonces, nunca más se portó mal, pues no quería que regresara.

Héctor Peña Manterola

LA ESTRELLA DE BELÉN

Había sido un año especialmente duro y la última nevada del año amenazaba con vestir Madrid con su níveo manto.

Él estaba triste. Tenía ocho años y apenas entendía nada, pero hacía tiempo que no veía a su abuela y había escuchado que aquel año no iba a estar con ellos en Navidad.

Su profe le había dicho que aquel jueves tenía que mirar al cielo nocturno, que después de muchos años, al fin podría verse la Estrella de Belén. Había sido un niño muy bueno pero únicamente había pedido un deseo a los Reyes Magos. Cuando le dio la carta a su mamá, ella lloró: quería que la abuela pudiera cenar con ellos. ¿Es que acaso ya no les quería? ¿Habría hecho él algo mal? Primero la mascarilla, y ahora esto.

Era veinticuatro de diciembre y ella no estaba. Antes de cenar, dio la mano a su padre y lo acompañó a bajar al perro, un cachorro de la raza Border Collie. Como le habían dicho en clase, alzó la vista al cielo.

“Allí, papá. ¿La ves?”

Una estrella brillaba con más fuerza que las demás.

“Allí está la abuela. Ha venido” – dijo su padre.

Héctor Peña Manterola

NAVIDAD

El agua se precipitó desde lo alto barriendo los blancos granos a su paso. Lentamente se fue acumulando en la parte más baja del terreno. Si bien una vez había sido cristalina, ahora era una mezcla blancuzca y amarilla.

El terreno se movió de aquí para allá volcando sobre el líquido grandes cantidades de polvo y grano que se disolvían en el líquido hasta forma una masa esponjosa. Piedras multicolores salpicaban la mezcla mientras eran hundidas hacia las profundidades y volvían a resurgir producto de los movimientos a los que la masa era sometida.

Finalmente la abuela examinó la masa, tenía buen color, una excelente proporción de frutas caramelizadas y nueces. La colocó en un molde enmantecado y se dedicó a pintarla con huevo antes de ponerla en el horno que ya comenzaba a hacer sentir su calor.

De todos los pequeños momentos que nos regala la navidad, ver a mi abuela preparar el pan dulce con el que brindaríamos a medianoche era uno mis preferidos. Ver su amor y dedicación manifestados en una comida es algo que realmente extraño por estos días donde con suerte uno recibe un mensaje de “felices fiestas”.

Gabriel Maximiliano Jose

DESIGNADO

A las doce en punto el timbre de la puerta sonó en la casa de los Segovia. Alfredo,con un fuerte abrazo se despidió de su familia. Dejó unos papeles a su esposa que debía de entregarle a su secretario al siguiente día, además del celular, las llaves y un bolígrafo.

Reviso por última vez sus cosas cuando la niña, con un tono entre enojo y llanto le dijo:

— ¿Papa... Cuándo volvés?—

— No lo se, Mari, haremos varias paradas. Este año me tocó a mi, pero te aseguro que el último sitio que paremos, será aquí— le respondió su padre acariciándole la pequeña y rizada cabeza.

Abrió la puerta y un bajito hombre le entregó un paquete. De él, Alfredo saco: una larga barba blanca, un gorro rojo, anteojos, un traje rojo, un cinturón negro y una extensa lista con nombres.

Facundo Valentín Roldan

EL OBSEQUIO INESPERADO

La tradición familiar en navidad era pasarla con la abuela. Aquella vez, mi primo Sergio y yo, removíamos objetos de la yaya en su habitación. Había una caja roja, dentro tenía un gorrito azul, como el de Santa.

—No se hurga en lo ajeno— nos pilló la abuela e inquirió con ternura. Luego dijo— No me creerías si os hablo de esa pieza.

—¡Cuéntanos abuela, por fa!— Mi primo suplicó.

—Vale... Siendo niña, salí una noche a tomar aire... ahí estaba... sobre la fuente, bello, luminoso...

—¿Quién abuela?— pregunté

—Un elfo— Nos quedamos perplejos; continuó —Al verme, huyó. Le seguí atravesando calles hasta el parque...puff... allí se esfumó. Regresé, el gorro yacía donde la fuente.

—Abuela ¿No volvió a buscarlo?

—Nunca ¿Qué tal si esta noche lo colocamos donde lo dejó?— Asentimos ¡Qué emoción!

Toda la noche vigilando a través de la ventana, pero contra el sueño fuimos vencidos. Al despertarnos por la mañana, nuestro asombro creció, el gorro no estaba. Días después en mi casa, aparecía el gorro entre mis cosas— mi hija preguntó:

—Papi ¿No crees que quizás es un obsequio del elfo?

Jorge Menéndez Vera

HASTA LOS NECIOS HACEN POESÍA

Una navidad rosada, tus pechos, cada parte que decidieras ocultar. Casualmente hoy es navidad. Aquellos días diferían de este porque los habitabas junto a mí. Me decías "Deja de mirarme el culo, por ahí no me salen palabras". También me viene a la mente la última vez que te vi, con tu antiguo ex, montada en su maldita Yamaha. Ha pasado un año y todavía escuece el pecho ¡Coño, no hacia ni una semana de nuestra ruptura, solo porque te diera de ostias! Lo reconozco, buenas ostias y te pido perdón, también por pensar que eras mi propiedad. Ya ves, me pagaste yéndote con ese idiota. Golpe profundo a la autoestima. Aun así no olvido las posturas en la cama adquirían nuestros cuerpos... subir a besos desde tus pies hasta donde los nombres pierden sentido... solo aroma, temperatura, deseo enjaulado, nuestra íntima guerra mundial ¡Qué mitología cuya diosa desconoce el regreso!

Firmado: Rafael

—¿Está bien así? – dice mientras el de la clava tatuada coge el escrito, lo dobla y lo mete en un sobre. La cárcel hace milagros; hasta pareciera que los necios, dentro de sus paredes, son poetas.

Jorge Menéndez Vera

LA PRIMERA NAVIDAD DE LEONARDO

Había una vez en la ciudad más calurosa de la costa un niño de nombre Leonardo, con apenas dos años de edad era capaz de darse cuenta de todo lo que ocurría a su alrededor; el canto de los pájaros, la fuerte lluvia, el calor bochornoso del mediodía, el ladrido de los perros alarmados y el amor que le daba su madre. Era diciembre, algo era nuevo ocurría en casa; el árbol con luces, las botas de fieltro rojo y las canciones que su mamá escuchaba para alegrar la casa, todo era extraño, sin embargo lo que más sorprendió al pequeño Leonardo fue la noche en que su padre le llevó fuegos artificiales. El padre tomó una veladora de la cocina con una imagen de la virgen y la prendió con un fósforo para iniciar la diversión. Leonardo no sabía que ocurriría con los pequeños huevitos de colores que prendían con la llama de la veladora, pero cuando miró las luces de colores que adornaban la noche gritaba de emoción y sonreía a carcajadas. Era la primera navidad que recordaría, el rostro de la madre se llenaba de gozo y el padre bienaventurado estaba por la felicidad de su hijo.

Esaú Alejandro Hernández López

EL CUMPLEAÑOS QUE PARECE NAVIDAD

Era 22 de diciembre, cumpleaños de la señora Libni, lo celebró en casa de su madre, la señora Miriam, fueron invitados sus hermanos de la festejada y una prima con la que tenía más acercamiento, llegaron los niños de la prima, se cantó el himno oíd fieles todos, el favorito de la festejada y la madre, la señora Miriam preparó un pastel en su horno donde elaboraba pan de lunes a viernes, quebraron una piñata de picos y otra de un muñeco de nieves, cuando terminaron de cenar los niños fueron a quemar cuetes. Entre el humo de los fuegos artificiales y las alegrías de los niños todos reían de felicidad.

—¡Parece que fuera 24! —dijo la hija más grande de la prima, de nombre Frida.

—Por eso me gusta el cumpleaños de mi hermana —dijo el hermano de la festejada.

—Es como una posada navideña —.

—Sí, verdad —contestó Frida.

Fin

Esaú Alejandro Hernández López

LA ISLA SECRETA

Cuando los primeros visitantes venidos del continente atracaron su navíos en la isla, ninguna de sus cartas de navegación los puso sobre aviso de las irregulares costumbres de sus habitantes.

La mayoría eran criaturas redondeadas, de extremidades largas y robustas; los había de color azulado y repletos de motas naranjas, otros eran de un rojo brillante o de color de plata. Dormían boca abajo con sus cuerpos suspendidos de las ramas, como grandes bolas de Navidad y convertían cualquier caja vacía en un nuevo hogar.

Pese a todas estas maravillas no podían hablar así que, en pos de remediar esta realidad, se unían de las manos y brillan cantidad. Muchos quedaban echos un lío, y se enredaban entre sí sin parar. Es por este motivo, que esperaban a la llegada de una festividad para contarse todo cuanto tenían que contar. También cantaban villancicos, se hacían regalos y horneaban pasteles ricos a rabiar.

Así es que, a la vuelta al continente, los capitanes se tomaron unas cuantas libertades y se trajeron a unos cuantos isleños para que los enseñaran a festejar.

Álvaro Calcedo Riveiro

LO LLAMAN NAVIDAD

Fue ese nacimiento invernal en un mísero pesebre de Belén lo que llenó con creces mi necesidad espiritual de adorar a un ser tan humilde como divino. Y como persona, sé que es algo más que una simple cuestión de química o geografía. Por lo tanto, tomarlo como ejemplo, ir de su mano en los momentos de rabiosa alegría o de profundo desánimo, no sólo ha equilibrado mis locas endorfinas, sino que además ha llenado mi absurdo vacío existencial. Y es por eso que rememoro, con pequeñas figuras o un árbol luminoso, su cumpleaños. No sé definirlo de forma precisa, aunque me dicen que las personas que sienten lo mismo que yo sencillamente lo llaman “Navidad”.

Valentín García Valledor

¡UY! ¡HA DESAPARECIDO EL TURRÓN!

¡Por fin había llegado La Navidad! La magia y la alegría reinaban en las casas y los corazones de los habitantes del pueblo en el que vivía

Inés con su familia. Inés era una niña muy despierta, a quien encantaba resolver misterios; por ello, de mayor, quería ser exploradora: para descifrar los enigmas de la naturaleza y del mundo.

Era Nochebuena. En medio del bullicio y los preparativos de la Cena, se oyó un grito agudo proveniente de la cocina. Era su madre.

¡Qué gran decepción se llevó Inés, cuando supo que había desaparecido el turrón!

Entonces, decidida a descifrar el enigma, miró debajo de la mesa, y allí localizó unas huellas que llevaban hasta el garaje.

Y allí estaba su hermano Pablo, aterido de frío y muy asustado, con un extraño bulto a sus pies y el turrón en sus manos.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendida—.

Entonces Pablo, levantando un paño, le confesó que había robado el turrón para dárselo a esa camada de gatitos que había encontrado abandonados en la calle.

Inés, cariñosa, le tranquilizó, y fueron a contárselo a su madre, quien, compasiva, adoptó a los gatitos, y todos juntos vivieron unas felices Navidades.

Alejandra Riesco Velasco

LA PALABRA MÁGICA

—No sabemos cuáles serán las secuelas hasta que le hagamos una tomografía axial computerizada pero, a priori, lamento decirles que las cosas no pintan bien.

Las palabras sonaban en el habitáculo de urgencias claras, nítidas, a pesar del jaleo que se oía en el exterior, tras las cortinas. Por un momento, le pareció estar frente a un tribunal de otra época, escuchando una sentencia fatal e inmisericorde. Sobre la camilla, yacía un cuerpo inconsciente, respirando pesadamente mientras le preparaban para la prueba médica. Miró su rostro, tan jovial, vital, solo hacía menos de una hora. Mientras, el diagnóstico cruel, demoledor, continuaba.

—En un accidente cerebrovascular de este tipo pueden quedar secuelas graves y permanentes—calló un momento y prosiguió—. Esperemos que el daño sea mínimo, es una pena que haya ocurrido además en estas fechas, en Navidad.

—Se recuperará, lo sé—le dijo con firmeza e interrumpiéndole.

Los miembros del equipo médico callaron respetuosamente. Para ellos era normal escuchar este tipo de frases pues la esperanza es lo último que se pierde. Pero lo que no habían visto era esa mirada de energía y fuerza que emergió cuando el paciente abrió los ojos fugazmente al pronunciarse la palabra... Navidad.

Francisco Javier Yuste

LA INCREÍBLE HISTORIA DE UN CHICO TRAVIESO

Toda ciudad tiene un chico travieso y reverso a la felicidad. Pedro era ese chico. A él le gustaba estropear las fiestas con sus diabluras; las navideñas eran sus favoritas. Colocaba polvo irritante en la barba postita de Papá Noel. Desprendía el generador de luz que iluminaba el árbol de natividad en la plaza. Cortaba la manguera que llevaba gas a la panadería que producía las galletas de Navidad y ligaba los grifos de la plaza sólo por el placer de ver el monjol del pesebre arrojando agua a todos los lados. Después se reía de la rabia que provocaba. Los compañeros de escuela, sabiendo que era él el autor de las travesuras, pasaron a llamarlo Pedro Apagón. No le gustó ningún poco del apodo, pero sus padres, avergonzados, decidieron, después de un tiempo, cambiar de ciudad. Entonces, Pedro Apagón salió por el mundo apagando la felicidad colectiva por puro placer individual. Esto sucedió hace muchos y muchos años, pero hasta hoy la historia permanece en la memoria de muchos. Pedro Apagón se volvió sinónimo de irresponsabilidad y travesura. Basta ver un chico travieso en el periodo navideño que todos dicen: “Allí viene Pedro Apagón”.

Carlos Franco

REGALOS

Sofía no había escrito a Papá Noel. No creía posible que pasara porque, según sus mamás, era difícil fabricar regalos cuando no alcanzaba ni para que coman los trabajadores. Por eso, cuando vio que su primo abría el único paquete que estaba debajo del árbol, se entristeció un poco, solo un poco.

Pronto recuperó su sonrisa al ponerse a jugar con los ladrillitos que Nicolás había pedido. Más tarde, mientras iban a la cocina por algo de comer, escuchó voces que provenían del garaje. Una era la de su mamá Silvia, pero no pudo reconocer la otra. Así que esperó hasta que su madre salió.

—¿Con quién hablabas mamá?

—Sola, ya me conocés hija —dijo Silvia riendo.

La pequeña no le creyó y entró al garaje. La puerta que daba a la calle estaba cerrada y no había nadie. De repente escuchó que su primo la llamaba desde el comedor. Debajo del árbol había un sobre que llevaba su nombre. A pesar de todo, había recibido un anotador y una lapicera. Y al dorso del sobre, una nota que decía: “Para que sigas escribiendo lo que deseas y tu plan para hacerlo realidad”.

Milagros del Prado

HUGO EN EL DÍA DE NAVIDAD

Eran las doce del mediodía y las campanas de la iglesia de un pueblo pequeñito, pero muy encantador resonaron en lo alto de la montaña. Hugo un adolescente de 16 años, alegre y fortachón, de ojos vivarachos de color verde aceituna y pelo castaño, fascinado por su pueblo, estaba cogiendo setas para preparar la comida de navidad. ! ¡ah! — exclamó — al oír las campanas, ¡santo cielo! Me he entretenido demasiado.— dijo— Le había dicho a sus abuelos que iba a estar en casa antes de las doce. Comenzó a bajar del monte con mucho cuidado porque el terreno estaba resbaladizo. Por el camino se encontró a un cervatillo que estaba atrapado con la rama de un árbol que había caído, ayudó al animal a que pudiese salir de entre la rama y feliz por haber liberado al cervatillo continuó la senda hasta llegar al pueblo.Sus abuelos preocupados le echaron una reprimenda por llegar tarde, pero el muchacho explicó lo sucedido y entendieron su tardanza. Reunida ya toda la familia en la mesa al calor de la chimenea celebraban la navidad saboreando las deliciosas setas entre risas, alborozo y villancicos.

Sonia Miranda Ferrer

NAVIDAD

Helado desde dentro hacia fuera, blanco y redondo me alzo desde el hielo. Del color del cielo, me derrito con la salida del sol, para vivir una sola noche.

Con una nariz algo puntiaguda y con una bufanda alrededor de mi cuello, observo desde fuera de la ventana de mi dueño el primer día de Navidad.

Los niños se reúnen alrededor de la chimenea, mientras cantan una canción oigo sus voces y la letra que dice:

<Si tus labios tocan la nieve helada,
que en la amalgama de tus recuerdos
hallen la paz que todo alma anhela en Navidad>

Un violín a lo lejos.

Una anciana con un cuento, se sienta al lado del cenicero. Los niños al verla, callan y la rodean con una cálida sonrisa.

Y así es como empieza el primer y último cuento de Navidad que oí y conozco.

<Un gorrión pequeño,
del abeto cae al suelo,
con esperanza agita sus alas,
y sorprendido arranca el vuelo,
de lo que será un viaje eterno>

El crepúsculo tiñe el cielo y como el gorrión, con una sonrisa y corazón atento, espero al nuevo día con esperanza y anhelo.

NAVIDAD

Bajo las ramas del árbol es donde suelo colocar los regalos. Uno para la tía Angustias, otro para mi prima Soledad Serrano, otro para la abuela Dolores y para mi suegra Socorro.

Sobre todo para ellos, que han sufrido mucho. Y para el año que viene, me guardo los de mi tía Remedios, que esta navidad no ha podido venir, y los de las primas de la familia de mi madre, Prudencia, Milagros y Piedad, que parece que hoy llegan tarde.

Leyre Moral Orgaz

LA CABALGATA

Se había acostumbrado al dolor, a las agujas, a vomitar a destiempo, incluso a dormir solo en aquella habitación.

Conocía a todas las enfermeras, celadores y doctores de su planta. Conocía por la voz a los niños que estaban en las habitaciones contiguas. Llegó a dibujar sus caras en su mente.

Solía tener buen ánimo con la esperanza de regresar pronto a casa, pero esa mañana la tristeza se acurrucó en su corazón.

Cogió de la mesilla el libro que le regaló su enfermera favorita.

—Lo he desinfectado a conciencia. Trata de un chico que viaja en el tiempo, creo que te gustará —le dijo a través de la mascarilla.

Mirando los dibujos del libro deseó viajar hasta la tarde del cinco de enero del año pasado. Podría advertirse de que no discutiera con su madre; que disfrutase de recoger caramelos con su hermana pequeña; que no era tan mayor como para no ir a la Cabalgata de los Reyes Magos.

Abrazó con fuerza el libro, cerró los ojos para no llorar. Cancelada la de este año sabía que le había robado a su hermana la posibilidad de ir a la última cabalgata antes de que ella descubriera la verdad.

Maria Teresa Olalla Tomey

CÁLIDA FRIALDAD

El hombre se encaramó a la techumbre de su cabaña, auxiliado por el único peldaño que le quedaba a una vieja escalera. La nieve acumulada había resquebrajado, hasta tal punto, la argamasa que unía las tejas que, probablemente, se esbozarían en su reverso algunos carámbanos, pensó. Con las manos ateridas no resultaría fácil la reparación, pero se afanó durante horas hasta que, por fin, descendió satisfecho.

Cuando accedió al interior de la modesta vivienda, constató, con cierta nostalgia, la eficacia de su trabajo y de cómo algunas gotitas se desprendían de las afiladas siluetas, fundiéndose en la charca que cubría totalmente el suelo, cuya existencia evidenciaba la de muchas más figuras de hielo, que, privadas por él de su sustento, se habían derretido. De pronto, impelido por una preciosa corazonada, trató de atrapar al vuelo y retener el mayor tiempo posible entre sus dedos las últimas perlas, con la certeza de recibir su tierna caricia simultáneamente a que doce campanadas impregnaban de esperanza y felicidad cada rinconcito del planeta.

Enrique Álvarez

NAVIDAD

—Es fácil — dijo mientras pasaba sus manos por mi rostro.

Tenía razón, lo era y para ser honesto me asustaba un

poco que lo fuese. Las palabras me ahorcaban y tuve que escribirlas para no olvidarlas. Por un segundo todo tenía sentido. Incluso la navidad y las copas llenas y los llantos de los niños que esperaban sus regalos. Todo parecía encajar. Ella parecía encajar. Eso también me daba algo de miedo. Caminamos con los pies descalzos. Era de noche, pero la luna alumbraba como un sol extraviado entre las estrellas. Nuestros dedos se entrelazaron y por primera vez pude sentir la simpleza de la que me hablaba. La abrasé como si fuese para siempre. Deseando que lo fuera. Es fácil, susurré antes de dormir, pero ella ya no estaba ahí. La Navidad había terminado. Las copas estaban vacías y los niños ya no lloraban porque ahora nada volvería a encajar.

Germán Rodríguez

LA REALIDAD DE LA NAVIDAD

Dentro del perímetro de un mundo en concreto, tienen vida muchos mundos cualquiera y dentro de esos mundos, muchas tradiciones. Me embriaga de placer la casualidad que supone que la fábula navideña, sea dirigida hacia lo mágico, hacia lo celestial. Y que digan las malas lenguas lo que desean, si con su sobredosis de escepticismo se conforman y retroalimentan de tal manera que no vuelven a opinar. Las navidades son para vivirlas en familia, con amigos y vecinos, o con quien más se desea. Son para vivirlas con los más pequeños, viviendo cada momento como el más especial, y como no, dedicando ilusión desmedida a decorar con árboles, luces o coloridas guirnaldas nuestras vidas. No es necesario sonreír en permanencia por que sea Navidad, ni tan siquiera derrochar el dinero en excesos. Hay que disfrutar estos días con sinceridad. Esta fiesta es tan personal y comunitaria a la vez, que no hay que dejar pasar sentimientos que vayan ligados al amor verdadero y la generosidad desinteresada. Navidad es ilusión, es alegría al son de villancicos de toda la vida. Disfrutar de la Navidad a cualquier edad, no es delito, ni traición a unos principios y valores. Es solo tu realidad.

David Acereda Pérez

PAPÁ NOEL

Después de pensarlo un rato, Angie se bajó de la hamaca con dificultad y se acercó a Rosy que continuaba yendo y viniendo por el aire. Parecía dubitativa, hasta que se animó. Yo sé quién es Papá Noel, dijo. No es cierto, contestó la otra niña, porque mi mamá dice que nadie sabe.

Yo lo he descubierto, insistió Angie. Rosy no quiso seguirle el juego a su amiga, supuesta poseedora de secretos, y continuó hamacándose. Era la tarde del 24, y Angie estaba feliz. Su mamá le había despertado más temprano que de costumbre; le pidió que le ayude a preparar el almuerzo y que recogiera la mesa. Pero ahora el descreimiento de su amiga parecía arruinarle el festejo de Navidad.

Un rato después, mientras comían almendras en el escalón de la puerta de la cocina, Angie insistió. Pero no voy a decirte quién es, dijo, viendo que su madre la miraba por la ventana con una sonrisa amplia. Rosy lanzó un gesto de disgusto. Al ver el enojo de su amiga, le hizo prometer que no contaría el secreto.

¡Es mi papá!

¿Y cómo sabes? Preguntó Rosy.

Esta mañana, dijo, lo vi en el baño probándose la barba blanca.

Jose Luis Gambande

NOCHEBUENA

Mañana es Nochebuena.

Voy a contarles mis circunstancias personales. No cumpliré más los cuarenta, parado, ¿trabajo?, ¿qué es eso? Mi mujer me dejó por neurótico, se fue con un amigo mutuo. Me dejó a los niños, “para que espabile”. Loli, cinco añitos, Luisito tres.

Espabilé, ellos no entienden de crisis, comen como limas. Mi subsidio, cuatrocientos treinta y cinco euros, el día diez; ellos esperan a “Papá Noel”.

Mis niños comen a diario, de milagro, pero comen. Yo sigo el régimen, “por esa crisis inexistente”.

Los “enanos” esperan regalos, aunque no tengo ni idea cómo comprarlos. Llevo así desde que el subsidio decidió terminarse.

Sonó el timbre..., era mi exmujer, con recientes lágrimas en sus ojos. Había roto con el “amigo” y vivía con sus padres. Encontró trabajo y conoce de sobra mi situación. Me da un sobre, de un vistazo compruebo que contiene doscientos euros, para “Papá Noel”, me dice.

—¿Tú que harás?

—Pasaré la Nochebuena con mis padres.

—Loli, Luisito, venid. Mamá ha venido a pasar la Nochebuena con vosotros.

Corriendo se echaron en brazos de mamá. Mi mujer iba a decir algo, le tapé la boca con los dedos y le dije...,”pasa, mañana es Nochebuena”.

Francisco Juan Barata Bausach

EL GRAN PACTO

Hubo un tiempo en que se celebraba la Navidad todos los días del año.

Había un Ser Mágico, llamado Papá Noel, que junto a su ejército de elfos, se las apañaba para dejar objetos de todo tipo en cada hogar. A cada persona. Todos los días del año.

Dotado del poder de “entregar todos los dones disponibles” se desvivía en su vocación, día tras día.

Sin embargo, la Magia y el Amor con el que Papá Noel impregnaba sus dones, empezaron a pasar desapercibidos a los humanos.

La ilusión se vio anulada por exigencia.

La emoción desapareció en la costumbre.

La gratitud sustituida por apatía.

Papá Noel realizó que su poder y generosidad, había llevado la humanidad entera a dar por hecho los regalos a diario.

Y entonces todo cambió.

Tras mucho meditar, Papá Noel dejó de correr a todas partes, afanándose en agradar y complacer a todos. Se retiró en el Polo Norte e hizo un Gran Pacto con la Naturaleza.

Juntos, desatan su poder a diario, creando magia: amaneceres, rocío, arcoíris, flores...

Ahora, solo los que vibran en la ilusión, en la emoción y en la gratitud son capaces de recibir los verdaderos regalos.

Valerie Lobie

NOCHEBUENA

Cuando llego no se extrañan de verme ni me hacen preguntas, solo se aprietan para hacerme un sitio.

—A Lucy le salen las patatas como a nadie —dice uno a modo de bienvenida.

—Otra vez patatas —protesta otro.

Los demás hacen como que no le han oído y simulan comer de sus platos vacíos.

—Por la Navidad.

—Por la Navidad —coreamos todos al unísono levantando nuestras manos y chocándolas en el aire.

Después cada uno coge sus cartones y busca una esquina. Yo me quedo sentado en el suelo, sin saber bien dónde ir. Hasta que Lucy me llama.

—Aquí cabes —dice, y señala un hueco a su lado mientras disimula un bostezo.

Nos arropamos con las noticias de internacional. Antes de dormirme pienso por un instante que en el portal de Belén ni siquiera tendrían periódicos. Pobres.

Margarita del Brezo

NIEVE

El sol era pleno en el parque.

Una niña regordeta agarrada de la mano de su madre, vio un charco de barro y nieve, cerca al columpio.

Con el alma en la mano, ella se percató quela zanahoria de la nariz del muñeco se resbalaba.

La boca de melón ya no sonreía, por estar invertida.

Los brazos hechos de gajo, se caían los gajos que colgaban a manera de brazos, se caían.

—¡ oh no ! — exclamó la niña, triste al ver la esencia gélida del muñeco derretirse en charcos de agua sin forma.

Los ojos de la niña se llenaron de lágrimas al tocar pedazos de hielo deshacerse.

—¡ ya sé! Voy a volver a armarte ! – lo dijomirando al centro de sus ojos de chispas de chocolate irradiando amor, volviendo el charco en hielomoldeado por la dulzura del corazón de la niña.

Con la boca hecha de un gajo de árbol, el muñeco sonrió, agarrándose de la mano tibia de la niña extasiada de felicidad, girando y girando, hasta que el tiempo se hizo infinito y el espacio interminable.

Sandra Claros

REGALO

—¿Nació? – pregunté, estremeciendo mi corazón de puro gozo.

—Me gustaría darle algunos obsequios al bebé –Papá Noel dijo, mirando las estantes del depósito de juguetes

—es que están haciendo inventario, no puedo sacar nada de ahí. Tendré que comprarle algo de una tienda, pero no tengo dinero.

Entró a una tienda, y le dijeron que el trabajo era hasta las doce de la noche.

—¡era lo que necesitaba! – pensó el abuelito, feliz.

—con media hora de intervalo

El viejito miró la cola de niños que esperaban entregarle una cartita con sus listas de juguete.

—media hora debe ser suficiente, escogiendo algún juguete con la mirada.

—Esta estrella. Mejor le voy a dar otra cosa.

Y después del trabajo, entró a una panadería.

Compró panecillos y leche.

Puso la feria del día en un sobre.

En trineo, cruzó el mundo para llegar al establo.

Entregandotodo a la madre del niño, Papá Noel sostuvo al niño y lo besó en la frente, llamándolo Jesús.

CUENTO DE NAVIDAD

Hola me llamo Rita y os voy a contar un poco de mi historia.

La mayor parte del año la paso en casa con mi papa, mi mama y mi hermana Celina, ah y que no se me olvide mi gata Isis. Ellos son mi pequeña familia, soy feliz con ellos, pero siempre extraño estar con mis tías y mis abuelos. Ellos viven lejos y solo vienen a casa por Navidad, ese es el momento más feliz de mi vida porque al fin puedo tener a mi familia reunida.

La navidad llega a mi casa cada vez que llegan mis tías a casa con maletas grandes y llenas de regalos para mi y mi hermana. Mi familia solo se reúne una vez al año, y esto ocurre en Navidad o como yo digo; la magia de la navidad las hace volver a casa. Nos encanta reunirnos todos y adornar el árbol de navidad con muchas luces y bolas de colores. En la noche de noche buena todos nos vestimos muy guapos y preparamos nuestra cena, todos colaboramos en la preparación de la mesa. Cuando terminamos de comer esperamos a que sean las doce para poder abrir los regalos y ver que nos ha traído papa Noel, y también recibimos unos calcetines llenos de dulces.

¿Que cuál es mi deseo para la próxima navidad? Poder volver a tener a mi familia reunida otra vez.

Rita Janaky Nogales Carvajal

DIEGO CAMINA EN DIRECCIÓN CONTRARIA

No llores más, cabroncete, piensa Papá Noel mientras mira al niño que tiene en el regazo. Cambia repetidamente de postura buscando la posición que permita a la madre hacer la fotografía por la que ha pagado.

No llores, Diego, dice Papá Noel repitiendo el nombre por el que la atribulada mamá se dirige a su chaval. Papá Noel piensa que no hay comparación posible. Cierto es que el crío se llama como su nieto, pero a la vista está que es mucho más feo.

La señora se cansa de intentarlo y, con buen criterio, se marcha con su chiquitín. Papá Noel se levanta. Ha terminado su turno. Recorre los pasillos del centro comercial hasta su vestuario. Se quita la barba, las gafas truchas y el traje rojo. Enciende un cigarro, saca el teléfono y pulsa play para volver a ver el vídeo que anoche le envío su hija. Papá Noel no se cansa de verlo. Diego lo está haciendo. Diego camina. Diego camina en dirección contraria a los diagnósticos. Diego ya ha subido el primer peldaño.

Juan Vilaplana López

GUÁRDAME EL SECRETO

¿Sabes? en la noche de aquel cinco de enero, Melchor era el concejal de urbanismo de mi ciudad. Hoy se irá a dormir pronto en el centro penitenciario en que reside desde que le cayeron ocho años de condena por prevaricación y falsedad en documento público.

Gaspar era el jefe de la policía municipal. Lo fue hasta una mañana en la que, antes de que pudieran echarle el guante por blanqueo de capitales, despistó a la guardia civil en el aeropuerto y tomó un avión hacia vete tú a saber qué paraíso fiscal del que todavía no ha regresado.

Baltasar era el presidente de la patronal en la provincia. La cabalgata le costó una dermatitis por el betún que se echó en la cara. Al día siguiente, se dejó barba y aún no se había afeitado el domingo en que dos sicarios de un padrino bielorruso le descerrajaron tres disparos por pasarse de listo.

¿Sabes? En la noche de aquel cinco de enero, yo era el niño que miraba fascinado las carrozas de los reyes magos. Esta noche, hija, al verte dejar bajo del árbol los zapatos, uno (guárdame el secreto) sigue creyendo en la Navidad.

Juan Vilaplana López

PETRIFICADA

Allí estaba yo, inmóvil, en el filo de la cama de una habitación de ese reputado hospital. Algo inesperado había sucedido, algo que me llevó a esa situación. No podía creer lo que me estaba pasando, pero allí estaba sin saber cómo reaccionar.

Me gustaría haber dicho algo, pero no lograba articular ni una sola palabra. Mi cuerpo tampoco respondía; no era capaz de realizar el más mínimo movimiento. Estaba completamente petrificada.

Descubrí que una lágrima recorría mi mejilla. ¡Yo que me creía tan fuerte!

Pero... ¿qué había hecho yo para merecer algo así?

A fin de cuentas, solo soy una enfermera entregada a mi labor profesional, con el único deseo de cumplir con mi trabajo, ayudando a los demás, con respeto y humanidad.

No me explicaba como esa paciente, con esos daños neurológicos, lo había logrado. Cómo consiguió abrir el cajón, sacar papel y lápiz, y esbozar un sencillo árbol de Navidad acompañado de: “Felices Fiestas. Gracias por cuidarme.”

Cuando pude reaccionar de tan conmovedora y emotiva sorpresa, corrí a abrazarla con ternura y a demostrarle mi agradecimiento.

Ahora me pregunto muchas cosas, pero ya sé que el espíritu de la Navidad, con voluntad y amor, logra cosas increíbles.

Juan José Jurado Soto

EL NIÑO JESÚS Y LA NAVIDAD

Había una vez una joven María que no estaba casada, pero lo iba a estar muy pronto con un carpintero llamado José. Una noche cuando María estaba durmiendo apareció un ángel. Le había contado que pronto tendrá un hijo llamado Jesús. Será un salvador, será como el hijo de Dios.

Y a la mañana siguiente el emperador dijo que tenían que comprar todas las casas. Y María y José tuvieron que ir al pueblo llamado Belén. El viaje era durante muchos días, y el día que llegaron, José buscó casas por todas partes, pero todas las casas estaban llenas, pero por suerte, al menos encontraron un establo. Y una noche nació el dulce hijo Jesús. Todos se enteraron de la gran noticia y fueron a verle.

Y colorín colorado este cuento se ha acabado.

Carles Diranzo Pelacho (6 años)

LA CABRETA MARIETA

En aquellos años, era la mejor forma de tener leche fresca para la pequeña de la casa.

Y así es como un buen día, la cabreta Marieta vino a esta familia.

Sí, estamos en Cedramán, y ya conocéis al burrito Pito, y a la niña Lourdes.

Es fácil ver cada atardecer, a la cabreta y la niña regresar a casa entre carreras, risas, y algún revolcón. La jornada en el campo ha terminado, y hasta el burrito rebuzna divertido.

Se acerca la Navidad, y comienzan los preparativos para engalanar el pueblo con los medios que hay. No faltará en la plaza, un gran pino de la montaña, y un Belén, que en este 1950, será de figuras enormes.

Hoy día 24, amanece frío pero soleado. La cabreta ha ido a despertar a la niña. Es Nochebuena y no se trabaja, así que irán a ver el Belén antes de su inauguración. Es precioso, casi de tamaño real, con la Vírgen, San José, el niño Jesús en la cuna, y dos animalitos a los lados, sobre paja y alfalfa fresca. Trigo, hierbabuena, frutos secos, y un perol al fuego con olla de patatas y cardos.

La niña está encantada, este año sí que lo ve bien. La cabreta no para de brincar y correr entre las piernas de la gente que lo prepara. Está inquieta, se nota que tiene hambre, y ha empezado a olisquear la hierba de decoración del Belén.

Todo listo. Las gentes marchan a sus casas a descansar para la inauguración a la noche. Incluída la niña, pero no la cabreta, que en un descuido se vuelve al Belén, y empieza a comerse la alfalfa, los frutos secos, y a meter el hocico en la olla. Y no solo eso, si no que al calor del fuego, acaba quedándose dormida junto al niño Jesús.

Ha anochecido, y la niña echa en falta la cabreta. Corre a buscarla y al verla allí dormida, pero con el Belén destrozado, le invade una mezcla de ternura y pánico. Queda una hora para que todo el pueblo se congregue a la celebración. ¡Hay que pensar rápido!

En cuanto aparece el cura, la niña le cuenta su idea. No se ha hecho antes, pero saldrá bien.

¡El primer Belén viviente de la provincia!

Con pastorcillos reales del pueblo, un herrero en vez de un carpintero, la dueña de la taberna como Virgen María, y el burrito Pito y la cabreta Marieta haciendo los honores al niño Jesús.

No, no os diré quien hizo de niño Jesús. Quizá en el próximo cuento.

¡FELICES FIESTAS!

Lourdes Ibáñez

LA ESTRELLA ENANA

Cada noche se asomaba al firmamento, irradiando luz, más y más, según crecía su sonrisa... Era un momento mágico junto a todas sus hermanas...Algunas eran más serias y organizadas, y formaban conjuntos de formas geométricas, las constelaciones; y otras eran más díscolas, quedando el descubrir de un sinfín de formas animadas e inanimadas a la imaginación de aquellos que desde la tierra observaban.

Desde lo alto sentía que hacía felices a los hombres; percibía cómo sonreían cuando levantaban sus ojos al cielo estrellado. Algunos organizaban acampadas, citas románticas, reuniones con telescopios, y todos con el mismo deseo: disfrutar de aquella belleza. Había estrellas enanas, gigantes, supergigantes...todas eran importantes, vivían en armonía. ¡Qué suerte ser una estrella! No le importaba ser una estrella enana, no buscaba premios ni reverencias, sólo brillar, regalar alegría...Un escalofrío recorrió su pequeño núcleo, ¡¿qué sucedía?! Comenzó a sentir frío, más y más, se estaba apagando... Un polvo gris la envolvía, tenues parpadeos...

Era media noche, cuando una estrella especial recorrería el cielo dando luz y calor. Rozó la estrellita y ésta explosionó brillando como nunca. Estaba exultante, feliz y agradecida a la Estrella de Belén que pasó por su vida.

Isabel Pelacho López

NAVIDAD DIFERENTE

Aquella Navidad iba a ser tan diferente, el covid-19 no nos dejaba, al contrario, iba en aumento. Todos estábamos asustados y tristes porque no nos dejaba reunirnos con toda la familia y amigos para que no hubiese más contagios.

Los niños no podían ver a los Reyes Magos, pero no por eso dejaron de pedirles algo. Se pusieron todos de acuerdos y les pidieron a los Reyes Magos que trajeran el remedio para la pandemia.

Los carteros reales llevaron las cartas de los niños a los Reyes Magos, que vinieron cargados de vacunas para combatir el coronavirus.

“ya vienen los Reyes Magos desde el portal de Belén

olé, olé y Holanda olé, y Holanda no se ve, no se ve, no se ve

argaditos de vacunas, cargaditos de vacunas para el virus detener

olé, olé y Holanda olé, y Holanda ya se ve, ya se ve, ya se ve”

Así cantaron los niños llenos de Esperanza.

Carmen Gómez Pedreño

LOS SUSTITUTOS

(Navidad 2020. Distinta, difícil...)

A y B son mellizos: 7 años. Creativos, inteligentes, alegres.

La madre poniendo el belén.

Los niños de acercan

—Este año no podremos cantar villancicos ni estar con los primos en Nochebuena

—Dicen que sólo seis personas y somos veinticuatro

—¿Cómo podríamos juntarnos?

—¡Oye! ¡en el belén!

—¿En el belén?

—Si. Quitamos las figuras y nos ponemos nosotros

—¿Nosotros?

—¡En fotos!

—Si. ¡A buscarlas!

—Quitamos los Reyes y ponemos los tres primos mayores

—Sus fotos son grandes

—Las recortamos y así no se ven esas botas

—Los pajes, las tres pequeñas

—Ésta de papá y mamá en la playa

—Quita la mula y pon a la abuela

—¡Se va a enfadar!

—Es un buen sitio, junto al Niño Jesús, dándole calor

—Cambia el buey por el tío H, en esa foto de paracaidista

Siguen trabajando. Todas las figuras sustituidas.

Las tías R y T, vestidas de falleras, lavan en el río.

El tío V sustituyendo al ángel toca la trompeta, vestido de explorador.

Otros familiares que antes fueron corderos, con interesantes atuendos...

El belén irreconocible, surrealista, entrañable...

A y B radiantes.

—Viene mamá...

—A ver qué dice...

Mamá no dice nada. Dos lágrimas y una emocionada sonrisa, lo dicen todo.

Mila López Macarulla

EL PROVEEDOR DE IGUALDAD

Javier tiene un puesto en un mercado de navidad donde vende “Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres”. Javier es un artesano de la “Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres”. Los vende a todo tipo de personas. La conciliación de la vida personal y familiar es muy solicitada, el reparto equitativo de las responsabilidades domésticas y familiares lo compran maridos que quieren implicarse en eso de la igualdad y madres que tuvieron un pasado confuso, fruto de una educación machista. Incluso vende sus productos a mujeres cuyas parejas no saben qué significa compartir las tareas del hogar y el cuidado de los niños y quieren ofrecerle a sus maridos este hermoso regalo navideño. La “Igualdad de Oportunidades”, la vende en cajas cerradas de color verde, como la esperanza. Tiene clientes por todo el mundo, y ahora intenta introducir su producto en los países árabes y en todas aquellas regiones donde a la mujer se la ha tenido discriminada por razones culturales o religiosas desde tiempos ancestrales. Javier sabe que este proyecto es muy ambicioso y que los resultados se empezarán a notar a largo plazo, pero es optimista, sobre todo ahora, que es navidad.

Javier León

FELIZ NAVIDAD

Llamarse Navidad es todo un reto.

De pequeña te resulta divertido, en la adolescencia te hubiera encantado asesinar a tus padres y en la madurez sólo te quedan dos opciones: tragarte los infinitos comentarios de “los otros” o ir al Juzgado a ponerle solución. Yo opté por lo segundo.

Como si de una broma pesada se tratara, el Registro Civil me citó para realizar dicho trámite a las diez de la mañana un veinticuatro de diciembre.

Llegué pronto, nerviosa, cambiarse un nombre tan llamativo crea tensión y mucho más un día tan navideño.

No iba sola, me acompañaban mis miles de dudas y un folio repleto de buenas opciones, aunque admito que, un tanto impersonales.

Llegó mi turno. Ella me sonrió y se acercó a mi medio susurrando

—Mañana me jubilaré—

—Aún recuerdo mi primer día. “Navidad” fue el primer nombre que inscribí en el Registro. Treinta años de servicio y nunca nadie lo repitió, no hay mañana que no lo recuerde. Sin duda, ella fue mi pequeño talismán—

¿En qué puedo ayudarte jovencita?

Pues... ¿Podría tirarme esto a la papelera? Tan sólo quería desearle una ¡Feliz Jubilación!

Volvió a sonreírme, cerró sus ojos y me dijo ¡Feliz Navidad!.

Marta López Estríngana

CÁLIDA NAVIDAD

Nicholas admiraba el imponente árbol de navidad que había decorado con esmero, cada luz había sido probada, las guirnaldas y los arreglos colocados en su exacto lugar, y sobre el árbol, una estrella dorada alumbrando la estancia y los ojos de su creador.

Afuera, la nieve había cubierto todo, pero en el interior de la cabaña, la leña llameante en la chimenea mantenía el ambiente cálido.

Tocó por última vez la estrella con admiración, pero sus dedos la mancharon de sangre. Malhumorado pasó la manga de su suéter tejido por la superficie de la misma, deseando borrar la prueba de su desenfreno.

Todo era culpa de su bulliciosa esposa. Recordó su reciente discusión, suspiró y decidió ignorar la beta carmesí en el arreglo navideño mientras escuchaba villancicos. Si tan solo ella no hubiera sido tan terca o intransigente, podrían estar ahora disfrutando del hermoso árbol de navidad, sentados frente a la chimenea y abriendo los regalos que con cariño había arreglado en al pie del árbol.

Pero ya no podía, ella estaba dormida y ya no despertaría...

Ya no la volvería a escuchar blasfemando que no existía Santa Claus.

Janeth Cedeño Velásquez

LUNA DORADA

Las navidades siempre habían sido especiales, hasta que descubrí que lo que más anhelaba no era un regalo, sino su compañía. Nacimos al mismo tiempo, de un mismo vientre y con corazones que latían al unísono. Teníamos nombres diferentes, pero la realidad es que éramos dos partes de una misma entidad.

Hasta ese día en que decidió ser más rudo, más descuidado... y la realidad le arrolló sin remordimiento.

Solo su ausencia permaneció a mi lado.

Compartíamos una luna llena dorada, cada uno tenía una mitad, pero, la noche en que me dejó, su mitad desapareció. Y ahora, que la nieve caía sobre el tejado, y las luces centelleaban por todos lados. Supe que lo único que quería para navidad, era apretar su mano.

Las doce campanadas sonaron, cerré los ojos y deseé tenerlo a mi lado, pero luego de abrirlos, la nieve siguió cayendo y mi deseo fue ignorado.

Me levanté del sillón en el que me lamentaba y con el movimiento, un objeto cayó de mis piernas, lo observé y caí de rodillas llorando por el mejor regalo de navidad de la vida.

A mis pies se encontraba la otra mitad de mi luna dorada.

Janeth Cedeño Velásquez

REGALOS NAVIDEÑOS

Lo cierto, es que solo por ser pariente fue a pasar navidad a lo de su hermana, la cual vivía con su esposo y sus hijos, la casa estaba hermosamente decorada, esa noche comieron las comidas más exquisitas de la ciudad, ya que su yerno era un gran cocinero, y luego todos cantaron y bailaron, bueno, todos menos él, el cual había subestimado todo lo anterior...

—Hermano, te he visto muy apagado ¿Por qué no quieres cantar, si lo haces de maravilla? — consultó la hermana

—No quiero, a fin de cuentas, últimamente se intercambian regalos entre todos menos conmigo— contestó él.

—¡De haberlo dicho antes! Tu no nos has dicho de intercambiar obsequios, además no te ofrecemos que lo hagas, ya que hace tiempo dijiste, mientras mirábamos las compras navideñas en la televisión, “Que tontería más grande gastar tanto dinero en un regalo”, quizás la falta de ellos en los últimos diez años te ha hecho reconsiderarlo “A veces uno no valora lo que tiene hasta que lo pierde”— le explicó ella.

—Tienes razón, me había olvidado, he sido un completo inútil, perdóname, desde ahora valoraré más las cosas— dijo su hermano y ambos se abrazaron.

Marco Antonio Sánchez Warnier

SIN VUELTA ATRÁS

Va el niño a medias del camino que lleva a Santa María Del Oro; va por la brecha creada a fuerzas de insistencia; allá va y no deja de irse... hasta perderse entre las ramas que pueblan el horizonte abarrotado.

¿Se dio cuenta de que arrastraba un costal de pálida confección? Es por esto que en la tierra, en vez de huellas alternadas, ha dejado un tallón único e interminable. ¿Se dio cuenta de que el saco pesaba lo mismo que el niño mismo? Es por esto que parecía que se le iban a salir los ojos de tanto esfuerzo.

¿Y que iba más enojado que todas las iras juntas? Tal cual, muy molesto, a rabiar, mientras se le salían los ojos y dejaba el alma en cada paso enorme. Y pues ya, ha dejado atrás la Navidad y arrastra los regalos de años para dejarlos en el olvido eterno de la hondísima laguna. «¡... porque lo único que le has traído a mi madre es este crío llorón que soy y nunca mejor cosa ni de bien!».

Eso ha dicho, bien sea un desacierto, pues es buen niño y de ello doy un kilo y medio de fe.

Sergio A. Cervantes Díaz

UNA OVACIÓN INTERMINABLE

Multitud de felicitaciones navideñas de sus antiguos alumnos, un año más, conformaban las teselas del mosaico de su vida; el cuento real de cada Navidad.

Hacía ya mucho tiempo que la confirmación del terrible diagnóstico modificó su vida. Palabra impronunciable que, en un principio, le dolía. Lo guardó como un secreto.

Aquel día se levantó emocionado, sus alumnos representaban en el Festival de Navidad «Cuento de las emociones»; un musical que él había escrito y preparado, con espectaculares coreografías y magníficos efectos especiales. Estaba muy nervioso, la rigidez de su cuerpo y el temblor de la pierna eran más evidentes que nunca. Solamente deseaba dirigirlo sin problemas, sin que nadie lo descubriera.

Una representación magistral del alumnado superó con creces las expectativas. Solicitaron su presencia en el escenario. Sus piernas se bloquearon, no podía moverse. Al percatarse de ello, sus alumnos bajaron y le abrazaron. «No te preocupes, no dejaremos que el Párkinson te aparte de nosotros», le dijeron. Se quedó más paralizado aún, no sabía que decir. ¡Conocían su secreto!

Una ovación interminable fue el mejor regalo de aquella Navidad; sería la última en el colegio.

Desde aquel año, infinidad de felicitaciones navideñas llenan su casa de amor.

Gloria Isabel Pedrazuela Frías

OTRA NAVIDAD JUNTOS

“Sos una pijotera” murmuró Mabel mientras contaba las anchoas del vitel toné con el dedito, como cuando el sodero cuenta los sifones vacíos del cajón. Sus palabras venenosas cruzaron la mesa navideña como grito de guerra de William Wallace en “Corazón Valiente” y llegaron a los oídos de Susana, a quien siempre llamó “La mujer de su hermano” en lugar de su cuñada.

El primer golpe de Mabel liberaba a Susana de la culpa de arruinar un año que ya era un desastre, y con la tranquilidad de tener cartas ganadoras respondió: “No sabes cocinar un huevo duro pero criticás mi Vitel Tone, cariño!?”. Esa respuesta tenia de todo menos cariño.

Mientras sus respectivos esposos seguían charlando sobre fútbol, ellas se trenzaban como chinchulines, coreografía que terminaría abruptamente con la cabeza de Mabel dentro de la olla de clericó

Cuando la violencia de dos puso en riesgo la canilla libre de todos, los gritos despertaron al tío Ñato quien medio borracho y confundido pensando que ya eran las doce, sacó el revolver y empezó a los tiros.

La noche terminaría sin regalos pero juntos, con foto blanco/negro cortesía de la comisaria del barrio.

Carlos Maltagliatti

FELIZ NAVIDAD

Llueve. Hubiera esperado cualquier cosa de este día, menos que lloviera. Eso lo hace todo más dramático. Quisiera huir, olvidarme de todo y volver cuando todo haya pasado, pero no puedo siquiera aprender a aceptar mi soledad sino que tengo que sumergirme entre todos ellos, para sentirme más sola todavía.

A través de los cristales salpicados puedo ver a las personas agitadas en su frenético andar, cargando paquetes y bolsas de colores mientras sus rostros no parecen reflejar felicidad. Puedo sentir que ellos están, por alguna razón, tan apesadumbrados como yo.

Me alejo de la ventana; el ver la tristeza de los demás no hace que yo pueda olvidar la mía.

Me busco en el espejo tratando de adivinar cómo era mi rostro antes de perderte. Recuerdo que había brillo en mis ojos y un racimo de besos palpitaba entre mis labios. Pero, tanto el brillo de mis ojos como los besos dulces se fueron contigo. Y yo quedé sola, esperando por un regreso imposible, recordando esa vida sencilla y tranquila que habitaba en tus brazos al compás de tu alborotado corazón.

Ya vienen por mí. Me envuelvo en una calma fingida y preparo mi brindis. Feliz Navidad!

Rosa Serena

¡ABAJO SANTA!

Santa regordete
¿Dónde está el reno número diecisiete?
Mire allá a ese zoquete
Gastándose el fuego y nuestros cohetes
No podremos cruzar el cielo
Los regalos tampoco están hechos
Mire a los duendes maltrechos
Casi no les importa estar derechos
¿Qué vamos a hacer, Señor Rojo?
Si el combustible cuesta de la cara un ojo
Ya no aguanto de los elfos su enojo
Y de los osos la orden desalojo
Nos tocará vender los regalos
Quemar uno a uno los palos
Mientras transitamos este intervalo
Y soportar que nos digan que Santa en un viejo regordete y malo

Fred Trespalacios

SEMPITERNO

Para cuando leas esto, quizás la enfermedad ya habrá cumplido su función. Lamento hacerte conocer este destino, pero te suplico con toda sensatez que no desfallezcas. Hoy ya me encuentro en un sitio donde no volveré a sufrir la pesadumbre de mi existencia. Me contenta saber que estuve con las personas que me amaron en el momento más intrínseco. Siempre aguardé con miedo la resignación, pero si supieras, que no tenía posibilidad alguna de rechazar esta idea. Todavía tengo un nudo en la garganta. ¿Dolerá? ¿Qué habrá más allá de toda esta tiniebla? Es incierto. Solo te queda recordar los momentos más efímeros y sublimes. Espero abarcar siempre el espacio más grande de tu corazón. Feliz Navidad. Tu amada Kate.

Fred Trespalacios

YA ESTÁ EN LA CIUDAD

La Navidad ya había llegado, Maria una niña de cinco años se encontraba emocionada, hoy había llegado por fin Santa Claus a la ciudad, después de varios meses de espera, solo tendría que hacer una cola algo larga bajo el sol, a una temperatura considerable, pero no importaba, al fin lo podría conocer en persona. Mirando a su alrededor sólo vio las sonrisas de cientos de niños que al igual que ella esperaban su turno, para poder ver a ese santa con la barba blanca, bonacho vestido de rojo, que montaba su trineo tirado por renos.

Cuando al fin llegó su turno y pudo acercarse a él, se llevo una decepcion, frente a ella se encontraba un hombre con una clara barba falsa y un traje rojo desgastado con múltiples manchas de sudor que decoraban el atuendo, junto a un olor nauseabundo y las gotas que caían en el rostro del pobre hombre. Confundida le preguntó a su madre cuando vendría el verdadero, pero esta no supo qué responderle, desconcertada se negó a subir a su regazo.

Le habían mentido, Santa no había ido a la ciudad.

Roxana J Puig Arce

QUERIDOS REYES MAGOS

Este año solo quiero pediros una cosa: una MAMÁ nueva.

No sé cómo traéis a las mamás, porque cuando yo nací la mía ya estaba, pero nosotros necesitamos una. Es para recambiar a nuestra mamá de verdad, que cada día llega a casa más cansada y entonces no quiere estar con nosotros porque dice que puede enfermarnos. Pero creo que no lo hace por eso sino para que no la veamos llorar, que la he oído contarle a papá que se portan mal con ella en el trabajo. Y también llora porque la regañan algunos vecinos, como vimos ese día que papá nos sacó a Paulita y a mí al parque.

Si nos traéis una mamá nueva podemos mandarla a ella a trabajar y que la nuestra de verdad se quede en casa y sea feliz como antes, o bueno, un poco menos porque ahora está Paulita. Solo dejaremos salir a mamá si vuelven a aplaudirla por las tardes porque papá dijo que eso sí le gustaba mucho y que si lloraba era de felicidad, que debe ser algo que solo saben hacer las mamás porque a mí no me sale, y a Paulita tampoco.

Muchas gracias,

Edu.

Ángel Villanueva

LA FÁBRICA DE PAPEL.

El niño se levanta repentinamente, pareciera que ha tenido un sueño intranquilo, su aliento está agitado, su cuerpo se sofoca de nostalgia, y su corazón se entristece por tal verdad. El niño tiembla de los nervios, quiere suponer sus preguntas, quiere respuestas de lo irreal. El niño mira hacia a los alrededores de su cuarto, quiere encontrar ese sentimiento perdido en la soledad, quiere encontrar esa sonrisa, quiere encontrar ese beso matinal que ha ido secando en la terquedad de los años, pero él sabe que lo soñado fue sólo fantasía, nada más que la cruel tortura que el mundo de los sueños suele ofrecer a los que desean realidad.

Es navidad, la fecha y el frío así lo indican, el niño derrama sus acostumbradas lágrimas, extraña a una parte de su alma. Pero inmediatamente escucha ruido allá afuera de su cuarto, son voces cálidas y parecen invitarlo a un encuentro inquebrantable, él sale con su cotidiano optimismo, la puerta se abre y el niño queda boquiabierto, él apenas puede hablar, sabe que es el mejor regalo posible. Pues es su padre que ha vuelto después de cinco años en la guerra.

Carlos Francisco Gálvez Pérez.

LA LUZ DE NAVIDAD

Vedré escuchaba el tintineo de las campanas desde lo alto del balcón. Sabía que la navidad había llegado. Aunque nunca una sola luz colorida hubo contemplado, el frío temporal de nieve traía puñados; la abuela encendía la radio, escuchaban las historias sobre Santa Claus mientras en el sofá estaban sentados, en aquel momento la oscuridad se disipaba, y en el ambiente narrado, el buen niño disfrutaba jugar con todo tipo de seres mágicos en las tierras del Polo Norte.

Samuel Simanca

¿QUÉ ME HAS TRAÍDO, SANTA?

En un pequeño trineo un anciano regordete viaja, llevando a los niños regalos a montones, algunas veces deja enormes sillones, otras, juguetes a montones. En una sola noche anda por América, Europa, África, Oceanía, Antártida y Asia, con sus cinco fieles compañeros, de quien solo sé uno el nombre: Renato.

Muchos niños le piden que les traiga, celulares, zapatos, ropa, y carababas para entretenerse un rato, sin embargo, yo le he pedido que les regale pasteles de chocolate, a los niños que hoy nada han comido.

Samuel Simanca

PELIGRO, NO PASE

El padre vendió la vieja guitarra y dos gallos de pelea, para completar el dinero faltante para comprar una bicicleta aquel veinticuatro de diciembre, Ese día el niño durmió con ella en la cama, arropada para que no le diera frio.

Bajo el sol ardiente, Tom pedaleaba torpemente aunque feliz, por la calle sin pavimentar. Había un poste de cemento tendido en el suelo, abandonado hace días por los operarios de la electrificadora, junto al hoyo donde debieron enterrarlo. Una veloz camioneta, irrumpió la tranquilidad del aquel mediodía.

—¡Oríllate neneeeee! –gritó el padre.

Sin chocar con el niño, La camioneta pasó, dejando una nube de polvo en el aire. El padre se levantó deprisa y le gritó insultos al conductor anónimo. No alcanzó a tomarle la placa. Tampoco pudo ver que a sus espaldas, que su hijo perdía el control de la bicicleta, y caía de cabeza en el gran hueco donde debieron enterrar el poste de luz.

Sin notar lo que pasó, dos niños jugaban con una cinta amarilla con letras negras que decían. “PELIGRO, NO PASE”. Tom yacía a dos metros bajo tierra, con el cuello roto, cuando la nube de polvo empezó a disiparse.

Rafael Ricardo Villalobos Yance

DISTANCIA

Era la primera vez que estaría lejos, no era que la idea me gustará, pero ir a casa resultaba más arriesgado que quedarme en la pequeña habitación compartida. Qué para ser justos, había a pasado a ser completamente mía desde la salida abrupta de quien fuera mi compañera de años.

Quería ver a mi madre, a mis hermanos y por supuesto a la abuela; olvidar la pandemia y abrazarlos, como cada año en nochebuena, mientras recordamos viejas anécdotas y comemos hasta no poder más y si el tiempo era bueno una fogata que ardería hasta la mañana del día siguiente.

Lo cierto, era que, en otros años, estas reuniones me habían parecido tediosas; pero este año en el que tendría que quedarme sola en un viejo cuarto, sola, viendo películas para olvidar el día en el que estaba. Lo echaba de menos... los echaba de menos. Pero lo cierto es que no quería ponerlos en riesgo, si mi compañera lo había tenido, tal vez yo también, resistiría... podía... debía.

Brenda Garrido Hernández

EL GLOBO

El frío afuera de la Catedral era tenaz, los fuegos artificiales embellecían las caravanas y la multitud se retiraba a sus hogares. La misa solemne de nochebuena acabó atrayendo un globo a mis pies descalzos, lo perseguía una niña que me regaló su ternura.

—¿Fue a misa señor? —preguntó.

—No, no puedo entrar con estas fachas —contesté avergonzado.

—Bueno, en la cruz hay un señor desnudo y nadie se ha molestado con él —reflexionó.

—Ese señor es muy distinto a mí —acoté sonriendo.

—Quién se desprende de algo que ha encontrado y lo entrega a los demás, no es diferente a nadie; quizá de quiénes son egoístas ¿No cree? —Comentó y cogió el globo.

—No se puede comparar la vida a un globo.

—Mi vida es feliz con el globo, es gracias a usted —dijo al retirarse.

Durante la Navidad acompañé al señor desnudo de la cruz.

Arnold Bolaños

CARTA DE NAVIDAD

Querido señor que trae regalos de navidad:

Espero esté muy bien, usted al ser mágico conoce mi nombre y edad; también sabrá que, al no estar en casa, se trasladará hasta donde estoy. En el hospital hemos decorado el árbol; yo he puesto la estrella con ayuda de los doctores, con la idea, que todas las cartas de mis compañeros lleguen a su destino. La única dificultad, es que no hay chimenea para que pueda entrar. Le sugiero solicitar permiso a los guardias para parquear su trineo en el estacionamiento; hablar con la enfermera, ya que por la madrugada no permiten visitas, con usted hará una excepción.

Hemos decidido con los demás niños, que no pediremos mucho, únicamente, queremos que al personal del hospital le regale sonrisas, eso es lo que más apreciamos en todos ellos.

Arnold Bolaños

BENDITO ALZHEIMER

Nicolás olvidó el rostro de sus hijos tras ser internado en la residencia para la tercera edad de Santa Dymphna, desde entonces nunca los ha visto.

Numerosas mañanas al levantarse se pierde camino del comedor, le cuesta orientarse e igual aparece por el jardín, la sala de visitas, la capilla o el excusado. La enfermera María siempre acude en su búsqueda y le indica la trayectoria correcta aunque sabe que la olvidará pronto porque es incapaz de prestar atención. Lo más grave, sin embargo, le sucede durante las madrugadas del veinticinco de diciembre, pues sufre un cambio de ánimo y una crisis de personalidad que le hace desaparecer toda la noche.

Desde que Nicolás reside en Santa Dymphna, regala a sus hijos por Navidad algo especial, se trata de una caja vacía envuelta en papel verde donde les deposita lo único tiene: Olvido. Considera que con ese regalo pueden ser felices todo el año.

Antonio Ramírez Sevillano.

NOSTALGIA DE NOCHES NEVADAS

El humo salía de las chimeneas de las casas. En un salón con paredes de papel pintado, un sillón balancín era mecido lentamente por un hombre al cual las arrugas ya le delataban su vejez. Frente a él una chimenea irradiaba una tenue luz a la estancia, al fondo una gran mesa llena de cubiertos se alargaba hasta la entrada del comedor.

En sus manos sostenía un álbum, en él había fotos de toda su familia sentada en esa mesa, comiendo y riendo, abriendo los regalos frente a la chimenea y rodeando a su abuelo, al que sentado en el sillón con una gran sonrisa, fundían en un abrazo. Cerró el álbum sosteniéndolo entre sus brazos, todavía aferrándose a él.

Con su jersey navideño puesto, el abuelo tenía la mirada perdida en las chispas del fuego, que junto al viejo tocadiscos, el cual reproducía el villancico que en otros tiempos resultó tan alegre, inundaban la habitación silenciosa y oscura.

Una lagrimilla recorrió las arrugas de su mejilla hasta parar en la alfombra, como el primer copo de nieve cayendo sobre el frío pavimento. La noche nevada cerraba la Navidad de 2020 con un gran y espeso telón de sentimientos encontrados.

Cristina Robles Ruiz

EL VALOR DE LO ESENCIAL

Sus pequeños pies descalzos fueron los primeros en pisar el término de Lora del Río, a pesar de llevar días caminando no pudo evitar correr al ver a lo lejos un grupo de casas entre las que imaginaba que algún día se encontraría la suya. Al mirar atrás vio como se acercaba su familia.

Écija quedaba ya muy lejos, allí solo habían quedado recuerdos...

Las pocas pertenencias que tenían iban subidas en una carreta que su padre había estado arrastrando durante kilómetros mientras él y sus 3 hermanos correteaban alrededor jugando con las piedras que encontraban en el camino.

Aquella fría mañana en que llegaban a su destino resultó ser el día de Navidad, y allí, sobre esa carreta sin mula, su familia compartió las duras hogazas de pan que habían conseguido días atrás.

65 años después, ese mismo niño se encuentra sentado en su sillón mientras contempla a sus nietas corretear por su cálido comedor abriendo sonrientes los regalos que les esperan debajo del árbol. La felicidad le embarga observando aquella escena: una casa donde nadie pase frío, un plato de comida en la mesa, un calzado para resguardar los pies, la tranquilidad de llamar a un lugar... “hogar”.

Belén Martínez Campos

EL SOLITARIO PRÍNCIPE CASCANUECES

Contemplando la nieve con melancolía, el ilustre guerrero recuerda aquellos días... ¡cuando amaba la Navidad!

Desde que era un niño se deleitaba encendiendo las velas de la corona de adviento, cantando villancicos y colocando al pequeño Jesús en el lugar más cálido del mundo: un pesebre rodeado de amor.

El pequeño príncipe se convirtió en un hombre, que, a pesar de los problemas cotidianos, nunca olvidó el verdadero significado de la Navidad.

Cuando el Cascanueces conoció a Clara, inmediatamente descubrió que la amaría toda la vida, juntos mantenían vivo el espíritu de la Navidad los 365 días del año. Eran un equipo, un solo corazón, extendiendo sus manos para ayudar a las personas necesitadas. La magia inundaba el lugar más cálido del mundo: el hogar que habían construido para los dos.

Cuatro años han pasado desde la muerte de Clara. El solitario príncipe Cascanueces llora en silencio su partida... ¡la Navidad se transformó en dolor!

Pero hoy, las lágrimas del Cascanueces han sido escuchadas en el cielo. Dios envía un ángel con un mensaje de consuelo, para decirle que la mejor forma de honrar la memoria de Clara disfrutar de la Navidad, como en los viejos tiempos.

Eneyda Carolina Arteaga de Valle

MEMORIA

Veinte navidades después, sus lágrimas hablaban solas.

De pie frente a la puerta nevada, todavía escuchaba a su padre contarle el final de la historia.

Isabel Teresa Simón Picón

ADVERTENCIA EN NAVIDAD.

En su cuarto empapelado con mariposas azules, Julia organiza con ojo firme los adornos del árbol de navidad. Destapa con destreza cada caja, mientras sus espejuelos se desplazan a la punta de su nariz. Un cántico se escapa de sus labios. Sin apuro, con el esmero que lleva innato, coloca cada adorno en el lugar exacto del árbol, como todos los años. Eso lo hace por más de veinte años, desde que Fernando, su esposo la abandonó en navidad y se llevó los muchachos. Después de las doce campanadas, cuando el bullicio invade cada recodo de la ciudad, camina hacia el árbol, y se introduce en el. Nunca sabrán cómo, pero todos los años ella deambula con los duendes navideños, y en distintos lugares se posa para dejar su huella. Y siente que con cada visita advierte la separación familiar.

Misleidis Nápoles de armas

NAVIDAD.

El viejo año en su onceno mes con tristeza miró la Navidad, suspiró profundo y dejó escapar un sollozo. Observó el semblante pávido del hombre, mientras espera el resultado del dictamen médico...Positivo o negativo. Entonces, se desprendió del calendario. Retiró todo lo sucedido con el sufrimiento, rió, y deseó a todos la mejor navidad en el nuevo año.

Misleidis Nápoles de armas

LA VIDA MISMA

Un viejito va por la calle sonriente. Las luces de Navidad de las casas iluminan hasta la propia sombra de la soledad. Don Genaro sabe que, a pesar de la noche fría y de los achaques, las lucecitas bailarinas alegran el presente.

El hombre recibe la noticia, solamente tiene unos días más de existencia. Su sueño y anhelo vital lo debe realizar. Siempre quiso saltar en paracaídas junto a su hijo.

Llega a casa. Saluda a la familia. Cenan animadamente y comparten el cafecito con gusto inenarrable. Nadie sabe del dictamen final que el médico le entregó. Conversa largamente con su hijo.

Buenas noches, se despiden con cariño y un enorme abrazo fraterno.

Amanece. Emocionados toman rumbo al aeropuerto. Pasan unos minutos y la vista de la ciudad es espléndida. Llega el momento. El sueño se cumple. Saltan juntos. La libertad se siente. El viento golpea a los gritos emocionados que no se escuchan. Tres o cinco minutos en el inmenso océano de los recuerdos. La vida misma pasa por los ojos de padre e hijo.

El sueño termina, la realidad regresa.

Día de navidad, la ambulancia llega a casa. Las lucecitas bailarinas se quedan solas.

Saul Valenzuela

UNA NAVIDAD DEDICADA A MI MADRE EN LAS ESTRELLAS.

No podía dejar de pensar en aquel sonido de las campanas sobre la puerta de la sala. Cada tintinar anunciaba la entrada de otro familiar que no veía desde hacía varios meses. La sonrisa de mi abuela al verme cargando al viejo Jerónimo, el perro que mi mamá rescató de la casa de mis viejos vecinos, iluminaba toda la casa. No era raro de esperar ese olor manifestándose en cada inhalación que tomaba; era obvio que la parrillada de mi papá ya casi estaba terminada.

Volví mi mirada hacia el árbol artificial de navidad y noté como la estrella estaba parpadeando. No pude evitar reírme. Mi hermana, al notar mi risa, me preguntó que qué me parecía tan gracioso si mi tío borracho aún no empezaba a utilizar el karaoke de Camilo Sesto. Yo sólo le señalé la intermitente luz en la cima del árbol, «Tu única tarea de hoy era acomodar la estrella, ¿ni eso pudiste hacer bien?», le dije, al empujarla lentamente hacia la chimenea.

Inmediatamente, mi papá nos convocó al patio trasero y llevó a cabo su clásico brindis de navidad. Yo, con una lágrima bajando por mi mejilla, agradecí a mi mamá mientras miraba las estrellas.

Sergio Alejandro

EN LA VÍSPERA

—Moriremos, se sabe, pero no antes, dijo el filósofo de la familia.

—¿No antes de qué?, replicó mi madre, que no entiende de filosofías baratas, y por agüero prefiere no hablar de temas trascendentales en las reuniones familiares.

—Digo que nadie se muere en la víspera, Nelita. Yo por lo menos no pienso morirme todavía, cuando menos no antes de que celebremos esta Navidad y el día Año Nuevo, juntos, moderó su aserto el tío Hernán que no quería hacer de aguafiestas. Para entonces no sabía que le habían contagiado el Coronavirus 19, y que no pasaría el 31 con nosotros.

Walter Mondragón

LA MAGIA DE LA NAVIDAD

Anita y Francisco eran dos niños huérfanos que vivían en un orfanato a las afueras de su ciudad Loanguer. Desde que tenían 5 años ambos habían estado habitando en ese hogar donde habían muchos más niños de distintas edades, algunos eran mayores que ellos, otros menores, habían algunos enfermos o sin un miembro, mientras que otros estaban sanos, habían algunos de piel blanca como otros de piel mucho más oscura o incluso de una mezcla entre blanco y café; la verdad es que habían muchos niños completamente distintos los unos de los otros.

Era muy difícil el poder cuidarlos a todos ya que muchos eran malos con los demás pero en el mes de diciembre todo eso no importaba ya que todos los niños olvidaban sus diferencias y no hacían más que jugar entre ellos buscando que podrían regalarles a los demás. En esas fechas cualquier mal rato que hubiera pasado en el año desaparecía para darle paso a la más pura felicidad y alegría, todos se querían y cuidaban entre todos. Por esas fechas simplemente disfrutaban de estar juntos y pedían por un año más en el cual pudieran seguir disfrutando juntos con amor, felicidad y calidez.

Jessica Martínez

CARAMELO LA PEQUEÑA GALLETA DE JENGIBRE

Caramelo era una galleta de jengibre que terminaba sus estudios. Cuando saliera iría a alguna de las casas donde debía de esperar a Santa para poder hablar con él sobre los niños que estuvieran en esa casa. Si los niños se portaban bien mientras la galleta estuviera ahí Santa les daría un par de regalos más por consideración al pequeño ayudante, si en cambio se portaban mal Santa les quitaba la mitad de sus regalos como castigo.

Al llegar a su nuevo hogar lo primero que Caramelo pudo ver fue como una niñita agarraba con cuidado las galletas que su madre había sacado mucho antes del horno, y con cuidado las iba colocando en el plato después de darles un beso. Cuando llegó el turno de Caramelo, la niñita hizo lo mismo que con las otras pero cuando iba a ponerlo en el plato se dio cuenta de que Caramelo tenía frío, preocupada de que enfermara lo dejó con cuidado en el plato junto con sus amigos y busco un trapo para poder cubrirlo.

—Listo galletita... ahora si estarás cómodo y calientito para cuando Santa llegué.

Sonriendo, la niña le dio su beso y se fue mientras Caramelo sonreía feliz.

Jessica Martínez

UN LUGAR EN MI CORAZÓN

La ventana se abre, una corriente de aire helada me hace temblar, despierto y creo ver una extraña sombra, debe ser el sueño que traiciona mis sentidos, vuelvo a la cama, de pronto abro los ojos y estoy en otro lugar, ¡es mágico!, las luces de navidad alumbran el lugar, las personas en sus casas compartiendo y sonriendo todos como una gran familia, me siento en una banqueta, todo es impresionante, la luces y todos los colores deslumbran el lugar, de repente alguien se sienta a mi lado me mira y sonríe, me desconcierta un poco y le digo —¿me conoces?

—Te conozco muy bien, has pedido de regalo de navidad estar en un mejor lugar, y aquí estás, te hemos dado el deseo de tu corazón un mejor lugar donde vivir y sonreír, espero que disfrutes tu regalo, y recuerda que a donde quieras que vayas o donde te encuentres el mejor lugar para vivir será el que tú puedas crear en tu corazón.

Veo a mi alrededor y estoy de nuevo en mi habitación parece que ha sido solo un sueño, me quedo con la alegría de saber que aún en mi corazón puedo encontrar un mejor lugar.

Marielis Vargas

FICCIÓN NAVIDEÑA

Durante la ducha de un veinte y cuatro de diciembre, te da por hacer balance del año que pronto dará su postrer aliento.

Hay que preparar la conciencia para que tu pensamiento paranoide intente otear las maldades ajenas, no las propias, estas últimas olvidadizas y banales.

Enjabonado, se cruza un personaje llamado amigo, jactándose continuamente del amor a su madre. Dicho conocido, con frases rimbombantes, ridiculizaba a cualquiera en su enlace materno filial, imposible de mejorar.

La progenitora cuidó, se desvivió por sus nietos, pagó caprichos, se desprendió de la segunda vivienda para sufragar los gastos suntuosos de su descendiente y su distinguida esposa, con un comportamiento tangencial con la suegra, y, por fin, se despojó de su única vivienda, para que los susodichos adquirieran una mansión, eso sí, con la promesa besucona y filial de que la habitación más hermosa sería para ella, viviría como una reina bajo el mismo techo que su hijo.

Las palabras son efímeras, que si esto, que si aquello... zafarrancho de combate, cartas boca arriba, y a los diecisietes días ocupaba el cuartucho de un asilo. Y en pocas semanas, un desconocido virus la trasladó en su último viaje.

Ángel Sempere Gómez

GINA, LA PIEZA QUE FALTABA

Esta historia navideña ocurrió en Brasil, en la selva de Yucatán. Donde una jirafa llamada Gina caminaba entre los árboles.

Muchos de los animales la llamaban “patosa” y no le dejaban ayudar a decorar el Gran Abeto.

Gina pensaba: “¿qué haré ahora?” “¿todos pueden ayudar y yo no?” “¿porque soy demasiado patosa?”.

Y de repente sonidos procedentes desde el Gran Abeto llegaron hasta Gina.

—¡Gina te necesitamos! — decían los monos

—No llegamos a poner la estrella — decían los elefantes

—¡Ven a ayudarnos! ¡Por favor!

Así que, Gina fue a poner la estrella en el Gran Abeto.

Y los otros animales aprendieron una gran lección: “si ves que una pieza no encaja colócala en otro lugar”.

Después, todos los animales fueron a celebrar la Navidad alrededor del Gran Abeto. Y Gina se convirtió en la encargada de poner la estrella en el árbol.

Clara Zanón García (11 años)

EL TIEMPO ESTÁ SERVIDO

Yo, tan amante a la soledad, miraba las sillas ya no ocupadas, los platos ahora vacíos, el árbol con muy poco estilo, por qué no nos engañemos nunca fui el mejor decorando, suena una canción “5 pa las doce “otra vez se fue el tiempo, espero y salgo, pólvora, abrazos, sonrisas y de un solo trago me bebo los días que ya no volverán.

Alvaro Perea Quintero

UN AURA MÁGICA

Isabel se levantó más temprano de lo normal para acomodar los regalos y la vio. Era diferente a la de otros años. No pidió ayuda para hacerla ni tampoco tenía muchos colores, solo palabras con una caligrafía que se notaba fue practicada con esmero.

Querida mamá:

¡Mi deseo de Navidad del año pasado se cumplió! Ahora sé que cuando pierdes el control debo poner un cojín bajo tu cabeza y esperar. Me he comido toda la comida este año para tener fuerza suficiente para acomodarte de lado cuando esté pasando. Ahora siempre traigo conmigo un pañuelo para secar tu saliva y sé que si al abrir tus ojos no me reconoces ni te acuerdas de mí, lo vas a hacer poquito tiempo después. Todavía me falta aprender eso de los minutos, solo sé que si estás mucho tiempo así debo llamar a mis abuelos.

Te quiero mucho, con o sin tiritones como tú les dices.

Isabel se llevó la mano al pecho por donde suele arrancársele el alma, pero esta vez alcanzó a darle las gracias a Papá Noel por mandarle un ayudante para esos momentos en que la soledad es mala compañera.

¿Mami? ¿Mami? Aquí estoy...

Tamara Bustamante Ponce

EL CHICO YALA

Los niños ven un vaso de bebida a medio tomar más una servilleta sucia y arrugada sobre un plato con migajas y envoltorios de golosinas. La frustración de otro año sin ver a Papá Noel termina cuando miran el árbol y empieza la repartija de regalos.

Impoluto, en el arrimo, una botella de vino tinto barato y una bolsa plástica con pan de la mañana. Los mayores, en silencio cómplice, hacen un brindis al cielo.

Desde las 23:30 y vestido de rojo, el chico Yala empezaba a pasar casa por casa dejando los regalos que pocas horas antes acomodase en una Chevrolet C10 del 72. Eran nueve casas en donde lo recibían con delicias navideñas. Cuando golpeaba nuestra puerta, el gorro ya lo había perdido tres casas atrás. Venía con el bigote chueco y los pantalones a medio camino. A esas alturas nosotros mismos teníamos que sacar nuestros regalos de la bolsa y pasarle el suyo: un Santa Helena de tres cuartos y la bolsa con marraquetas que sobraron del desayuno.

¡Debo ser el único ayudante al que no le gusta ni el pan de pascua ni el colemono! –decía, antes de mandarse un gran sorbo.

Tamara Bustamante Ponce

TRADICIÓN NAVIDEÑA.

—¿Por qué ajuro hay que ser feliz en Navidad? Luces por todos lados, ruido, gente alborotada, ¡Qué repulsivo es! Fíjate, todo el mundo se quiere el 24 ¿y luego qué? ¡Exacto! Luego todo vuelve a ser un baño de plomo y sangre, tal cual aquella navidad celebrada por soldados enemigos en plena primera guerra mundial, y sin duda alguna lo más absurdo de todo, es lo siguiente ¿Cuantos gorditos juran y recontraprometen una nueva vida para el primer lunes del año nuevo y luego cumplen? ¿Cuantas promesas de año nuevo terminan concretadas el siguiente 31 de Diciembre?... — Comentó Nicolas con profunda indignación, a lo cual Marina, amiga de la infancia, respondió con una sonrisa en el rostro:

—Nicolito tu no odias a la navidad, tu lo que detestas es la gente, si existiera una isla decorada de navidad todo el año pero sin una sola persona, no dudarías ni un segundo en disfrazarte de Santa Claus e irte a vivir para allá, tal cual ermitaño navideño—.

Una vez dicho esto, los dos rieron a carcajadas y tomaron otro sorbo de vino tinto, mientras esperaban que fuesen las 12 de la noche, para cenar la comida tradicional de nochebuena.

Aquiles González

CAMPANADAS DE NAVIDAD

Y el reloj dio las 00, el niño nació. A dormir todos que nochebuena terminó.

Analia Mercedes Chocoba

NOCHE DE REYES

Urgencias era un ir y venir continuo de gente: gripes, accidentes, contusiones... todo dentro de la normalidad para un médico.

Corrí la cortina del box 7. Allí había un anciano de larga barba blanca vestido de rey mago... incluida corona. Tenía cierta calidad, eso sí.

—Buenas noches, en que puedo ayudarle— le pregunté.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro mientras con un gesto elegante inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Esta noche no podía dejar mi trabajo sin acabar, y

aunque los niños son mis mejores clientes, la ilusión vive en todos los corazones.

Entendí que quizás debía derivarlo a psiquiatría, pero de un saltito bajó de la camilla, rebuscó en su saco y me plantó una cajita en las manos.

—Ahora, debo irme.

Me palmeó el hombro al salir, y cuando reaccioné corrí al pasillo.

—Eh, espere un... — ni rastro del anciano. Abrí la cajita y

en un papel anotado una cifra, 2230.

Acabé mi turno sin volver a acordarme del asunto. Caminando hacia mi automóvil, unos copitos descendían suavemente, y yo que desde niño quise ver la nieve, me quedé extasiado. Recordé el papelillo. No podía ser... miré el reloj, las 22:30.

Mar Roca Mercader

MARIANA

Mariana vive con su padre viudo, su abuela de setenta años y su tía que tiene cáncer. Mariana, a pesar de las adversidades es una niña alegre, le gusta estudiar y dice que cuando sea grande quiere ser la mejor doctora del pueblo, porque quiere ayudar a mucha gente, curar a su tía, aliviar los dolores de su abuela y sanar el corazón de su padre, el cual quedó roto cuando murió su esposa Lucía. No obstante, hace unos días pasó algo que la ha hecho pensar mucho. El COVID-19 se presentó en la puerta de su casa. Mariana se ha visto obligada a usar un cubre boca todo el tiempo, dejar la comida de su abuela y de su padre en la puerta de sus habitaciones, desinfectar toda la casa ella sola, y dormir en el cuarto de su tía mientras está hospitalizada por una recaída reciente, y no puede visitarla. Con todo esto, Mariana tiene miedo de que el virus cobre la vida de sus seres queridos y de quedarse sola en el mundo, sin embargo, no pierde la esperanza de que todo cambie antes de navidad y puedan estar todos juntos como antes.

Heidy Johanna Montenegro Ortega

SÍ QUIERO

Tras ajustarse el disfraz, el espejo le devuelve una vez más la imagen que revela uno de los efectos del confinamiento. “Bueno, nadie ha visto nunca un Papé Noel escuálido”. Esto piensa mientras se coloca no sin esfuerzo, la mascarilla, el complemento estrella de este 2020 por encima de la barba blanca.

Abre la puerta de la calle y tiene un pequeño sobresalto al encontrarse con otro Papa Noel fuera a punto de llamar al timbre.

—¿Puedo entrar?

—Pues bueno Juanma, ¿no vamos justos de tiempo?

Entran en la casa y se dirigen a la sala.

—Siéntate en el sofá, por favor.

Un poco receloso, obedece y entonces asiste perplejo a como su amigo clava una rodilla en el suelo y le entrega una pequeña cajita envuelta con un lazo.

Desenvuelve el nudo con manos temblorosas. Al ver lo que hay en el interior se le ilumina la cara y suelta una carcajada.

—Si, quiero

Se quita la mascarilla, le arranca la suya y se abalanza sobre él. Con el ímpetu han tirado al suelo la caja y su contenido: dos PCRs negativos.

Eva Martín Martín

QUE MAÑANA SERÁ MEJOR

—¿Has sido buena este año? — preguntó el hombre del traje rojo.

La niña se revolvió en su regazo y frunció el ceño. —

Depende. Depende de qué signifique ser buena. — contestó ella.

—Pues... — murmuró él, buscando las palabras adecuadas — Ser bueno es portarte bien con tus papás, intentar ser mejor y vivir con esperanza. — sonrió, orgulloso de su explicación, y se ajustó el gorro de terciopelo granate.

—Oh. — dijo la pequeña. Luego, con expresión dubitativa, añadió — Y, ¿cómo se vive con esperanza?

El hombre se quedó callado. ¿Cómo demonios se vive con esperanza? La larga cola de niños que esperaba para sentarse en sus rodillas comenzaba a revolucionarse; llevaba demasiado tiempo hablando con la chiquilla.

—No lo sé. — resolvió finalmente — ¿Lo sabes tú?

—Yo creo que para vivir con esperanza hay que creer que mañana será mejor — dijo ella, dando una palmada rápida —, y pensar que todo va a estar bien...— hizo una pausa — aunque todo esté mal.

El hombre sonrió y le dio un caramelo. La bajó de sus piernas y llamó al siguiente niño, pero no se olvidó de ella; ¿cómo olvidarse? Las almas más jóvenes son también a veces las más sabias...

Sarah Gil Largo

LA NIEVE

El señor Benedicto siente cada campanada como un hondo latido en su viejo corazón; toma su bastón y se prepara para el aluvión de risotadas de la muchachada que lo rodea por todos los costados. La blanquecina nieve cae profusa, lenta, serena, sobre los alborotados nietos; el abuelo los observa con una media sonrisa, mientras voltea a su lado en busca de una mano invisible. Su amada había sucumbido pocas noches atrás, como lo hacen las nubes por los impetuosos rayos, como lo hacen las flores en medio de una fuerte ventisca y como lo hace este año de la virulenta e impiadosa enfermedad. La más pequeña de las nietas se acerca a él y le pregunta por la abuela. Benedicto se yergue en su silla de mimbre, la ve directamente a sus ojos color café, y con su dedo índice, le señala el cielo.—¿Ves de donde viene la nieve? —Sí, abuelito—responde. – La abuelita es quien desde allá arriba, cuela la pesada nieve para regalárselas a ustedes. –Que bondadosa es la abuelita. –Sí, mi niña, al final del día, no somos más que niñitos bondadosos que andamos por esta tierra.

Ángel Alexander Freites Borges

CAMUFLAJE

Las calles oscuras no permitían ver por dónde se pisaba, la lluvia, de los últimos días, hizo que los rápidos pasos que daba, mojarán, con el chapoteo, sus pantalones, gracias a su chaqueta, pantalones y gorra roja, sumado a su barba blanca, en aquella navidad lo hacían invisible o igual a los muchos papás Noeles que promocionaban las tiendas, era casi invisible en aquel callejón, la gran bolsa con tesoros descansaba en su espalda, lejos del ruido, que lo había perseguido, se detuvo un instante a renovar el aire de sus pulmones, sonrió por la forma en que entraba a las casas y audaces actos para no ser visto, se sentía intocable, estando más tranquilo caminó hacia la esquina, donde el silencio y la mirada de dos oficiales aguardaba su visita.

Juan Martín Pereyra

INOCENCIA NAVIDEÑA

Mateo tiene nueve años. Sabe que en unos minutos conocerá la verdad. Joaquín, un compañero del colegio, hace unas semanas le reveló, con actitud altiva, que Papá Noel no existe y esa mentira corresponde a sus propios padres.

Así que Mateo, inteligente, ideó su plan perfecto para conocer la verdad. En la carta que le escribió a Santa comentó que se portó muy bien ese año y por eso deseaba la PlayStation 5. Pero por otro lado se pasó toda la semana contándole a sus padres que sería muy feliz si Santa le traía la última Tablet de Samsung. Lloró y lloró (fingió) que era lo que anhelaba y que fue eso lo que pidió en la carta.

Y acá nos encontramos ahora, bajo el árbol navideño, mientras la familia reparte los regalos. Mateo sabe que si recibe la PlayStation se trata todo de una maldad de su compañero Joaquín. Pero si en cambio él recibe la Tablet entonces es toda una farsa, una mentira ideada por sus padres.

Al recibir su bolsa Mateo respiró profundo y sacó de allí dos paquetes. La Playstation 5 y la Tablet. Se sentía engañado, pero al mismo tiempo satisfecho. Una inocencia sin veredicto.

Agustín F. Ladjet

¡QUÉ BAJÓN, ABUELO!

24 de diciembre. Es Nochebuena, y el cumpleaños de mi abuelo. “Qué bajón cumplir el mismo día”, le repito cada año en que soy menos niño y él es más abuelo. Un bajón, como decimos en Argentina a algo malo.

Es un bajón que el festejo de cumpleaños quede subsumido por el navideño, que el cantito que le dedicamos al soplar las velitas tenga luces titilantes de un arbolito de fondo. Un bajón que reciba un solo regalo en un empalme de ambos festejos. Un bajón que su día especial sea también especial para millones de personas más. “Qué mala suerte”, pienso, pese a que a él poco le importa mientras celebremos en familia, pese a que él mismo se compra el regalo sin sorpresa alguna (corbata o cinturón: ¡otro bajón!) y pese a que a cierta edad uno prefiere dejar de cumplir y pausar calendarios.

Ahora de adulto mi percepción cambió. Me descubro comprando mis propios regalos, tomando mi cumpleaños como un día más, disfrutando del encuentro familiar sin preguntar qué fecha es. Ahora, además, no tengo a mi abuelo al lado. De aquel niño todo cambió y ya no quedan resabios. Y, sin embargo: ¡qué bajón, abuelo!

Matías Piccoli

LA MAÑANA DE NAVIDAD

La estrella estaba en la punta del árbol tan brillante como en todos los años, las esferas rojas endulzaban al despampanante árbol con la compañía de otros adornos como los típicos bastones de caramelo, ya con todo el alboroto de mis familiares no me había dado cuenta que faltaban unas horas para las doce, cansada, me recosté en el sillón, sentí como me pusieron una manta y con el calor de esta me quede profundamente dormida, no sé cuánto dormí pero de repente una cálida luz se coló por mis ojos, eran como estrellas brillantes danzando a mi alrededor, las pequeñas luces saltarinas bailaron alrededor del árbol para luego alumbrar el nacimiento y las ovejas, los conejos, cerdos gallinas y pavos, todos los animales cobraron vida, cuando oí las campanadas del reloj el niño del nacimiento se movió y de su risa la estrella del árbol iluminó toda la sala con su luz, entonces abrí los ojos, seguía en el sillón, la luz entraba por la ventana aclarando mi vista, ¿lo soñé todo? Cuando miré bajo el árbol había varias cajas con envolturas coloridas, el niño Jesús soltó una dulce risa y supe que ya era la mañana de navidad.

Erika Paredes Yanqui

LA PROMESA DE NAVIDAD

La víspera de navidad era lo más aburrido del mundo, el olor a las cenas navideñas solo hacia rugir mi estómago e imaginar que es lo que me esperaba bajo el árbol, ya faltaba 5 minutos para las doce y no hallaba la estrella para el árbol, cuando veo que mi mamá la había dejado sobre la mesa, todos estaban muy distraídos con los fuegos artificiales por lo que no me fue difícil subirme a una silla para colocarla, cuando sentí esta moverse y mi cuerpo irse hacia atrás, AY...pesas mucho!— dijo una voz, era la de una niña, ¿Quién eres tú?, yo soy un espíritu de la navidad, o lo seré después de mi entrenamiento....galletas de jengibre!—se interrumpió para comer una, Están deliciosas—dijo con una sonrisa, si quieres come más, me agradaría tener compañía-dije con voz apagada, ayer mi perro murió y me siento solo sin él, Es uno blanco con negro verdad? —dijo antes de llenarse la boca de galletas, No te preocupes, está bien, ayuda a los espíritus de las navidades, ¿en serio?— pregunté con lágrimas; te prometo que a partir de la próxima navidad vendremos a visitarte ahora debo volver a mi entrenamiento, pero es una promesa.

Erika Paredes Yanqui

LA NAVIDAD AGONIZANTE

¡Urgente! ¡Urgente! Debido al considerable aumento de personas egoístas, crueles, agresivas, avaras, abusonas, tristes, llenas de odio, maleducadas, materialistas, racistas, violentas, superficiales, maltratadoras, torturadoras, tóxicas, insensibles, solitarias y destructivas, la Navidad está agonizando en los hospitales de nuestra sociedad.

¿Qué necesitamos? Las vacantes abiertas son:

—Doctores especializados en piedad, compasión, reflexión, integración, conmiseración y misericordia.

—Enfermeros competentes en amor, altruismo, alegría, desinterés, educación y empatía.

—Técnicos expertos en actitudes constructivas, actos generosos, comportamientos saludables, fortaleza estoica, soluciones pacíficas y vida en comunidad.

La Navidad necesita de tu ayuda, ¿te unes a nosotros?

Pelayo Palacio Pérez

UNA TAREA QUE CUMPLIR

Hoy es mi gran día, ¡qué nervios! Lo he preparado durante muchos, muchos años. He estudiado la Tierra, desde sus desiertos hasta sus polos. He estudiado el cielo, desde sus Osas hasta sus Cruces. He estudiado a los humanos, desde sus artes hasta sus ciencias. Puedo asegurar que estoy preparada para cumplir mi misión de manera impecable: hoy guiaré a tres sabios reyes desde el Oriente hasta Belén.

Bajo desde mis alturas hasta el pesebre. ¡Qué ricura de niño! Su brillo interior es más cálido que el de cualquiera de mis colegas siderales. Podría pasar toda la noche adorándolo, pero no debo, tengo una importante tarea que cumplir.

Me deslizo por la noche buscando a los sabios. No están en la casa de Melchor ni en la Gaspar, ¡no te pongas nerviosa!, ¡tranquilízate!... ¡Ahí están! Estudiando el cielo en el observatorio de Baltasar con esos aparatitos tan graciosos.

Me detengo y empiezo a centellear para que se fijen en mí ¡Eh, eh, que estoy aquí, la señal que...! ¡Melchor me ha visto!... ¡Mira cómo sonríe! Ata cabos y se lo dice a los otros. ¡Qué bien! Ahora, con paso lento para que me sigan, volveré a Belén. ¡Feliz Navidad!

Pelayo Palacio Pérez

YO MATARÉ MONSTRUOS POR TI

Nací de las manos de quien más te ama, en nochebuena estuve esperándote bajo un árbol, y en Navidad al fin nos conocimos. Sé que soy pequeño, que no puedo cargar toneladas, menos rugir como un poderoso león, jamás he sido capaz de correr tan veloz como un rayo, tampoco vengo de otro planeta.

No tengo un bastón mágico que bote chispas y rayos de colores, y está más que claro, que en mis bolsillos no escondo ningún arma secreta, más que duro, soy muy suave.

Pero créeme, que mientras estemos juntos, nadie podrá robar tus sueños. Yo blandiré mi espada y escudo en tu nombre, no me importan las heridas que me dejen, si caigo, caeré llevándome tus miedos y pesadillas conmigo.

Y si acaso un día, quisieras desfogar tus penas e iras, puedes hacerlo conmigo, jamás te reclamaré nada, pues fui hecho para eso.

Si me dejas a un lado, si me abandonas o me olvidas, nunca te reclamaré nada. No tengo un nombre ilustre, menos un apellido respetable, pero tengo el nombre que tú me distes, Ted. Y yo mataré monstruos por ti, solo por ti.

Elvis Eberth Huanca Machaca

ORLANDO

Durante muchos años no hubo incorporaciones al elenco de aquellas Navidades. Un día, una de las incorporaciones adultas más recientes, la que menos derecho se esperaría que sintiera de alterar la festividad, anunció que traería un invitado ese año. Un paciente del instituto en el que trabajaba que no tenía con quién compartir la noche.

¿Cómo hacerle un regalo sin que sintiera que nos había puesto en el compromiso en el que nos había puesto? Los regalos siempre habían cambiado en importancia, tamaño y cantidad al ritmo de las crisis económicas, pero nunca nadie se había puesto a organizarlos. Hacía varios años que recibían los más chicos. Los grandes, poco y nada. A una prima se le ocurrió un juego complicadísimo de explicar del que Orlando resultaría mágicamente ganador.

El invitado comió helado por primera vez en su vida y se mostró feliz y agradecido. No desperdició ni un segundo en tratar de disimularlo. Un sabio, un niño en el cuerpo de un adulto que no se habría ofendido en lo más mínimo de haber recibido un juguete como los otros niños. Para ellos también, por suerte, la felicidad todavía es más importante que el orgullo.

María Julia Pich

EL REGALO DE MELCHOR

Sofía hacía mucho tiempo que había perdido la esperanza de recuperar el cariño de su hijo y revivir aquellos momentos en Navidad en los que pasaban juntos el día de Reyes viendo películas.

Al pasar por el salón, un haz de luz vislumbró. El brillo emanaba de un pequeño paquete con papel de charol. Lo desenvolvió. Un DVD antiguo, una nota: “Te quiero mamá. Esta tarde vemos The Polar Express con un chocolate y un roscón. El Rey Melchor”.

María del Mar Bellver Martín

UN DÍA PARA TODOS

Pudo haber pedido una larga lista de regalos, o siquiera escrito en una carta lo que quería ver en la mañana del 25 de Diciembre. Pero en su lugar, Mateo le murmuró a la Estrella Polar su deseo.

Así que al despertar sin encontrar nada, su sonrisa creció.

¿Funcionó?

Se abalanzó a la ventana, viendo en la calle a su vecino andar en su reluciente bicicleta.

El corazón de Mateo se aceleró emocionado. Fue al televisor, encendiendo las noticias, escuchando a los reporteros desear felices fiestas.

¿Sería posible?

Llegó al cuarto de su hermana, quien dormía abrazada de su muñeca nueva, aún sin saber que ésta se encontraba bajo su brazo.

Estaba pasando.

Finalmente, fue al cuarto de sus padres, saltando a la cama.

—¡Es Navidad!—sus gritos terminaron siendo acompañados por los de su hermana, quien despertó con la sorpresa de su juguete y llegó a enseñárselos.

—¿Qué te trajeron a ti Mateo?—preguntó su papá.

—Nada.

Ambos padres intercambiaron miradas preocupadas—Vamos a la juguetería para que escojas algo—dijo a toda prisa su mamá, ya buscando sus zapatos.

—No, sí cumplieron mi deseo—interrumpió.

—¿Y cuál fue?

—Un día feliz para todos.

Sofía Eugenia López Duque Padilla

CHOCO BOY

Una vez en villa dulce, la sombra de la noche sobre ellos cayó, a pocos días de la Navidad, — ¡auxilio! – exclamaron — ¡auxilio! – volvieron a exclamar, — pero ningún héroe, a su llamado acudió.

De todos los super héroes, hay uno que más me gusta, no tendrá el poder de volar como Superman, ni el instinto arácnido de Spiderman, menos aún, el atractivo de Bruce Wayne, tampoco tiene la fuerza de Hulk, y si hablamos de inteligencia, no se parece en nada a Tony Stark, ya que tiene a las matemáticas, como su archienemigo. No se sabe dónde nació, ni menos aún donde su poder adquirió, pero de lo que si estamos seguros, es que tiene al chocolate como aliado y amigo.

Choco Boy, hizo su aparición, estaba parado sobre el tejado rojo de una casa, con una manta blanca de algodón, y una pistola de plástico sujetada a su cintura, muy dispuesto, a salvar la Navidad.

Cuando Choco Boy tiene al chocolate como testigo, no hay poderes ni alcabalas que contra él puedan.

Su poder es un misterio, pero ni Thor ni Flash juntos, podrían contra él, claro, siempre y cuando, hubiese un chocolate de por medio.

Elvis Eberth Huanca Machaca.

TRISTE NAVIDAD

Me asomo por la ventana y veo los copos de nieve caer, la ventana está entornada y entra un poco de frío por un pequeño espacio vertical que es imposible de cerrar, tan imposible de cerrar como es la herida que deja la ausencia de un ser querido hallado muerto en su casa unos días atrás, solo y sin nadie que le acompañase en su último hálito de esperanza, una esperanza que ya no existe. Ese ser querido era mi padrino Nicolás, muy querido en la familia y también por mí. Era el único tío que me quedaba, mi madre solo tenía un hermano, mayor que ella, y mi padre es hijo único, con lo que las conclusiones se sacan solas. Compartí buenos momentos con él, sobre todo en invierno, sobre todo en Navidad, a los dos nos gustaba hacer muñecos de nieve. Tras la ventana veo un padre y un hijo haciéndolo, los recuerdos me vienen a la cabeza sin querer y las lágrimas son congeladas por el frío, un frío que no es solo de la estación, sino también de mi corazón y de un cuerpo que yace de una persona que ya no está.

José Manuel Montero Llorente

EL SONIDO QUE TRASCIENDE EL TIEMPO

Tres ángeles sobre la nieve, tras ello y con el cuerpo entumecido se dirigió a la puerta de su casa. De pie en el umbral, dirigió su mirada a un sonido tan hipnotizante como los copos de nieve cayendo lentamente en invierno. Frente de ella caía un cascabel, que con un ruido seco sobre la nieve dio fin a su recorrido. Lo tomó de la nieve y casi instintivamente miró al cielo. Su padre yacía en el techo de la casa, con la luna de fondo mostrando su brillo tenue, mientras silbaba se disponía a colocar un gran Santa Claus. El cascabel le pertenecía a uno de sus renos. Al percatarse de la presencia de su hija, le dirigió una gran sonrisa. Ella alegre levantó lo más alto que pudo su brazo y empezó a agitar el cascabel. Aquel sonido viajó por la nieve y por su mente. La extrajo de sus recuerdos y la ubicó de nuevo en el presente. Recobró la conciencia y tomó las manos de su padre, las cuales reflejaban años de esfuerzo. Las besó cálidamente y, con una sonrisa en los labios, le trasmitió un cúmulo de sentimientos que las palabras no podrían cubrir.

Kirbin Angelo Campos LLoclla

UN ENCUENTRO DE DOS ALMAS SOLITARIAS

Pesadamente movía sus extremidades mientras caminaba por el costado de una casa bellamente decorada para la ocasión, en el interior podían oírse villancicos impecablemente entonados. Dos niños cortaron su camino, corrían con una sonrisa en sus rostros. Ni siquiera voltearon a verlo, cambió de ruta y siguió caminando. Cada vez el cuerpo le pesaba más y el frío empezaba a ralentizar sus movimientos. Tras unas horas de intensa caminata, su cuerpo se desvaneció en medio de la calle. Un anciano que reposaba sentado afuera de su casa se percató del suceso y acudió en su ayuda. Lo tomó en sus brazos cual madre a su bebé recién nacido, lo enrolló con una sábana cuidando que el frío no se filtre e ingresó raudamente a su vivienda.

Despertó y aunque todo a su alrededor le resultaba sumamente extraño, la calidez del lugar lo llenó de sosiego. En ese instante, entró a la habitación aquel anciano con un tazón de leche en sus manos; y al ver despierto a su huésped, le dirigió una sonrisa. Él, por su parte, meneo su cola y con sincera alegría corrió a los brazos de aquel anciano que lo había acogido en navidad.

Kirbin Angelo Campos LLoclla

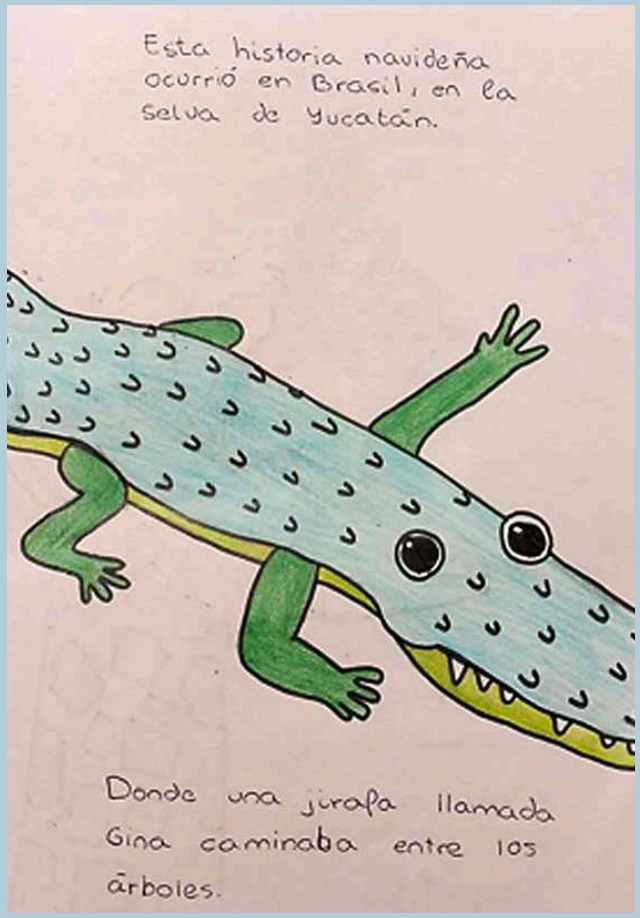
IGUALITO A USTED

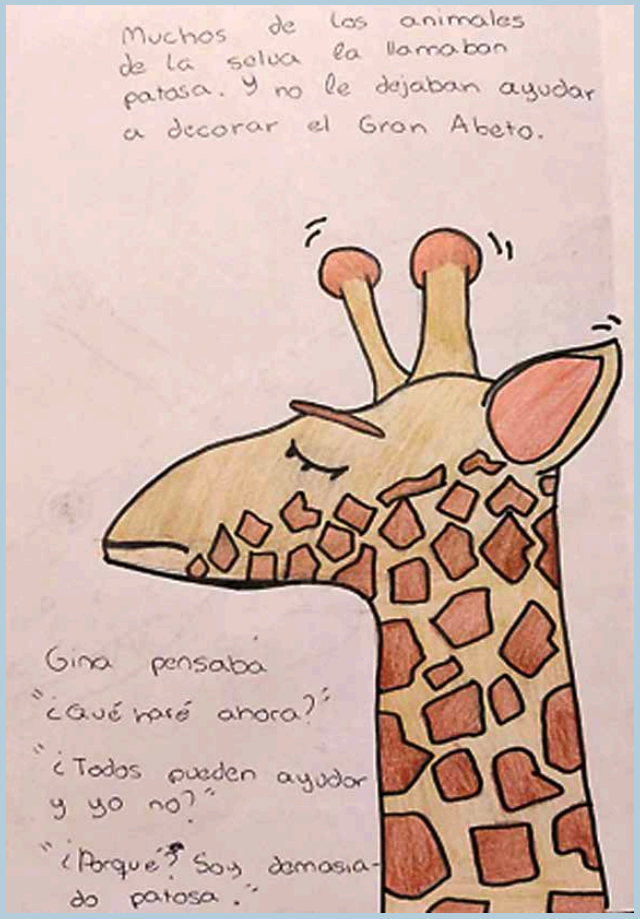
Sé que siempre llega a casa un poco después de las 10, con lechona, el vestido para mamá y zapatos para cada retoño, creo que mi hermanito ya calza 39, yo sigo calzando 41, ya no creo que crezca más, este año no lo pregunto, pero se lo cuento igual, pase antes por el restaurante y tenía razón, nos atienden de manera especial ¡!Lechona para los Amado, écheles de más!! grita el cocinero seguido de un ¡Écheles harto, écheles de más! bueno después de 20 años de tradicional compra cada nochebuena se podía esperar, dizque soy igualito a usted me dijeron cuando fui a pagar, compre para Jacobo unos tenis blancos, no es tan buena idea porque a la hora los va ensuciar, pero eran los que quería y pues darle gusto, aaah y recogí el vestido que quería mamá, sé que siempre llegas un poco después de las 10, pero pase antes a saludar, viejo lo amo, feliz navidad, necesitaba besar tu lapida y llorar acá, mi mayor regalo es ser su hijo, gracias por tanto, me voy porque quiero llegar un poco después de las 10, con toda su alegría, pues dizque soy igualito a usted.

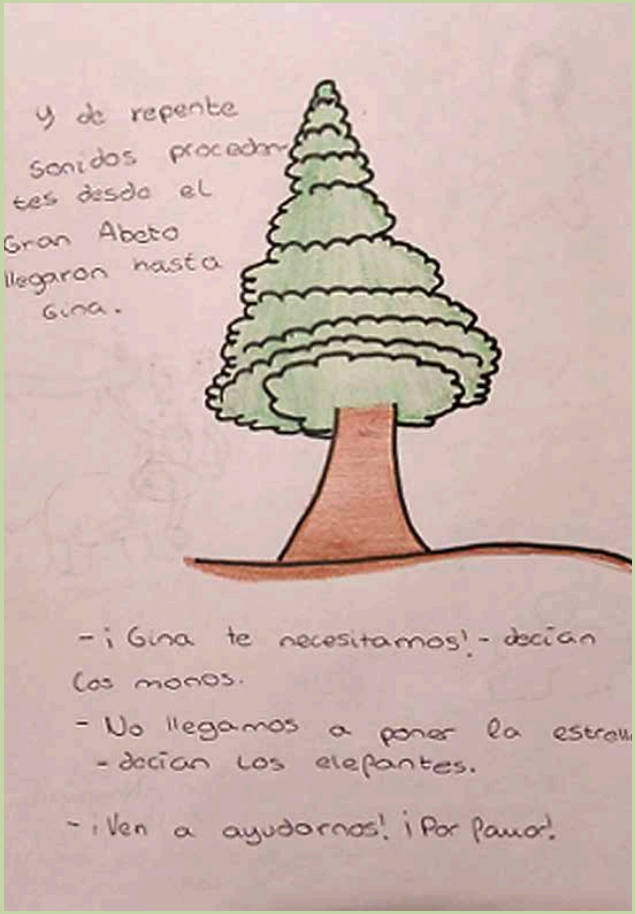
Antonio Andrés Acosta Rodríguez

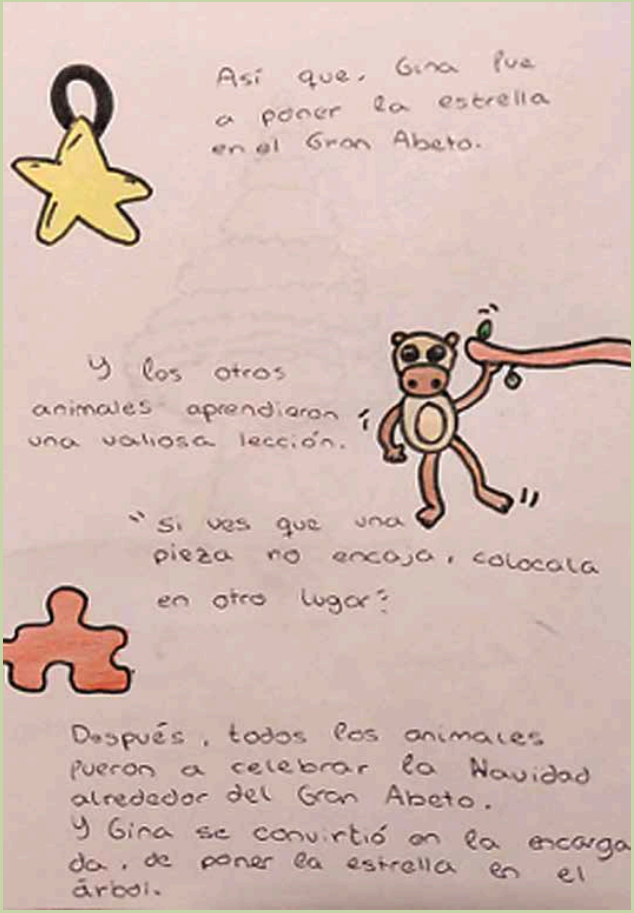
ILUSTRACIONES

Álvaro Diranzo Pelacho (6 años)


Esta historia navideña ocurrió en Brasil, en la selva de Yucatán.
Donde una jirafa llamada Gina caminaba entre los árboles.


Muchos de los animales de la selva la llamaban patosa. Y no le dejaban ayudar a decorar el Gran Abeto.
Gina pensaba
"¿Qué haré ahora?"
"¿Todos pueden ayudar y yo no?"
"¿Porqué? Soy demasiado patosa."





Clara Zanón García (11 años)

MENCIÓN ESPECIAL

MICROCUENTO GANADOR EDICIÓN PASADA

NAVIDAD 2019

LA FAUNA DEL BELÉN

—¡Mamá!

Miro el reloj, ¡son las cuatro!, ¡este niño no ha dormido nada y yo tengo mil cosas que hacer!

—¡Mamá, Mamá, Mamá!

Corro a su habitación, ¿se ha incendiado, han entrado extraterrestres, ha explotado el armario?

Javier sentado en la cama, sonriente, tranquilo.

—¿Por qué gritas así, cariño?

—Porque voy a cumplir cinco años, y tengo mucha voz

—Ya, ya, ya... asiento comprensiva mientras tiemblo pensando qué pasará cuando vaya a cumplir ocho...

—¿No quieres dormir más?

—No

Javier contundente, tajante, terminante.

—Pues ¿qué quieres hacer?

—Ir contigo a comprar animales para el Belén, sólo tenemos corderos.

—No podemos, está lloviendo y aún tienes fiebre.

—Pues voy a lavarme los dientes.

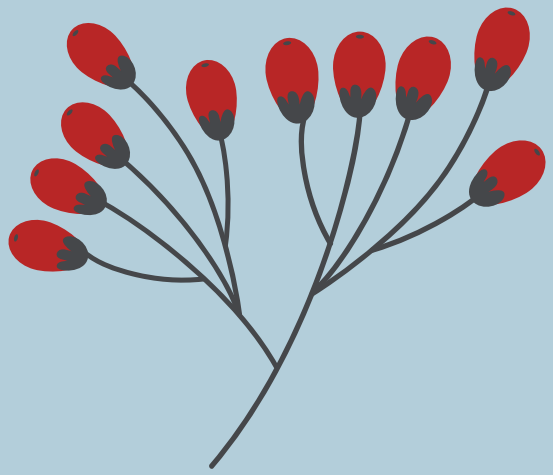
Ante tan inesperada determinación, suspiro aliviada...cuarenta y tres minutos, el alivio desaparece, son muchos minutos y pocos dientes por lavar, corro al baño.

—Mira Mamá, estoy viendo los animales de la pared su imaginación le hace ver cosas en el dibujo de los azulejos

—Los ponemos en el Belén y no tenemos que salir. A ver... elefante... canguro... mariposa... los "coge" y nos acercamos al Belén

—El elefante aquí, la mariposa junto al Niño... nos miramos cómplices... sonreímos... FELIZ NAVIDAD.

Mila López Macarulla



vithas

NEURO RHB

SERVICIO DE NEURORREHABILITACIÓN